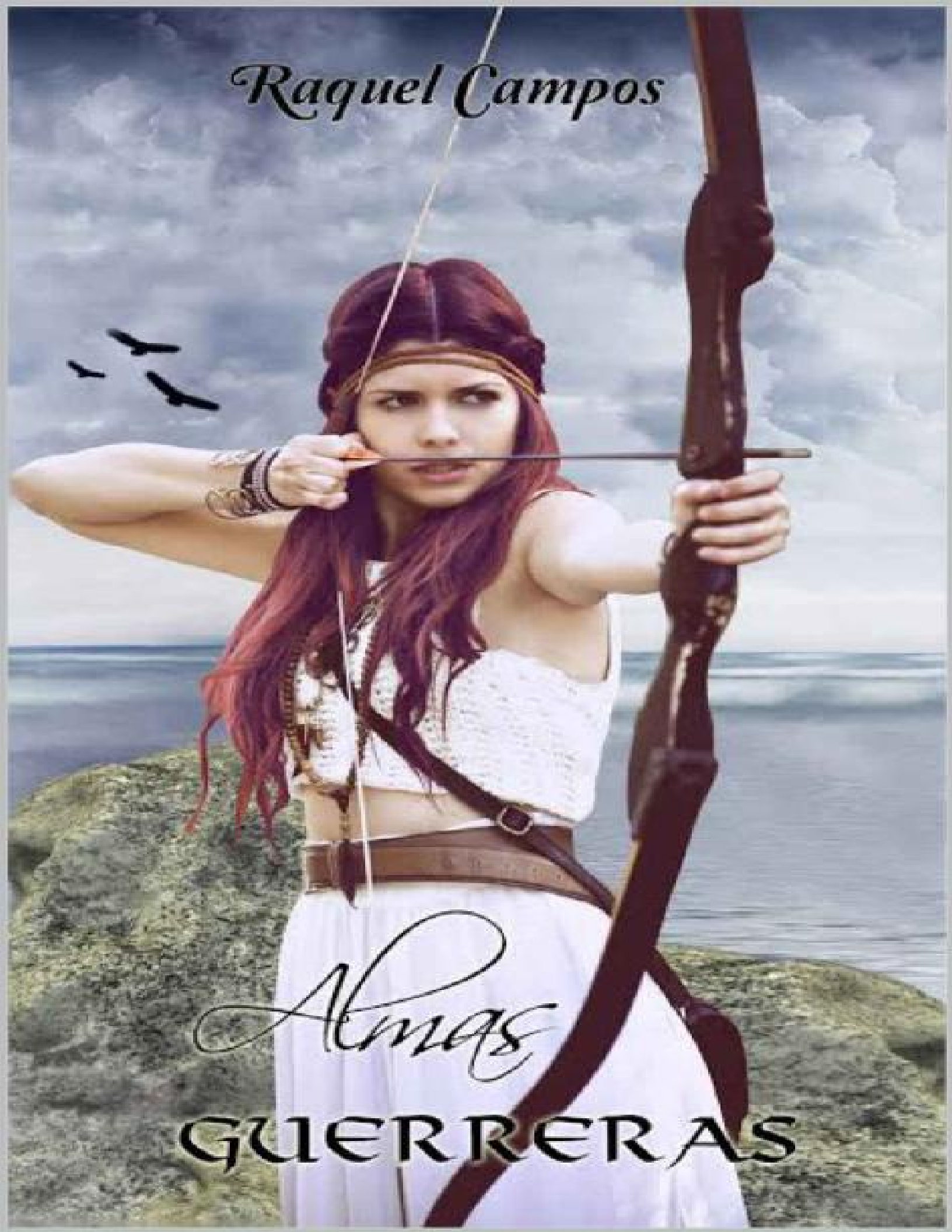


*Raquel Campos*



*Almas*

**GUERRERAS**



# Almas Guerreras

Raquel Campos

# Almas Guerreras

Copyright © 2016

© Raquel Campos

Maquetación: Raquel Campos

Portada: Valerie Miller (Imagen número 29277830 de 123rf)

*1ª edición en Noviembre 2016*

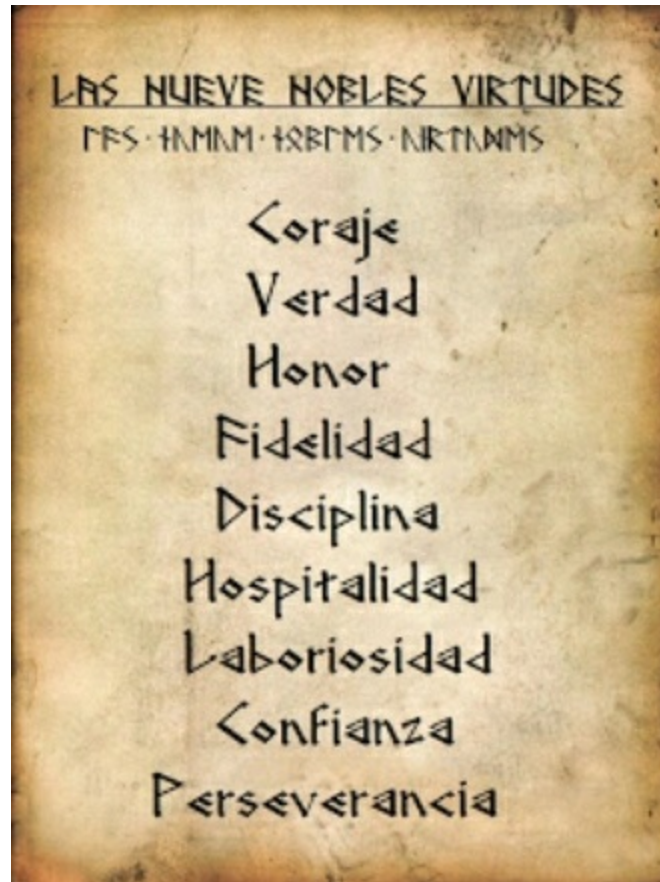
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

*All Rights reserved*

# Cita

No hay mejor equipaje para llevar encima que la cordura y la mente clara. En tierras lejanas es más útil que el oro y saca al pobre de los apuros.



# Glosario

- Asgard: Mansión de todas las divinidades. Su nombre significa literalmente "jardín de los dioses". Es lo opuesto a Utgard, morada de los monstruos y gigantes, y a Mitgard, mundo de los hombres. En él están el Valhala, cielo de los héroes, y el Gladheim, palacio de Odín.
- Berseker: Eran guerreros vikingos que combatían semidesnudos, cubiertos de pieles. Entraban en combate bajo cierto trance de perfil psicótico, casi insensibles al dolor.
- Bragi: Es una deidad del panteón nórdico, hijo de Odín y la giganta Gunlod (o de Odín y Frigg según otras versiones). Es el dios de la poesía y los Bardos, era el poeta personal de Odín.
- Blot: Sacrificio ritual que ofrecían los vikingos a sus dioses nórdicos.
- Freiya: Diosa del amor y de la belleza, hermana de Freyr. En un principio se la veneraba como distribuidora de las lluvias veraniegas.
- Hersir: Era un guerrero vikingo habituado a la lucha cuerpo a cuerpo.
- Jarl: Dentro de la sociedad vikinga los jarls era hombres libres, ricos y propietarios de sus tierras.
- Loki: Dios del fuego destructor, que personificaba el principio del mal, en oposición a Heimdal.
- Odín: Divinidad suprema, fuente de todo bien y padre de todos los dioses. Era la deidad de la guerra, las ciencias y las artes. Según los pueblos que le rendían culto, se le llamaba también Wodan, Wodin y Wotan.
- Ragnarok: En la mitología nórdica el Ragnarök es la batalla del fin del mundo que enfrentará a los Aesir, liderados por el dios Odín, contra los Jotuns liderados por el dios Loki.
- Runas: Los alfabetos rúnicos son un grupo de alfabetos que comparten el uso de unas letras llamadas runas
- Sax: Era un arma blanca más pequeña de lo común, de las que portaban las tribus de origen germánico (francos, sajones, godos, etc.) que dominaron Europa occidental tras la caída del Imperio romano. Fue un arma muy utilizada también, y sobre todo, por los vikingos entre los siglos VIII y XIII.
- Seidr: Sanadora y chamana de un clan vikingo.
- Skali: Casa alarga de una sola dependencia considerada el edificio principal de las granjas donde se desarrollaba la mayor parte de la vida cotidiana.
- Skreid: Tira de carne o pescado seco.
- Thing: Asamblea local de los hombres libres y tribunal de justicia.
- Valhala: Según la mitología nórdica el Valhala era el palacio de Odín en Asgard, donde todos los guerreros caídos en combate eran llevados por las valkirias.
- Valquiria: Divinidades inferiores que decidían la suerte de los combates, elegían los guerreros que habían de sucumbir y los recibían después en el Valhala, donde les servían el alimento y la bebida.
- Valur: Aquella que lee las runas y mantiene a la aldea en paz con los dioses.



# Indice

[\*All Rights reserved\*](#)

[Cita](#)

[Glosario](#)

[Indice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

# Prólogo

Brekken, frontera de Suecia con Noruega, 872 d.c

Los dos ejércitos esperaban la señal para blandir sus armas contra los que cada uno consideraba sus enemigos. ¡Qué equivocados estaban! Pues ambos bandos pertenecían al mismo pueblo.

En el de Harald luchaban los más grandes *jarls* del reino. Uno de ellos era Sulke, de la aldea de Trondheim. A su derecha se encontraba su hijo Thorkell, que blandía una espada casi tan grande como la suya. Lo observó de reojo, el joven se había acerado con las continuas luchas y su carácter se había encurtido también. A su izquierda estaba Bjorn. Lo había adoptado tras la muerte de su padre y ambos niños se habían criado juntos, además de ser inseparables.

Hacía años que la paz se tambaleaba, y esperaba que este fuera uno de los últimos enfrentamientos, ya que su cuerpo no le respondía como antaño.

Un gran cuerno sonó y su sonido reverberó hasta en las últimas montañas, donde la vista se perdía. Los dos bandos se lanzaron en un amasijo de hierro y madera. Las estocadas de espada y hacha se lanzaban por doquier y los escudos de madera amortiguaban los poderosos golpes. Ni el gran Loki había soñado nunca con una lucha de tal magnitud. Los guerreros no miraban, tan solo asestaban golpes con el pensamiento de que alguno fuese certero.

Los guerreros de Trondheim se dispersaron, cada cual inmerso en una lucha sin cuartel. Eran fieros luchadores que aprendían desde una temprana edad el arte de la lucha. Thorkell de vez en cuando buscaba a su padre con la mirada, no le gustaba perderlo de vista y, sin darse cuenta, se habían alejado bastante unos de otros. Bjorn luchaba contra dos hombres, con la espada en una mano y el hacha en la otra. Su estatura era propicia para batir a cualquier guerrero en una lucha justa y lo demostraba en la batalla con un valor inusitado.

—¡El gran Sulke ha caído!

El grito resonó en la mente de Thorkell, que se negaba a admitir tal cosa; se giró para comprobar que continuaba luchando, pero ahogó un gemido en su pecho. El gran guerrero yacía herido de muerte. Un grito estremeció a todos, un grito que retumbó más allá del cielo y que llegó a Asgard. Una espada se abrió paso entre los guerreros hasta el gran Jarl, dando golpes a diestra y siniestra para llegar a capturar el último hálito de vida de ese gran hombre.

Sulke no sentía nada, salvo una extraña paz que se estaba tejiendo en el interior de su cuerpo. Estaba feliz, pues el *Valhala* lo esperaba. Tan solo...una cosa empañaba su viaje a la vida eterna.

El joven guerrero, preso de la furia, se abrió paso a través de la batalla. Nada conseguía



detenerlo, con su espada enarbolada en una mano y el hacha en la otra, parecía un *berserker* en pleno trance.

Sulke sintió la tibieza de un cuerpo y miró al joven guerrero a los ojos. Ese era su último deseo.

—¡¡¡Padre... —El joven se agachó junto al cuerpo del hombre al que había venerado desde que nació. La mirada vidriosa y la sangre perdida presagiaban que la vida se le escapaba muy deprisa.

—Hijo..., pronto vendrán las valquirias a por mí. Dirige el clan con honor y cuida de todos. Además... —Su cuerpo se negaba a seguir adelante—, te dejo la misión de seguir los pasos de Harald en su lucha por la unificación.

—Lo haré, padre, seré digno de la confianza que deposite en mí y... —El cuerpo de su amado padre sufrió un par de violentos estertores y dejó la vida con una fina sonrisa en los labios.

Se levantó preso de la furia y, con la espada en la mano, se dirigió a buscar al asesino de su padre. Su hoja venció a muchos guerreros, pero ninguno de ellos era el maldito Kjove. Alzó la cabeza al cielo y gritó de nuevo.

— ¡Te vengaré, padre! Aunque sea lo último que haga en este mundo, mi espada vencerá al hombre que te asesinó de manera tan infame.

Ese juramento llegó hasta el rincón más oscuro de su corazón y se quedó allí. Desde ese momento, el joven no volvió a ser el mismo. Su ser y su corazón estaban ansiosos de venganza.

# Capítulo 1

Thorkell tenía el cuerpo cubierto de sangre, las heridas comenzaban a escocerle, mas curarían. Pero la pérdida de su padre no cicatrizaría. Nunca había pensado que ese hombre, fuerte y robusto, podría llegar a morir algún día; para él siempre había sido un ejemplo ver las ganas de vivir y de libertad que poseía su amado padre.

Ahora, mientras se quitaba la cota de malla, miraba el cuerpo frío y sin vida de su progenitor. No sabía muy bien qué hacer, tan solo pensaba en atrapar a Kjove con vida y retorcerle el pescuezo hasta ver cómo la vida le abandonaba poco a poco. Sin querer, sus puños se cerraron con furia y con un dolor que no podía soportar.

Mientras dejaba caer la pesada armadura, una imagen se forjó en su mente. Un rostro bello, de facciones suaves y expresivos ojos azules. Su madre. ¿Cómo iba a contarle lo que había sucedido? Ni él mismo se perdonaba, ya que podía haberlo impedido si hubiera luchado a su lado.

La puerta de la tienda se abrió, no tenía necesidad de girarse para ver quién osaba interrumpir su dolor, solo había una persona que se atreviera a hacerlo. Su fiel amigo Bjorn. Depositó la espada que tantas veces había empuñado su padre sobre una mesa pequeña; al hacerlo, el rostro de su amigo se recortó a la luz de las velas. Pudo notar el dolor que invadía a su compañero. Se habían criado juntos como hermanos, cuando el gran Sulke había decidido que ese jovenzuelo desgarbado y casi abandonado viviría con ellos.

—¿Piensas volver? —preguntó Bjorn en un hilo de voz casi inaudible.

Ahí estaba, la maldita pregunta que le estaba mortificando en esos mismos instantes. Un suspiro salió de su garganta.

—No puedo..., necesito tiempo..., es egoísta de mi parte, pero...

—Nada es mezquino por tu parte. Todos comprenderán el dolor que invade tu alma. Yo hablaré con tu madre.

—Ruego a los dioses que me perdonen..., solo soy un cobarde. —Su amigo atravesó la estancia hasta llegar junto a él—. No digas nada, tan solo marcharos antes del alba. Cuando esté preparado, volveré.

Bjorn sabía que nada podía hacer para que cambiara de opinión, así que salió de la tienda con la cabeza inclinada. Se llevarían el cuerpo de Sulke y lo engalanarían, solo esperaba que Thorkell volviera para enterrarlo con todos los honores.

Al día siguiente los guerreros se despidieron y cada uno tomó un camino diferente. Bjorn y Knut viajaban hacia su hogar. La aldea de Trondheim los esperaba, y esta vez sus gentes no festejarían ninguna victoria. Eran portadores de una triste noticia.

Thorkell recogió todo lo que poseía en esos momentos y se dirigió, con su montura, hacia las frías y desiertas tierras del norte. Allí no tendría que lidiar con nadie, no le preguntarían dónde había estado cuando mataron a su padre. Pensar que no había podido ayudarlo le embargaba de una culpa que atenazaba su corazón tornándolo frío y resentido.

\*

Tras unos días de marcha forzada, la caravana llegó a las lindes de la aldea; era temprano y no se oía nada en las cercanías. Bjorn cabalgaba el primero, tras él iba Knut el jovial, a quien toda la alegría le había abandonado y lucía un rostro serio y cetrino. Los demás guerreros portaban en un camastro el cuerpo sin vida del gran *hersir* de su aldea. Conforme se acercaban, iban reduciendo la marcha de los corceles. No querían llegar para contemplar la fatídica escena de dolor y desolación de esas sencillas gentes.

Isgendur estaba cosiendo, hacía horas que no lograba conciliar el sueño. Un oscuro presentimiento latía en su corazón. Las palabras que Fenja le había dicho la noche anterior mientras le tiraba las runas la habían dejado muy preocupada y apenas había sido capaz de dormir.

*“La oscuridad y el dolor vendrán a esta aldea. Solo quien empuñe de nuevo la espada del hersir podrá devolver la luz. Su camino será difícil, el sentimiento de culpa será superior a cualquier otra cosa que piense y, hasta que no se apacigüe su espíritu, nada se podrá hacer”*

Había amanecido hacía un rato y salió a la puerta para sentir el sol sobre su piel, quizás eso calmara el desasosiego que sentía. A lo lejos, vio que se acercaba un grupo de caballos. ¡Por fin regresaban su amado esposo y su hijo! Esta vez habían estado ausentes un par de semanas, pero ahora todo volvería a ser como antes. Se equivocó. El grupo marchaba de forma lenta, como si no quisieran llegar nunca. Portaban algo arrastrando de un camastro y cerró los ojos con dolor al pensar qué podía ser. El grupo se acercó y reconoció a Bjorn. Este, al darse cuenta de su presencia, se bajó del caballo.

—Isgendur, somos portadores de una gran desgracia —dijo casi sin voz Bjorn.

La mujer cerró de nuevo los ojos, aguantando el dolor que empezaba a lacerarle el corazón. Una lágrima rodó por su mejilla.

—¿Qué ha pasado, Bjorn? —dijo Isgendur mirando a ese joven a los ojos. No era su hijo, pero lo trataba como a uno más.

—Quizás sea mejor que nos sentemos y...

—¿Es Sulke o Thorkell quien ha caído? —susurró la mujer con entereza y dominio de sí misma.

Bjorn la miró sorprendido, nunca dejaría de asombrarse por la fortaleza de esa mujer, a la que admiraba más que a su propia madre.

—El gran Sulke ha caído, mi señora. —La mujer no llegó a caer porque la ayudó y la sostuvo contra su pecho—. Ha sido valiente, ha muerto con honor y ahora mismo estará en el *Valhala*.

—Siempre lo quiso así, deseaba morir luchando para alcanzar la gloria de todo guerrero. Ah, ¡pero qué dolor! ¿Y mi hijo?

—Thorkell está profundamente dolido, no encontraba la paz y se ha marchado para apaciguar su alma y perdonarse a sí mismo, pues se culpa de la muerte de su padre. —Bjorn suspiró largamente.

— ¡Pobre hijo mío! Demasiado dolor se ha cargado en su joven corazón. Pero entremos, me contarás todo lo sucedido. El cuerpo de Sulke aguardará el regreso de su amado hijo.

Las gentes de la aldea empezaron a salir de las casas y miraban a los recién llegados. La noticia golpeó a todos de forma contundente, algunos lloraban la gran pérdida. Era un hombre muy querido. Olaf el sabio se acercó a Isgendur y la abrazó.

—En este nuevo camino no estarás sola, nos tienes a todos para apoyarte —dijo el hombre con aplomo.

Isgendur asintió agradecida. Por el camino del norte, un grupo de animales se acercaba. Isgendur ahogó un gemido, sus hijos regresaban y debían conocer lo acontecido.

Los muchachos se alarmaron al ver el rostro de su madre y se acercaron con presteza a ella.

—Madre, ¿qué ha pasado?

—Vuestro amado padre ha caído en la batalla. Vuestro hermano, golpeado por la culpa, se ha marchado a enmendar el desliz.

—Nooo, ¡padre no! —Los jóvenes lloraban e Isgendur los abrazó.

—Debemos ser fuertes, vuestro padre siempre quiso morir con la espada en la mano. Seguro que ahora mismo ha conseguido su puesto en el *Valhala* con otros grandes guerreros como él.

Erik y Finn siguieron a su madre hacia la sala *skali*, lugar donde se reunían y celebraban sus fiestas más importantes. Pero esta vez, la sala sería testigo de un triste suceso.

Erik era alto, y aunque su cuerpo era enjuto y delgado, poseía una gran fuerza. Se lo demostraba a su hermano Thorkell cuando practicaban con la espada. Su rostro era ovalado y sus ojos eran tan azules como el cielo, en eso se parecía a su madre. El cabello lo había heredado

castaño, también como su madre. Había abandonado ya la niñez y sus rasgos se habían perfilado.

Lo seguía de cerca Finn que, a pesar de ser más joven que Erik, le sacaba casi una cabeza. Su cuerpo era robusto y ancho, eso le venía de herencia de su padre. Su pelo era castaño claro y sus ojos azules, más oscuros que los de Erik.

También los acompañaban Olaf, el sabio; Fenja, su esposa, la *valur* de la aldea; Ragnar, el herrero y su esposa Herboga. Hellora iba acompañada de su recién llegado marido, Ottar, y de sus hijos, los gemelos Frodi y Grinn; los tres guerreros habían sido testigos de la muerte de su *hersir*.

Casi toda la aldea secundaba ese triste cortejo, todos ingresaron en la sala *skali* y se sentaron en los mismos asientos donde festejaban y bebían todos juntos, mientras cantaban, reían y escuchaban historias de sus ancestros.

Bjorn suspiró y comenzó a relatar el enfrentamiento en las tierras de la frontera de Suecia. Brekken había resultado ser el último combate de Sulke, pero no de la forma en la que todos habían pensado.

Isgendur y él habían hecho planes para vivir en paz y continuar amándose como el primer día en que se conocieron. Sin querer, su mente vagó hasta ese primer encuentro con su amado Sulke.

La reunión había terminado y todos la miraban. Ahora tenía que ser fuerte, le tocaba conducir a todos por el buen camino hasta que regresara su hijo.

—Nuestro *hersir*, mi amado esposo, era un gran hombre que seguro tiene su puesto de honor en el Valhala, como todo guerrero sueña. Pero aquí deja muchas cosas, y una de ellas es su puesto de *hersir*. —Olaf el sabio carraspeó para llamar su atención—. Habla, fiel Olaf.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que Thorkell siga los pasos de su padre. —Los demás asintieron de forma enérgica.

—Tan solo deben elegir las *runas*, ellas sabrán. Debe volver cuanto antes. —La magia de Fenja era conocida por todos. Era la encargada de velar por la comunidad, debido también a su afinidad con todos los dioses de *Asgard*.

—Las *runas* son sabias, ellas presagiaron la desgracia y sabrán el futuro de la aldea. Ahora dejadme, quiero estar a solas con mi marido.

Todos respetaron su dolor y salieron uno a uno. Cuando solo quedaron Erik y Finn a su lado, estalló en un profundo llanto. Ellos la abrazaron y así permanecieron durante un rato.

—Vuestro hermano volverá pronto y juntos seguiremos adelante con nuestras vidas. —Isgendur se dejó llevar de nuevo por los recuerdos.

*Meses después de su boda, sus vidas se vieron bendecidas con la llegada de su primer*

hijo. La noche que iban a celebrar la ceremonia de “Ausana Batni”, en la que pondrían el nombre al bebe, los truenos caían implacables sobre la pequeña aldea. Era una noche horrible, pero el pueblo permanecía despierto porque estaban de fiesta.

En el centro de la casa principal un gigantesco hombre sostenía en sus manos a su hijo, su primogénito. Sulke lo miraba con orgullo, sería un hijo fuerte y perpetuaría su clan. El niño se iba a llamar Thorkell, el nombre de un soldado que había muerto. Se suponía que el espíritu del guerrero le daría fuerza. Le hizo a su hijo el signo de Thor; sus dedos se deslizaron por la delicada y suave piel del niño mientras dibujaban una T invertida. Era el símbolo que invocaba la protección del Dios del Trueno.

Le dio el nombre en voz alta y, a partir de ese momento, su hijo era un miembro más de la familia y su heredero. Su esposa los miraba, sus ojos estaban cargados de amor. Amaba a ese guerrero, grande, rudo y tierno a la vez. Su hijo haría grandes cosas, ese era el vaticinio de la hechicera. Tenía la fuerza de Thor en su corazón y serviría a su país de una forma heroica.

Después del nacimiento de su primogénito, Sulke fue a visitar a Harald. Quería pedirle ayuda para unir las aldeas del fiordo de Trondheim.

Isgendur se quedaba sola, pero ella era el alma del hogar, y ahora tenía un hijo que educar. Ella, en su ausencia, haría de sus hijos hombres dignos del nombre de su linaje, los educaría en el respeto a las tradiciones de ambos clanes. Y velaría por inculcarles el sentido del honor familiar, que jamás debería perecer.

Sulke, junto con Rongvald, el primer Jarl de Moore, comenzaron a forjar el sueño de unir su tierra.

## Capítulo 2

Ajeno al dolor de su familia, Thorkell cabalgaba sin rumbo fijo, tan solo conducía su caballo hacia el frío y oscuro norte. Pronto el invierno caería, y los fríos y largos días se harían eternos con ese gran dolor.

Quería perderse en los confines del mundo. Condujo su montura hacia la frontera con Suecia. Era peligroso, la tensión entre ambos pueblos estaba en su punto álgido, pero no le importaba. En su fuero interno anhelaba encontrarse con ese hombre.

Las tierras del norte eran casi tan abruptas como las de los fiordos donde él vivía, pero la temperatura era algo más elevada. Los inviernos debían ser más duros que en Trondheim. No se veía ninguna aldea en los alrededores, tan solo extensiones de tierra verde y una gran llanura en torno a él.

Su mente divagó a un feliz día en el que su padre regresaba de una reunión con Harald; estaba contento porque por fin le había dado el título de *Jarl* de Lade. Era este un título importante que unía a todas las aldeas que había en el fiordo de Trodheim, y después de haber unido el *thing* en uno solo, era una gran noticia para la libertad del pueblo noruego.

Su padre contaba la reunión a toda la aldea. Reunidos junto al hogar, todos lo escuchaban con atención. Recordaba que él bebía las palabras que salían de la boca de su padre como si fueran sagradas.

*El nombramiento había tenido lugar en Tonsberg, y al acto fueron invitados muchos de los Jarl de otras tierras, entre ellos Rongvald Esteysson, Jarl de Moore, el primer Jarl y amigo íntimo de Harald. La reunión había sido todo un éxito, la bebida había circulado rauda y hábilmente por todas las mesas. Todos estaban felices con la proclamación y Harald se levantó para hablar.*

*—Me encuentro feliz entre todos vosotros, guerreros leales al gran sueño. Bebamos en honor del gran Thor, para que vele en esta gran empresa de ser un único pueblo. —Todos chocaron los cuernos con algarabía—. Aprovecho esta gran ocasión para deciros que celebramos el nombramiento de Sulke como Jarl de Lade, acto que me produce gran placer por ser quien es.*

*Sulke se levantó y alzó el cuerno en honor a su líder, gesto que fue repetido por todos los asistentes.*

*—Agradezco el gran honor que se me ha dispensado y juro solemnemente luchar por nuestro gran Harald y por el gran sueño.*

*Los vítores se intensificaron en masa y el rubio alzó de nuevo el cuerno en honor de Sulke.*

*—Quiero comunicaros a todos que he pensado en hacer una gran reunión con todos los hersir del Reino. Necesito saber quién es fiel a mi sueño. ¡Vamos a luchar por un país unido! —*

*Todos chocaron los cuernos con rudimentarios regodeos de satisfacción.*

— *¿No será peligroso, gran Harald? Sabemos de buena mano que los vikingos de Hordaland y de Rogaland no son afines a tu presencia —dijo un gigante que se levantó dejando el cuerno sobre la mesa y enarcó una ceja con preocupación.*

—*Agradezco tu preocupación, Gunnar, tu fama de justo y leal te precede allá por donde vas. Pero es razonable para todos que esos vikingos sean parte del sueño.*

—*¿Y si reniegan de ti y del país?*

*El gran Harald se mesó la rubia barba. Había jurado que no se la cortaría hasta no ser Rey de Noruega.*

—*En ese caso, mis valientes y leales guerreros, los obligaremos y les haremos entrar en razón con las armas.*

—*Mi gran rey, mi aldea está situada muy cerca de la de estos vikingos, y las gentes dicen que se han aliado con los suecos. —El que había hablado no era más que un joven guerrero; su mirada azul y su rostro denotaban una juventud impropia para un guerrero.*

—*¿Quién eres tú que nos ofreces semejante información?*

*El jovenzuelo se levantó, era hermoso y sus facciones denotaban nerviosismo.*

—*Mi padre es Signur.*

*Harald se extrañó de que aquel personaje no estuviera entre ellos.*

—*¿Dónde está tu padre? —preguntó Harald, preocupado.*

*El joven no pudo evitar sonrojarse ante tal pregunta.*

—*Ha tenido que quedarse en la aldea; mi madre esperaba un hijo y por nada del mundo le ha dejado venir. Me ha mandado a mí para representar a nuestro clan y nuestra lealtad.*

*El gran Harald se acercó al muchacho y, delante de todos, lo abrazó con efusión.*

—*Admiro a tu padre, pero más te admiro a ti. Has tenido el valor de presentarte aquí solo, delante de todos estos grandes hombres. ¿Qué edad tienes?*

—*Tengo quince años, señor, y espero crecer pronto para poder servirle y conseguir el sueño.*

—*Te han educado bien, hijo. Admiro a tu madre y brindo por ella. ¡Que la gran Frigga bendiga este nuevo nacimiento!*

*Todos los guerreros se levantaron y chocaron los cuernos en honor a la madre del joven.*

*La fiesta duró toda la noche y la cerveza no paró de circular por el salón. Sulke*



*permaneció en Tonsberg cinco días más, y al sexto se presentó ante Harald para pedir permiso para volver con su familia.*

—*Volved con vuestra familia, Sulke. Preparaos para esta nueva prueba que se acerca.*

—*Estaré esperando las órdenes.*

Ese recuerdo lo golpeaba una y otra vez, su padre había sido nombrado *Jarl*. Y él debía intentar seguir su camino; ¿pero cómo podía hacerlo con esa culpa carcomiendo su alma?

Al segundo día de viaje, distinguió una aldea en la lejanía. Decidió acercarse a esa granja. Sus casas se alzaban en medio de una poderosa y espectacular llanura. No habría más de dos o tres construcciones, sería fácil pedir cobijo en esa tierra alejada de la mano de *Odín*.

Un hombre ya entrado en años tallaba madera junto a la puerta de una de las casas. Sin querer, recordó la figura de su padre en esa misma posición y haciendo el mismo trabajo. Recordó cómo se sentaba junto a él y observaba cómo daba vida a infinidad de seres con garras, colas y orejas que daban pavor.

Los recuerdos eran dolorosos y se dio cuenta de que el hombre lo miraba con sorpresa.

—Esta aldea no tiene muchos visitantes. ¿Vienes de la guerra?

Thorkell miró al hombre, nada quería decirle de su familia y de su procedencia.

—No, viajo de forma errante en busca del olvido.

El hombre dejó la herramienta a un lado y se levantó con la talla en la mano. La extendió para que la pudiera mirar.

—Mira estos seres. Sus cuerpos se arquean, se entrelazan y el trabajo solo tiene un objetivo: transmitir calma y paz.

—Nunca he entendido el orden del cosmos y sus misterios.

—Ven a beber, para que tu alma se regocije y encuentres tu perdón. Todos lo necesitamos.

Thorkell se apeó del caballo, lo ató allí mismo con las riendas y siguió al viejo hacia una casa. El interior estaba casi en total oscuridad, tan solo se veía el reflejo que daban las lámparas. El aire era casi irrespirable, el olor del sebo era muy penetrante y sintió una arcada. La casa no era muy grande, se podía ver un pequeño hogar en medio de la estancia. A los lados había unos bancos que servirían para comer y para dormir. Poca intimidad o ninguna tendrían esas gentes.

Acuclillada frente al fuego, una mujer meneaba algo en una olla que colgaba. Esta se giró al verlo y pudo comprobar que era joven y hermosa. Él nunca había tenido problemas en tener a una mujer, ellas venían a él y se marchaban contentas. Siguió los movimientos de la joven como si se tratara de un león persiguiendo a su presa. Era alta y sus gestos eran sobrios, su rostro ovalado

estaba enmarcado por un pelo casi tan claro como los rayos del sol.

La mujer sintió el deseo del guerrero en cuanto lo vio. Era hermoso. Los hombres llegaron hasta ella y se sentaron.

—Pon dos cuernos con cerveza, nuestro visitante tendrá sed.

— ¿Venís de muy lejos?

Los ojos de la muchacha se pasearon por el cuerpo de Thorkell, que sintió cómo la pasión lo inundaba.

—Del sur. —Thorkell se desprendió del fino abrigo, pues de pronto tenía mucho calor.

—Por estas tierras estamos un poco alejados de todo lo que sucede. Las noticias llegan tarde y a veces no son ciertas. —El hombre ya se había bebido parte de la bebida del cuerno y se limpió la boca con el dorso de la mano. Thorkell lo imitó y tuvo que reconocer que la cerveza era de muy buena calidad.

—Por el camino he oído que la última lucha dejó algunos muertos, entre ellos el *Jarl* de Lade.

—Por aquí se decía que era un gran hombre y que solo deseaba que todos fuéramos un único pueblo.

—Me parece que esa era la idea de Harald. —Thorkell apuró el cuerno. La joven se acercó y se lo cogió de las manos para llenárselo otra vez.

—Este licor redime al peor, mi hija lo hace con sus manos.

Thorkell volvió a beber y miró a la joven mujer.

—La felicito, podría competir en belleza con la mismísima *Freiyya*.

—Dicen que el que bebe mucho licor se olvida de todo. —Le volvió a llenar el cuerno.

—Pues no hay otra cosa que desee más en estos momentos.

Sin querer había dejado claro la atracción que sentía hacia esa desconocida, ya no se acordaba de la última vez que había estado con una mujer y realmente necesitaba descargar su tensión. ¿Pero cómo iba a insultar de esa manera al anciano? No podía, le debía respeto por haberle dado cobijo. Estuvieron hasta tarde bebiendo y hablando de las cosas que sucedían por esos contornos.

Cuando más tarde se echó en un jergón, comprobó que su mente estaba un poco nublada por el licor bebido y que las heridas no le dolían casi nada. Por unos momentos había olvidado lo que había pasado y se sintió mezquino.

Un pequeño movimiento le puso alerta y sintió el calor de un cuerpo muy cerca del suyo. Se

sorprendió al ver a la joven que había inflamado su deseo con el licor y con su cuerpo joven y agraciado. Iba a decir algo cuando ella le puso un dedo sobre los labios.

—Mi padre desea que te reconforte. Es una costumbre de hospitalidad. —Él la miró, extrañado por esa costumbre.

—Nada puede salvarme de mi sufrimiento. —La joven se acercó a él con movimientos sensuales.

—Pero yo puedo hacer que lo dejes a un lado. —Él la cogió de las manos impidiendo que estas llegaran hasta su pecho.

—No quiero engendrar un niño en tu vientre. Estaré poco con vosotros.

—Tranquilo, yo tampoco quiero una cosa así. —La joven se levantó y volvió enseguida con un cuerno lleno de una bebida—. Es un remedio para que tu semilla no germine en mi interior, así podremos amarnos.

Las mujeres solían comportarse así en su compañía, nunca había sentido el deseo de seducir a ninguna, ya que normalmente venían a él. La joven se acostó a su lado y dirigió su mano hacia el musculoso pecho del hombre; ahora no la paró ninguna mano, y siguió el curso de su deseo.

Thorkell se dio cuenta de que la mujer estaba desnuda, su sedoso cuerpo se fundía con el suyo aprisionándolo en las tinieblas del deseo. La noche los encontró entrelazados y amándose con una pasión arrolladora. Y así pasaron muchas lunas.

La pasión de esa mujer lo había mantenido en la aldea casi una semana. Era incapaz de dejar esa paz que sentía en su compañía. Con ella olvidaba todo. Esa mañana, al levantarse y tras dejar el calor del abrazo de la mujer, había decidido marcharse para seguir su camino. Unas voces lo alertaron de la llegada de otros visitantes. Se escondió para escuchar lo que decían.

—La revuelta fue todo un éxito. El gran Sulke ha caído y con él, el sueño de la unificación. — Los hombres rieron, pero desde donde estaba solo veía los perfiles. Uno de ellos tenía el rostro afilado, enjuto y su nariz era grande; el otro en cambio poseía un rostro regordete y de un tono ceniciento. Ambos hablaban con rabia y odio.

— ¿Quién fue el traidor? —El de rostro enjuto se encogió de hombros.

—No se sabe. Mantiene su identidad en secreto, pero nos informa muy bien.

— ¿Se sabe de dónde es? —Esa era la voz del anciano que le había dado cobijo y comida y que le había entregado a su hija. Ahora comprendió que lo haría con todos los que visitaban su aldea y que les trajera alguna información de interés.

—Tampoco, pero sabe mucho sobre esa aldea.

Thorkell sintió que su corazón se detenía. ¿Un traidor? Nunca lo habría pensado, pero ahora se daba cuenta de las múltiples emboscadas en las que habían caído en los últimos años. Apretó el puño con fuerza y su cuerpo se tensó. Saldría y pondría en su lugar a esos hombres. Necesitaba su espada. Mientras volvía a donde dormía, pensó que no podía hacerles nada. Tenía que volver a Trondheim y averiguar quién era ese traidor.

Se puso a recoger sus cosas y la mujer se inclinó sobre el jergón para mirarlo.

— ¿Adónde vas?

Sin mirarla, terminó de abrocharse la camisa y de anudarla bajo sus calzones.

—Mi gente me espera, es hora de volver.

Ella sonrió, sabía que el día había llegado.

— ¿Ha sanado tu alma?

—La herida es demasiado profunda para reponerse, pero tengo algo por lo que volver.

—Espero que la vida te sonría. —Él intentó sonreír a esa bella mujer.

Su marcha de esa aldea fue igual de tranquila que cuando llegó. El anciano padre de la joven lo bendijo y le dio algunos alimentos para el camino. Su caballo esperaba en perfecto estado, ni se había preocupado por él durante esos días. Estaban dispuestos para la marcha.

La primera noche que paró a descansar estaba exhausto. Se tendió sobre una manta que llevaba en el caballo, con sus armas dispuestas en torno a él. Pero un sueño empezó a rondarle por la mente; Fenja le decía una y otra vez que volviera a la aldea. Lo necesitaban, sobre todo su madre.

Su respiración se hizo cada vez más pesada y empezó a sudar. Una última visión de su madre sollozando fue suficiente para hacerlo salir de la oscuridad que se había autoimpuesto. No esperó al amanecer para proseguir su camino. Caballo y jinete formaron una sola silueta que recortaba el cielo, galopando con la compañía del viento hacia los fiordos. La luna era su fiel compañera de viaje.

A ese ritmo infernal, casi sin descansar, al atardecer del día siguiente llegó a los límites de la aldea. Estaba todo desierto, su aldea tan llena de vida se había ocultado bajo el dolor de una gran pérdida. Las típicas voces de los niños no se escuchaban, el repiqueteo de la fragua era inexistente, el suave y constante golpeteo del martillo de Einarr sobre las maderas de los barcos no se oía. Él, que era tan trabajador y el alba lo encontraba siempre con sus barcos.

Parecía que el tiempo se hubiera detenido y que la vida hubiera huido de ese bello y maravilloso lugar.

Isgendur se debatía en un tormento, no aceptaba la muerte de su esposo, pero sabía que debía ser fuerte y demostrar fortaleza. Pero era incapaz de no pensar en su hijo Thorkell. ¿Dónde estaría?

¿Pensaría buscar al asesino de su padre?

No podía imaginarse que también podría perderlo a él y eso la imbuía más en el dolor. Un fuerte griterío interrumpió sus pensamientos. La puerta de la casa se abrió de forma intempestiva, y la figura de su amado hijo enmarcó toda la puerta.

—¡¡Thorkell!! —La mujer se dejó caer inerte en los brazos de su hijo.

—Madre..., perdonadme. He huido como un cobarde...

—Shh, no se te ocurra pensar eso de ti. Eres como él en todo. Estaba orgulloso de ti y debes seguir su camino.

—Lo haré, madre. Vi en mis sueños a Fenja, que me decía que tenía que volver.

—Ella vela por la paz de la aldea y las runas predijeron que algo malo se acercaba.

—Mi viaje no ha sido en balde, he descubierto cosas y...

Una figura alta invadió la habitación y Thorkell se giró para observar que Bjorn los miraba. Su fiel compañero, amigo y hermano siempre estaba ahí cuando lo necesitaba.

—Supongo que me contarás eso que has descubierto.

—Siempre estás en todo, ¿lo sabes?

—Primero debemos enterrar a tu padre. Hemos esperado tu regreso, está todo preparado. Tan solo falta prender el fuego que llevará su cuerpo a acompañarlo en el *Valhala* —informó su madre con lágrimas en los ojos.

## Capítulo 3

Thorkell braceaba en las árticas aguas del mar; le gustaba nadar, pero ahora lo hacía porque sentía que un gran dolor le invadía el corazón.

Su amado padre había fallecido y su funeral había sido tan solo un día antes. Él había sido el encargado de prender el fuego que llevaría a su padre hacia la vida eterna. Habían cavado una oquedad en el suelo y habían preparado el cuerpo con sus mejores ropas, lo habían depositado en una pequeña cámara repleta de objetos personales del difunto, tales como joyas, utensilios y provisiones para su gran viaje a la otra vida. Habían sacrificado algunos animales y el fuego había sido el encargado de acabar con todo. Cuando todo lo que había estado vivo se llenó de cenizas, levantaron un montículo de piedras en forma de barco y allí recordarían al gran Sulke.

Thorkell se encontraba con el corazón dividido. Su padre le había encomendado, en el lecho de muerte, la misión de ayudar a Harald el rubio a unificar Noruega. Además de proteger a toda la gente que vivía en la aldea. Era demasiada responsabilidad, pero era el heredero y, a sus veintisiete años, se consideraba preparado para asumir esa tarea.

Sulke y Harald el rubio habían combatido juntos para evitar la invasión de otros vikingos, los suecos. Sulke había sido el caudillo más importante de los fiordos y, junto con Rognvald Eysteinnsson, que había sido el primer *Jarl* de More, habían sido los mejores aliados de Harald I. Ahora tenía que seguir la tradición y demostrar que era un buen líder, tal y como lo había sido su padre.

Las *runas* debían guiarlo en su camino y hacer de este un trayecto seguro hacia el éxito, como lo había sido la vida de su progenitor.

Salió del mar, tan solo un fino calzón cubría su cuerpo. Era como su padre, alto y de complexión delgada pero musculosa. El cabello lo tenía castaño claro, los mechones caían sobre su espalda, mojados y desordenados. Su ropa yacía en el suelo. Se puso los pantalones con prisa, embutió su cuerpo en la camisa y la ató con un cinturón. Marchó hacia la aldea con paso raudo, a Fenja no le gustaría que se retrasara. Sabía que todos lo esperaban, pues hoy era el gran día y las *runas* hablarían acerca de su destino. Cuando entró en la sala, la mujer no había llegado todavía y se sentó a esperarla.

Fenja entró en la casa principal, ella sería la encargada de leer las *runas* para saber si Thorkell estaba destinado a seguir la estela de su padre. De su cintura colgaba un saquito que contenía las veinticuatro *runas* sagradas, cada una de ellas contenía un significado y se usaban para

la adivinación. Talladas sobre la roca, eran su palabra escrita. Las *runas* de la *valur*, la maga de la aldea, estaban talladas en madera y eran tan antiguas como su familia. Habían pasado de generación en generación, ya que la magia provenía de las mujeres de su familia. La mujer avanzó hasta el centro de la gran casa; una mesa presidía la estancia y el joven guerrero estaba sentado esperándola.

Las sostuvo en la mano y entonó dos estrofas del *Runatál*, el libro sagrado de las runas, para invocar los poderes.

*Sé que pendí de un árbol agitado por el viento,  
Sus raíces ignoradas por los sabios;  
Atravesado por las lanzas, durante nueve largas noches,  
Prometido a Odín, mi ser ofrecido al suyo.*

*No me dieron pan, ni un cuerno del cual beber;  
Contemplé las profundidades:  
Grité y recogí las runas,  
Y por fin, caí.*

Fenja alcanzó las *runas* a Thorkell y le tapó los ojos con un trozo de tela. Debía elegir cinco que sellarían su destino. Thorkell las eligió y la maga las colocó con veneración en la posición sagrada, formando una cruz en el orden en el cual él las había elegido.

La primera runa, colocada en el este, indicó que había un problema que se había originado en el pasado y aún no se había solucionado.

La runa colocada al oeste, la segunda, indicaba las influencias externas que afectaban al presente y a la naturaleza del problema.

La tercera indicaba lo que podía suceder en el futuro si no se solucionaba dicho problema.

La cuarta, cómo se podía aprender de la situación para hacerle frente en el futuro.

Y la quinta enseñaba la capacidad para resolver el problema y restablecer el equilibrio de la vida.

La *valur* observaba las runas muy seria; cuando las estudió lo suficiente, alzó la cabeza y miró a todos.

—Un gran problema se cierne sobre nuestras vidas. Debes unirme a Harald como ya lo hizo tu padre y honrar su nombre. Solo si permaneces unido a ese gran hombre conseguirás seguir los pasos

de tu padre. Las runas te han elegido como *hersir*.

—Por el gran *Thor* que conseguiré ser como él. —Fenja enarcó una ceja un tanto preocupada.

—Las runas también dicen que algo va a dificultar vuestra empresa. Veo un largo viaje que os llevará más allá de los confines del país. —Thorkell asintió.

—Que sea lo que dicen.

—Ahora puedes informar a los demás de lo que las runas han dicho.

—Así se hará, Fenja.

Tendría que viajar junto con Knut y Bjorn a visitar a Harald el rubio. El viaje sería pesado, tendrían que atravesar un gran territorio con escarpadas montañas, pero su honor estaba en juego. La visita a Vestfold supondría un gran revuelo para las gentes sencillas de Trondheim. Su madre y sus hermanos se quedarían para cuidar de las gentes, no era la primera vez que se quedaban a cargo de todo y lo hacían bien. Su madre era una gran mujer, fuerte y sabia, y los guiaría a todos.

Thorkell la observó. Desde la muerte de su padre, esa gran mujer se estaba apagando como una vela y le dolía el alma al ver su sufrimiento. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos; ambos salieron de la casa para ir a sentarse en la piedra donde su padre modelaba la madera con infinita maestría.

—Madre, no os aflijáis. Está con nosotros, aquí. —Le señaló a su madre el corazón y ella sonrió.

—Sí hijo, debe haber llegado al *Valhala*. Debe estar contento, es lo que todo guerrero quiere y él ha muerto con honor.

—Para él era muy importante. Quería que todas las tribus fuéramos una y en eso estaba con Harald.

—Hijo, debes continuar con ese pensamiento y ayudar a Harald en todo lo que necesite. Tenemos que dejar de pelear entre nosotros para darnos cuenta de que los suecos nos quieren invadir.

—No os preocupéis, que haré todo lo posible. Iré a ver a Harald y le ofreceré mi fidelidad para con su causa. ¿Estaréis bien? —Su madre asintió.

—No es la primera vez que me quedo al frente de todo. Además, están Erik y Finn, que aunque sean más jóvenes, también tienen su valía. Pero te irás cuando llegue la primavera, Harald entenderá tu período de luto.

Organizaron una pequeña reunión después de la cena para contarles a todos lo que las runas habían dicho. La aldea entera tenía fe en él, como la tuvieron en su padre. Sabían que la guerra estaba cerca y debían cuidarse entre todos para lograr salvarse.



Poco a poco, el ritmo de la aldea se hizo más lento; el invierno había llegado y esta vez tenían que vivir con una gran ausencia. Los meses fríos fueron pasando, y poco a poco la herida fue sanando, a la par que la primavera se abría paso. Las gentes esperaban la mejora del tiempo para poder salir de las casas y dedicarse a otras cosas. Era tiempo de mucho trabajo, pero lo preferían a estar tan inactivos durante el invierno.

El primer día de primavera, las mujeres se paseaban por la aldea parloteando y trabajando. Las jóvenes salieron a recoger frutos y flores, llevaban cestas para recolectar setas. Con ellas y un poco de carne, hacían un delicioso guiso para que los hombres repusieran las fuerzas. Ese día, todo el mundo pensaba en el futuro viaje. Nadie sabía cuándo iban a volver, pero sí que se iban pronto. Dos hermanas, Halldora y Dalla, paseaban por el camino del bosque. Ambas se parecían mucho; quizás la más joven, Dalla, era un poco más alta que la mayor, Halldora; pero las dos poseían grandes ojos azules y un pelo dorado como el trigo. Las dos lucían dos trenzas que dejaban caer sobre sus núbiles pechos.

Miraban al nuevo jefe de su clan y a la madre de este, ambos fundidos en un cariñoso abrazo.

—Esta vez se irán para un largo tiempo —dijo Halldora, la mayor.

La más joven se puso nerviosa, no quería ni oír hablar de que tardarían en volver. No podía imaginar un día sin ver a Knut, solo de pensarlo ya se sentía enferma.

—...vendrán enseguida, porque no pueden dejarnos solos. Nos pueden atacar.

Halldora sintió un escalofrío al oír lo que decía su hermana.

— ¿Por qué eres tan fatalista? ¿No será que echarás de menos a un guerrero de mirada azul y fuertes músculos?

—Calla, ¿no será que tú no miras con ojitos a Bjorn? —Dalla sonrió al ver cómo su hermana se puso lívida.

—Yo... ¿mirar a ese zopenco, frío y hosco? Jamás perdería el tiempo con un hombre así —afirmó Halldora. No podía mentir, era un hombre atractivo, pero quería a alguien con un futuro más encauzado. Sus ojos se habían fijado en Kari, hermanastro de Bjorn y comerciante. En el fondo, su sueño era salir de la aldea y ver mundo.

Dejaron de hablar para continuar hacia el bosque, mientras cada una pensaba en su futuro.

\*\*

Thorkell dejó a su madre y se reunió con sus compañeros de armas, mientras ambos miraban sin disimulo a las hijas de Olaf el sabio. No pudo evitar reírse al ver sus caras.

—Por *Odín*, ¿por qué no vas a decirle algo? —rogó a su amigo. Hacía tiempo que lo veía

interesado por Halldora.

Bjorn alzó la vista hacia él y lo miró.

—Amigo mío, ella no querrá nada de un guerrero. Es hija del gran Olaf y pretenderá casarse con alguien de su misma clase social.

—Bjorn, eres aburrido hasta cuando hablas. —Knut se levantó decidido—. Voy con Dalla. —Lo vieron que se marchaba hacia el lugar por donde habían desaparecido las muchachas.

Conforme se acercaba, pensaba en lo que le iba a decir a esa joven de cabellos como el trigo, fuerte y decidida. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que pronto, la felicidad que habían construido, iba a interrumpirse.

Halldora y Dalla se toparon con Knut; la más joven se quedó de piedra al verlo, como le sucedía siempre.

—Buenos días, Dalla, ¿vienes a dar un paseo? —le preguntó a su esposa. Poco antes de la batalla en la que el gran Sulke perdió la vida, ellos habían unido sus vidas.

La joven lo miró con ojos enamorados y se acercó a él, decidida.

—Sí. Halldora, enseguida vuelvo.

Los dos jóvenes se perdieron en el bosque. Knut caminaba deprisa, seguro de que ella lo seguía; había comprobado muchas veces que era lista y rápida. Llegaron a un claro del bosque donde oficiaban el *Blot*, un lugar sagrado para ellos, porque era el sitio donde oraban a sus dioses.

—¿Qué es lo que querías decirme? —preguntó Dalla con inocencia. Sabía que le hablaría de su marcha y ya le dolía.

La joven no podía ser más directa. Knut, sin pensarlo, porque si lo hacía no sería capaz de decirle lo que tenía pensado, se acercó a ella y le agarró la trenza. Ella se quedó mirándolo fijamente y Knut no podía admirarla más. ¿Cómo podía ser que le mantuviera la mirada tan fija a él, un guerrero?

—El día más feliz de mi vida fue cuando unimos nuestras vidas —dijo mirándola a los ojos—. Me voy y no sé cuándo volveré.

Dalla se quedó de piedra, realmente lo había dicho.

—Sí, y mientras yo no esté, tú no podrás estar sola, porque te acabas de desposar conmigo y...

—Un momento guerrero; ¿me sueltas eso así, sin más? —Ella lo miró empezando a enfadarse un poco por su actitud fría.

—Eres terca, ¿de dónde te viene esa actitud rebelde que me vuelve loco? —Knut no sabía

cómo decirle que no quería dejarla sola.

Dalla creyó que se iba a desmayar, ¿lo volvía loco?

—No te entiendo, parece que estás hablando para ti solo. Me voy. —Dalla se iba a girar cuando Knut la agarró de una mano y la acercó a su cuerpo.

—Que dura que eres, ¿no ves que me muero por ti y que me da apuro dejarte sola e irme? —expuso el joven con vehemencia mientras la miraba.

Esa declaración tocó la vena sensible de la muchacha, le habían subyugado sus palabras. Ella alzó sus grandes ojos azules y lo miró.

— ¿Lo dices en serio?

— ¿Dudas? —Ella asintió.

—No estaré sola y...

—Pensaba que a lo mejor tú... —Su mayor ilusión sería que ella estuviera encinta.

—Aún no ha llegado ese día, pero ansío que la diosa nos bendiga con un hijo. —Dalla deseaba ser madre ante todo.

Knut la miró y se perdió en sus ojos, se agachó para capturar sus labios y se perdió de nuevo en la calidez de la joven.

Thorkell estaba discutiendo con su hermano Erik los pormenores del viaje.

—El *Jarl* de More también va a ir, es una reunión muy importante. Se van a tratar asuntos relacionados con la unión.

—Padre estaría orgulloso de ti, hermano. Harald te dará el título de *Jarl* de Lade, como a él.

—Aún no lo tengo Erik, solo espero poder conseguirlo con honor y sobre todo por la memoria de padre.

—Sabes que, cuando tengas el título, harán que te unas a una mujer y...

—Mi corazón es solitario y aún no hay mujer capaz de entrar en él. De momento estoy solo; bueno, con vosotros, renacuajo —revolvió el pelo de Erik como cuando eran niños—. ¿Y Finn, dónde se ha metido?

—No lo sé, andará detrás de Ragnar. Se le ha metido en la cabeza que quiere ser su ayudante y lo está persiguiendo.

—Pobre, la que le ha caído. Vamos a ver si lo encontramos.

Thorkell salió y Erik lo siguió, eran casi igual de altos; pero la redondez de los rasgos del

menor delataba su corta edad. Aún le quedaba camino para convertirse en un gran guerrero, él mismo lo entrenaba y se daba cuenta del gran parecido y fuerza de su hermano mediano.

Encontraron al menor de la familia junto a Ragnar, el herrero y el padre de su amigo Knut.

—Este hermano tuyo me acabará volviendo loco. Quiere ser mi ayudante, pero no entiende que yo trabajo solo y...

—Déjale por lo menos que pruebe; si vale lo enseñas y si no, que se busque otro oficio.

—Me gustaría forjar espadas legendarias y que todo el mundo conociera mis hojas —dijo el joven.

Thorkell rió por el ímpetu de su hermano, de dieciséis años.

—Cuando vuelva espero que hayas aprendido y que me forjes una.

—Eso está hecho hermano, te forjaré la mejor espada. Será la más grande en la batalla, su hoja será mortal y...

—Vamos Finn, tu mente trabaja más que tus brazos, deberías ser un *escaldo*. Se te da muy bien narrar las historias de nuestros dioses y nuestros héroes.

—A padre no le hubiera gustado que yo fuera escaldo y... —dijo el joven muy serio.

Thorkell se acercó a él.

—Padre estaba orgulloso de todos, le daba igual a lo que nos dedicáramos, ¿está claro?

La mesa de la gran sala *skali* estaba cubierta por un gran mapa, nada quedaba de los adornos de la boda que se había celebrado pocos meses atrás. Bjorn barajaba la idea de un par de rutas por si acaso. Pero era una buena época para viajar, porque la primavera había comenzado y lejos quedaban las frías temperaturas. Se empezaba a apreciar un clima más cálido.

— ¿Has hablado con Halldora? —preguntó Knut de forma jovial a Bjorn. Nada le gustaría más que tener a su amigo de cuñado.

Esa pregunta descolocó un poco a Bjorn. Le gustaba un poco esa mujer, pero no estaba seguro de que fuera a ser su compañera. Cuando sus miradas se encontraban, no sentía nada, y el amor no podría ser así. Recordaba algunas historias de su madre y en una de ellas le contó que, al mirar a su padre, le parecía que estaban solos. Eso no le sucedía al mirar a Halldora, así que no pensaba que fuera la indicada.

—No, cuando te fuiste con Dalla la vi hablando con Kari. Creo que prefiere a un comerciante tranquilo que a un guerrero que no sabe si algún día volverá.

—Eso no lo sabes y....

—No sigas compañero, ella prefiere otras compañías y a mí me da igual. Creo que no es la

mujer de mi vida. Además, dudo que haya alguna.

—Pues ya somos dos. Dejad de hablar de mujeres y centrémonos en la ruta. Tenemos que tener claro lo que vamos a llevar —dijo Thorkell algo mosqueado.

—Yo creo que a caballo iremos más rápido, el hielo se deshizo hace semanas y se podrá transitar bien. Además, cuando nos detengamos, los animales pueden descansar. —Bjorn era muy cuidadoso en todos los detalles de los viajes. Su padre, Kolbein, le había enseñado a montar a caballo y no perderse; y también a navegar siguiendo el rumbo por el sol y las estrellas.

—Yo estoy contigo, además podemos llevar un poco más de carga. No sabemos lo que nos espera cuando estemos en Vestfold. —Thorkell estaba seguro de que les mandarían algún encargo para comprobar su lealtad.

—Tenemos que estar atentos, eso parecerá un nido de ratas, todos estarán con Harald, pero puede que alguno lo traicione. Puede ser peligroso. —Bjorn se acordaba de las historias que Sulke les contaba sobre Harald cuando eran unos críos y soñaban con ser grandes guerreros.

— ¿En qué piensas, amigo? —Thorkell confiaba plenamente en Bjorn. Sabía que era frío y calculador, pero tenía los nervios de acero y nunca herraba cuando decía una cosa.

—En tu padre, nos encantaban las historias que nos contaba. Por *Odin*, que lo anhelaba muchísimo y siento mucho reavivar tu dolor.

Thorkell sabía que había amado a su padre como si hubiese sido el suyo. La vida del niño no había sido fácil. Bjorn había perdido a su padre con doce años, y de lo único que se alegraba era de que recordaba lo mucho que había aprendido en su compañía. Cuando su madre se volvió a unir, su compañero, Sigfred, ya tenía un hijo, Kari, un poco más mayor que Bjorn, pero nunca habían llegado a crear un vínculo de hermanos. La muerte de su padre, Kolbein, en vez de unir a la familia, los separó aún más. Thorkell había sido como un hermano, ya que con Kari no se llevaba muy bien. Luego, un día, mientras jugaban, conocieron a Knut. Su padre se empeñaba en enseñarle el arte de las fraguas, pero el muchacho se rebelaba una y otra vez porque quería ser guerrero. Al final su padre se resignó y le dejó que entrenara con Thorkell y con Bjorn.

Tenían tantos recuerdos juntos que parecían hermanos de sangre, en vez de compañeros y amigos.

—Me acuerdo de la primera vez que entrenamos juntos. —Los recuerdos se agolpaban en la mente de Bjorn.

Thorkell conocía a su amigo y sabía que no era fácil ver tan feliz a ese hombre grande y temerario.

—Te di una paliza que no te pudiste sentar en un par de días. —Bjorn estalló en carcajadas al

recordar ese día—. Y a ti, Knut, me parece que fue una semana.

Los tres rieron con ganas al revivir esos felices momentos. Habían sido como hermanos y seguían siéndolo. Siempre juntos a pesar de las dificultades.

—Qué bien que estéis contentos. Eso es buena señal. —Erik entró en la sala seguido de Finn.

— ¿Ya te has cansado de mi padre, Finn? —Knut miró al joven.

—Es un oficio duro. Yo... —dijo el joven mirando a Thorkell—, vengo a decirte, hermano, que me gustaría ser *escaldo*. Me gusta recitar versos y narrar historias. Mientras no estás, trabajaré en una edda sobre padre —dijo el joven con la voz entrecortada y con la mirada baja.

—Me parece perfecto Finn, estás hecho para escribir y relatar. —Thorkell abrazó a su hermano muy contento de que hubiera tomado su camino. No era un joven que se pudiera dedicar a pelear. Finn era alto y delgado, no había sostenido una espada en su vida ni le gustaban. Así que estaba contento; además Erik ya seguía sus pasos y se entrenaba con él y los demás.

Erik, por su parte, miraba a Knut de reojo; hacía tiempo que quería preguntarle algo. Ya que a su padre no se atrevería ni a decírselo. Todos se daban cuenta del titubeo del joven y todos sabían que le gustaba Vigdis, la hermana de Knut. Al fin este se volvió hacia el joven.

—Erik, tengo un encargo para ti en mi ausencia. —Knut sabía que no iba a poner problemas en cumplirlo.

—Dime, lo que me pidas lo intentaré hacer.

—Mi padre está muy ocupado y mi madre en esta época no para en el campo, por lo que te encomiendo que cuides de mi hermana.

—Pero..., no sé si ella querrá... y... —Erik estaba muy nervioso.

Knut sabía que a su hermana no le desagradaban las atenciones del joven, pero se moría de vergüenza por decirlo. Él la había oído un día hablar con su madre.

—Créeme, a ella le agradará tu presencia.

El joven asintió con una amplia sonrisa en los labios.

En esos momentos, Fenja entró en la casa y observó a los muchachos. Eran grandes hombres y harían grandes cosas por su pueblo, de eso estaba segura..., lo había visto.

—Antes de iros, debéis honrar a todos los dioses. Thorkell, debes ganar su favor para que las *Nornas* hilan tu vida y tu destino con el hilo de oro de los héroes.

Todos miraron a la valur; su sabiduría era infinita y las runas hablaban por ella. Todos en la aldea eran fieles seguidores de los dioses y no osaban hacer nada que los ofendiera. Estaban felices de tener a Fenja para que los guiara, pues si los dioses no los acompañaban, las aldeas se

empobrecían y la gente llegaba incluso a perecer. Eso había sucedido en un par de aldeas cercanas a la frontera, así que en Trodheim les gustaba mucho cuidar y orar a los dioses.

—Tú guíanos, Fenja —dijo Thorkell. Tanto su padre como él se identificaban con el Dios Thor, con su valentía, su lealtad y su honor.

—Tenemos que honrar a todos los dioses. Además, Ragnar fabricará un amuleto y ellos lo cargarán de magia y poder. Debéis estar todos protegidos.

El joven hersir asintió a todo lo que le decía la mujer, se giró hacia sus compañeros y estos dieron un paso al frente. Por un momento se sintió realizado como jefe, pues una de las principales tareas era la de ganarse a sus guerreros. Él lo había conseguido, Bjorn y Knut lo seguirían allá donde él fuera, y los demás también.

Esperaba que el gran Harald lo escuchara y aceptara su palabra, como una vez lo hizo con su padre.

“Hubo entre los escandinavos unas mujeres que, transformando su belleza en aires varoniles, consagraban casi toda su vida a las prácticas guerreras.

Olvidándose de su condición natural, anteponían la dureza a las caricias, buscaban los combates en vez de los besos, dedicaban sus manos a las lanzas (...)”

Historiador Saxo Grammaticus,

Gesta Danorum.



## Capítulo 4

Sudoroy, Islas Feroe, 872

En el Mar de Noruega había un archipiélago con multitud de islas; las llamaban las Islas Feroe. En una de ellas, Sudoroy, se fundó una colonia de mujeres. Este matriarcado se hizo independiente, tuvo su pequeño gobierno y sus leyes, y llegó a prosperar.

Tan solo una nota era discordante en esa paradisíaca isla; sus habitantes eran mujeres guerreras. Eran libres e intrépidas y se sometían a unas rigurosas normas de convivencia; tenían unas leyes para prevenir la relajación de las costumbres y conservaban en un alto grado las virtudes militares.

Según su líder, era primordial que supieran defenderse. Eran mujeres y un blanco perfecto para cualquier grupo de hombres; por lo que decidieron enseñar a luchar desde bien pequeñas a sus vástagos femeninos.

La vida de Araidan había sido dura. Ahora, observando la prosperidad de su pueblo, rememoraba su vida. Una parte de ella recordaba la felicidad de la institución llamada familia; pero la otra parte sentía repulsión por los hombres.

*Arnkatla, su madre, fue una mujer fuera de su lugar; criada al lado de varios hermanos varones, se había criado rodeada de armas, libertad y amistad. Cuando su padre le impuso un matrimonio pactado había huido, no quería casarse de esa forma. Su padre había acordado un matrimonio con el gran Alf de Dinamarca.*

*Estaba en su cuarto pensando lo que iba a hacer cuando su madre entró en su alcoba.*

*—Hija, ¿qué piensas de esa unión? —la joven miró a la mujer con tristeza.*

*—Madre, no conozco a ese hombre, me gustaría casarme sabiendo quién es mi futuro marido. —Su madre la miraba.*

*—No quiero que vivas una vida como la mía. Tú serás libre y forjarás tu propio futuro. ¿De acuerdo? —La joven asintió—. ¿Te ves con fuerzas para irte de aquí con alguna compañía?*

*—Eso es lo que siempre he deseado, quiero ser como mis hermanos, libre para viajar y conocer mundo.*

*—Pues lo serás hija; ven, vamos a idear tu huida.*

*Las dos estuvieron hablando hasta altas horas, tenían un buen plan. Solo la acompañarían algunas damas que querían huir también de su fatal sino y algunas que buscaban aventuras y un cambio en sus vidas. Arnkatla se estaba enfundando en un disfraz, ya que su madre creía que, disfrazada de hombre, tendría más posibilidades para salir del puerto. Esa noche no*

*había luna y la huida sería más fácil.*

*Las demás mujeres también fueron disfrazadas. Algunas pusieron el grito en el cielo por tener que usar semejantes ropajes, pero la libertad estaba pendiente de que no las reconocieran por su sexo. Esperaron a la madrugada para llegar hasta el barco.*

*Fueron acercándose a la nave una por una; un anciano que era afín a su madre se encargaría de manejar el barco. Ella no le había dicho a nadie que había aprendido algunas cosas cuando iba con sus hermanos. Era mejor callar sobre sus habilidades. Tras una difícil despedida, puesto que le resultaba muy duro despedirse así de su madre, el barco salió a mar abierta.*

*Una nueva vida empezaba para ese grupo de mujeres; una vida en la que ellas eran las dueñas de sus destinos. Juntas sembraron el terror en la costa danesa. Se convirtieron en piratas y abordaban todos aquellos barcos que encontraban en su camino.*

∞

*El joven Alf, tras la muerte de su padre, se había convertido en rey de su tierra y, junto a sus adeptos, pensaban en cómo luchar contra esas piratas. En el castillo hubo una difícil reunión de mandos.*

*—Tenemos que ir tras ellas y darles caza. Cuando hagamos prisionera a la jefa, el resto no tendrá más remedio que rendirse.*

*—Tenéis razón, es lo mejor que podemos hacer.*

*—Formaremos una expedición para ir en su busca.*

*Después de meses vagando por las aguas nórdicas, por fin avistaron los barcos piratas. Hubo una cruenta batalla y las piratas fueron derrotadas. Arnkatla fue hecha prisionera. La condujeron al camarote del capitán del barco, que resultó ser el rey de Dinamarca. La llevaban atada con cadenas, pero ella procuraba ir erguida demostrando su orgullo y su valentía de cara a un grupo de hombres. Alf quedó desarmado en cuanto la vio, y él mismo le quitó las cadenas.*

*— ¿No eres Arnkatla, la hija de los señores de...? —ella miró a ese hombre alto y despiadado que había luchado con ella en su nave.*

*—Dejé de serlo hace mucho tiempo. Quería ser libre para elegir por mí misma. —Alf admiró a esa mujer fuerte y decidida.*

*—Salid todos de aquí, quiero hablar con ella a solas. —Se sorprendió al oír la orden. Todos los hombres de Alf salieron dejándolos solos—. Ahora podemos hablar con sinceridad.*

*—Me alegra, será mejor para los dos.*

*— ¿Porqué me dejaste plantado el día de la boda? —ella se quedó de piedra. ¿Podría ser*

*que ese hombre fuera...?*

*—No tenía nada contra ti, solo contra la decisión que habían tomado. Quería decidir por mí misma, y más siendo algo tan importante como el matrimonio. —Él no pudo evitar mirarla y darse cuenta de que era bellísima. Ese aire rebelde le daba cierto atractivo.*

*—Me estás diciendo que te hubiera gustado conocerme para decidir. —Ella asintió. Él estalló en una ruidosa carcajada que la dejó sorprendida—. Bueno, en el viaje de vuelta a Dinamarca me gustaría que te quedaras aquí y me dieras una oportunidad.*

*No pudo negarse ella a lo que le había dicho y, para su asombro, el viaje de vuelta fue como una ilusión, en la que dos jóvenes se enamoraron.*

*Cuando llegaron a Dinamarca contrajeron nupcias. Fueron una pareja feliz, pero algo singular, porque ella lo acompañaba en cualquier revuelta que hubiera.*

*Hasta que se quedó embarazada y se quedó cuidando de su hija. Quería que fuera una mujer como ella, libre y capaz de decidir por sí misma sobre su futuro.*

Ella había nacido en un hogar coronado con el amor. A pesar de la rebeldía de su madre, el amor había triunfado en su vida; por lo que su niñez había sido feliz junto a sus padres. Pero a una temprana edad le sucedió algo de lo que no se había sobrepuesto todavía. Una rebelión creció cerca de las tierras de sus padres y decidieron sofocarla. Ella se escondió en el barco, no quería alejarse de sus progenitores y, no haciendo caso a las palabras de ellos, se escondió en el barco que los llevaría a la desgracia.

Estaba agazapada en la bodega del barco cuando empezó a oír los alaridos de miedo; no sabía qué hacer, si salir o no. Estaba aterrada, pues solo tenía doce años; sin embargo, se encaramó a lo más alto y se asomó para poder ver lo que pasaba.

Los horrores que vio la dejaron marcada de por vida. No fueron cosas para que las viera una niña de su edad. La feliz infancia quedó relegada a un rincón de su corazón para siempre. Una nueva mujer surgió con un odio extremo a los hombres y se juró que jamás viviría bajo el yugo de su tiranía.

Logró regresar a su hogar, pero ya nada pudo volver a la normalidad. Y junto a un grupo de mujeres, decidió salir al mar, tal y como lo había hecho su amada madre.

Llegaron a las islas y les pareció el sitio perfecto para comenzar una nueva vida. Y allí, en una de ellas, fundaron su colonia de mujeres. Tras muchos años de trabajo consiguieron prosperar y su aldea era habitable. El tema de la fecundación fue para ellas algo difícil de decidir; necesitaban concebir niñas para preservar la colonia.

Llegaron a un acuerdo y formularon algunas leyes. Se amancebarían con un varón, pero

tapadas de arriba abajo para no dar pie a la lujuria. Y tan solo se quedarían con las niñas, los bebés que fuesen varones los dejarían en otra isla para que otras gentes los cuidaran. Sobre esa ley, Araidan fue la primera en obedecerla y, aunque el momento fue duro y frío, enseguida comprobó que en su vientre crecía una vida y rezaba a los dioses para que le obsequiaran con una niña.

Todos los días iba a rezar al pequeño monolito que habían creado para eso; era simple y sin adornos, pero para ellas era un lugar sagrado en el cual orar a los dioses. Eran profesas del gran Thor, al ser el dios de la guerra ellas lo tenían en gran aprecio. También amaban a Balder, el dios de la elocuencia, la sabiduría y el bien, pues ellas rezaban porque ningún mal las alcanzara, solo querían ser felices y vivir a su manera.

El día del parto fue largo, pero Araidan se vio bendecida con una niña. Era hermosa, sus cabellos eran cobrizos y sus ojos no tenían muy definido el color. Desde ese día cuidó de la pequeña para convertirla en la líder de la colonia.

Astrid galopaba a lomos de su fiel caballo, le encantaba sentir la libertad cabalgando en el corcel. Era un momento para ella liberador, se olvidaba de quién era y dónde vivía, pero sobre todo se olvidaba del odio del que siempre vivía rodeada. Su vida había sido feliz, pero poco a poco, cuando fue creciendo, se fue dando cuenta de que fallaba algo.

Vivía en una isla preciosa, pero no había ido nunca más allá de esas playas de arenas blancas. Su madre le decía que fuera había un mundo oscuro, siniestro, en el que las mujeres eran esclavas de los hombres. Había crecido odiando esas historias y deseando salir a conocer mundo, claro que de todos sus pensamientos nada le decía a su madre, porque no quería traicionarla después de todo lo que había vivido.

La historia de su abuela era contada de unas a otras para tenerla siempre presente, fue la liberación de la mujer. Y su madre más todavía; pertenecía a una raza de mujeres fuertes y decididas que se habían propuesto crear su propio mundo.

Un mundo en el que ellas eran las jefas, un mundo en el que nadie les daba órdenes. Un mundo dirigido por y para ellas. Porque en Sudoroy no había hombres. Se habían impuesto a ellas mismas nombres de Valquirias para recordar que eran guerreras ante todo. Se entrenaban cada día en el arte de la lucha; espada, lanza y arco. Eran expertas amazonas y dueñas de sus casas. Estaban orgullosas de lo que habían conseguido.

Algunas mujeres luchaban en combates casi reales para entrenarse, y reconoció a Hist y a Skulda. Eran dos de las más fuertes del clan, para ellas era un honor luchar por su pueblo. Su madre la miraba desde la tienda principal.

Astrid debería aprender a ser una reina y una líder. La observó mientras galopaba, había

aprendido a montar siendo una niña y ahora hacía verdaderas acrobacias en el caballo. Un grupo de mujeres la observaban para intentar copiar sus movimientos.

Astrid vio a las jóvenes e intentó un movimiento; puso el caballo a un galope rápido y ágilmente se puso de pie en su lomo. Era difícil, pues tenía que acompañar los movimientos con sus rodillas y podría perder el equilibrio en cualquier instante, pero lo había hecho tantas veces que el movimiento le salía tan natural como el hablar. Las jóvenes daban gritos de alegría. Cuando se bajó del caballo y se acercó al grupo, les sonrió. Una joven menuda se acercó hasta ella emocionada.

—Ha sido impresionante Astrid, ¿crees que yo podría aprender a hacerlo?

—Claro que sí Hilda, tan solo tienes que practicar.

Araidan la observaba; en pocos meses su hija abandonaría su entrenamiento y estaría preparada para crear una vida. Pero era un tema delicado que le iría comentando poco a poco para que lo fuera asimilando.

Astrid sabía que era la mejor con los caballos, por eso le había pedido a su madre hacía unos años permiso para enseñar algunos de los ejercicios ecuestres. A las más jóvenes les encantaba y ella, en esos momentos, era feliz, ajena a los pensamientos de su madre.

Cuando los ejercicios terminaron, Astrid se acercó a ver a Svava. Su amiga explicaba el arte de la lucha a unas jóvenes pupilas. Eran grandes amigas, la abuela de Svava había luchado con Arnkatla y le había contado algunas historias. Las jóvenes a veces se alejaban un poco y hablaban sobre esas historias prohibidas.

—Aquí está. Astrid es la mejor con el arco. Donde pone el ojo, pone la flecha —las aprendices la miraron con respeto. Algunas estaban deseando ser más mayores para practicar con el caballo con ella.

—Yo quiero hacer las cosas que haces con el caballo. —Astrid sonrió a la niña.

—Primero aprende lo que te cuenta Svava y, cuando seas más mayor, te tocará aprender lo mío.

—¿Podrías tirar con el arco? Nos gustaría verte.

—Claro, ahora mismo —Astrid cogió un arco del suelo y lo sujetó. Puso la flecha y apuntó a una diana que había a una gran distancia.

La flecha se clavó justo en el centro y las chicas saltaron en aplausos al unísono.

—Eres única amiga, tienes nervios de acero. Yo no soy capaz de tener la mano quieta —todas rieron ante la ocurrencia de Svava.

—Pero eres muy buena con la espada, nadie sabe más de tácticas.

—¡Vamos a hacer un descanso! —Las jóvenes salieron cada una para un sitio y las dos amigas se quedaron en silencio—. ¿En qué piensas?

—En que nuestro entrenamiento está llegando a su fin y pronto nos tocará procrear —ambas sintieron escalofríos.

—De momento no pienses en ello, tu madre no te ha dicho nada. Además, somos muy jóvenes, solo tenemos veintidós años.

—Ojalá tarde en llegar esa conversación, porque me aterra.

—Mi abuela me contó en una ocasión que todo no es siempre así, nosotras hemos decidido que nuestro desflore sea frío, pero las relaciones entre un hombre y una mujer podrían ser placenteras.

—Si mi madre nos oyera hablar de esto, nos castigaría; pero sigue, me interesa saber cómo hacían las cosas —Svava sonrió y prosiguió.

—Mi abuela decía que, cuando veía a mi abuelo, se le hacía un nudo en el pecho que le impedía respirar y parecía que en su estómago tuviera un nido de mariposas —Astrid rió—. Es más, tu abuela se casó al final con su prometido, porque dicen que, cuando la vio, cayó rendido a sus pies, enamorado de ella. Ha sido tu madre la que ha crecido con más odio hacia los hombres, nosotras creo que ya no estamos tan seguras.

—Es verdad, a mi me parte el alma cada vez que veo que se llevan a los niños. Menos mal que los dejan en una isla vecina con mujeres y hombres que los cuidan.

Una muchachita de tez oscura y ojos verdes se acercó a ellas con timidez.

—Astrid, tu madre desea verte —las dos jóvenes se miraron a los ojos.

—Estaré por aquí —Svava sabía también lo que iba a decirle y le daba horror.

Araidan pensó que, como era su hija, le daría la opción de elegir al hombre, cosa que a ninguna le había consentido.

Astrid sabía lo que quería su madre, había estado aplazándolo durante todo el invierno. Pero sabía que no podía alargarlo más.

—Hija, tenemos que hablar de algo muy serio que nos concierne a todas —le hizo pasar a la gran sala y se sentaron delante de una hosca mesa—. ¿Dónde has estado?

—Cabalgando, me encanta hacerlo al amanecer.

—Es bueno que te ejercites. ¿Y el arco? — Su madre sabía que Astrid era la mejor con el arco, su puntería era sublime, no erraba ni un tiro.

—Más tarde practicaré.

—Hemos aplazado mucho esta charla, pero ya no lo podemos alargar más. Sabes que a todas nos llega la hora de criar a una hija y sabes nuestras normas.

—Sí madre, pero... —la cara de su madre se volvió de granito.

—No puedes esperar más, es la hora —Astrid sintió un escalofrío de miedo por todo su cuerpo. Había luchado contra poderosos hombres en incontables ocasiones para evitar que las conquistaran, pero se acercaba algo que le daba terror. Araidan no pudo evitar sentir pena por su hija al observar su cara de pánico—. Sabes que, si no criamos, nuestro clan no crecerá, ¿verdad?

—Lo sé madre, pero me da tanto miedo. ¿No podemos aplazarlo un poco más? ¿Unos meses?

—En la primavera, Astrid, ni un mes más. Y porque eres mi hija; a tu edad yo ya te había tenido.

—¿No tuviste miedo? —¿Cómo iba a decirle que temblaba de pies a cabeza cuando se acercó el momento?

—Sí, pero es lo mejor. Ellos no nos dominan y nosotras conseguimos lo que queremos. Solo puede ser así, solo es un momento de dolor. Luego es maravilloso sentir que dentro de ti crece una nueva vida.

—Sí, debe ser maravilloso, pero....

—Perdona, Araidan, el tejado se ha caído de nuevo —dijo una mujer joven sofocada.

La mujer maldijo por lo bajo. Eran capaces de construir pequeñas casas y no podían con algo más grande. Hacía tiempo que tuvo la idea de construir un templo en el que orar a sus dioses, pero parecía que ese día no iba a llegar nunca, pues la estructura se desmoronaba.

Salió apresurada de la tienda y Astrid la siguió; al llegar, vieron con cansancio que todo yacía en el suelo.

—¿Es que no vamos a ser capaces de construirlo?

—No sabemos lo que falla, hacemos lo mismo que en las casas. Necesitamos ayuda, Araidan.

¿Ayuda? Eso era imposible, tenían un orgullo que preservar y no podían pedir ayuda a unos hombres. Era demasiado rebajarse a ellos.

—Pues habrá que estudiar para ver lo que está fallando, necesitamos el templo cuanto antes.

## Capítulo 5

En Trodheim habían pasado unos días y los hombres se preparaban para partir. Habían organizado el viaje en distintas etapas para descansar y tenían la ruta que iban a seguir hasta Vestfold. Habían viajado mucho, pero sus viajes habían sido por mar. Los barcos eran los principales medios de transporte en las aldeas tan cercanas a los fiordos. Era el único modo de estar en contacto con otras aldeas y aprovechaban para comerciar con el excedente de sus productos. Así que era la primera vez que viajarían por el corazón de esas tierras.

Habían elegido unos caballos que tenían en los establos. Eran animales que no se utilizaban mucho en la vida de la granja, pero Sulke había comprado algunos porque le gustaban mucho y, para la guerra, eran los compañeros ideales. Thorkell los había arreglado con unos arneses trenzados y estaban listos para la marcha. En ellos llevaban unas alforjas para llevar algo de comida, una muda limpia y algunas cosas más. Bjorn tuvo que reconocer que esas bestias eran ideales para ese viaje, pues cargaban con todo lo que a ellos les era imposible llevar, pero que era indispensable.

Se levantaron ese día al alba, pues querían cubrir lo máximo posible hasta que se pararan a descansar. Thorkell y Bjorn esperaban a Knut, que estaba despidiéndose de Dalla.

La joven miraba a su esposo con lágrimas en los ojos. Se separaban después de haber compartido tanto en tan poco tiempo.

—No llores Dalla, estaremos de vuelta enseguida. Espero que no me olvides, ¿de acuerdo? —La joven asintió y le tendió algo a su esposo.

Knut abrió la cajita y vio un sencillo aro de plata, unas runas lo adornaban, el nombre de ella; la miró y la besó con pasión.

—Jamás, me has oído, jamás dudes que volveré a ti porque te amo. ¿Vale? —La respuesta de ella fue abrazarse al cuerpo fuerte de su esposo con desesperación—. Si en tu vientre crece nuestro hijo, cuídate mucho. No la dejéis sola en ningún momento.

Todo el mundo los observaba con el corazón dividido. Vigdis le había prometido a su hermano que cuidaría de ella como la hermana que siempre deseó.

Con delicadeza pero a la vez con firmeza, apartó a Dalla de su cuerpo y, maldiciendo por lo bajo, se subió al caballo y comenzaron la marcha; no se habían alejado apenas unos metros cuando Dalla salió corriendo gritando su nombre.

—¡¡¡Knut!!! —Este bajó del caballo y se reunió con ella—. Solo quiero decirte que te amo. Si llevo a nuestro hijo en mi interior, lo cuidaré para que estés orgulloso de él o de ella.

—Eres y serás la mejor madre del mundo. Porque la mejor esposa ya lo eres. —La abrazó y



la besó con fuerza, deslizando en su cuello un amuleto que siempre llevaba—. Estaré siempre contigo.

Dalla lo vio subir de nuevo al caballo y trotar hasta reunirse con los otros.

Thorkell miraba a su amigo, el viaje le había supuesto un martirio y ya deseaba estar de vuelta por él.

La marcha resultó ser rápida por el buen tiempo que los acompañó durante todo el camino. Al entrar la primavera, el clima se volvía más suave y los caminos estaban despejados de nieve y de hielo. Debía agradecer que tampoco estuvieran enfangados, pues eso dificultaría mucho la marcha del caballo.

Los animales, a pesar de ser más pequeños que los que había visto en alguna otra ocasión, eran fuertes y nobles. Marchaban a un ritmo bueno y en unos días avanzaron bastante.

Iban equipados con las armas propias de un vikingo; un casco, un cuerno y una espada. La espada de Sulke era una hoja de doble filo de unos noventa centímetros montada sobre un travesaño y una empuñadura con un adorno grabado. El símbolo era el de las tres tradiciones: nacimiento, vida y muerte. Era una espada bella y mortífera que había vivido muchas batallas.

Thorkell llevaba también un *sax*, una daga corta escondida en la parte de dentro de la pierna izquierda. No se podía fiar, y siempre era mejor ir preparado. Los escudos colgaban de la silla del caballo.

El animal era un magnífico ejemplar. Su capa era castaña y tan solo un lucero blanco marcaba su oscuro pelaje. Su silla estaba tallada y tenía adornos en metal. Las bridas tenían adornos en bronce.

Sus compañeros no se quedaban atrás; de la silla de Bjorn asomaba una larga lanza. Un arma imprescindible en el combate. Y como no, la fiel hacha de su amigo.

En la frontera del condado se enteraron de que Harald se encontraba sofocando una revuelta. Desde la muerte de su padre, no había participado en ninguna. Al llegar a unas tiendas, se pararon al ver a unos hombres franqueando la entrada de la tienda.

—¿Qué queréis?

—Venimos a hablar con Harald. Queremos unirnos a él.

El hombre asintió y entró en la tienda. Volvió a salir acompañado de un hombre más alto. Sus ropajes estaban sucios y lucía un aspecto desaliñado. Estaba bastante claro que había estado luchando.

—El Gran Harald partió esta mañana hacia Vestfold. Aquí todo está solucionado. Pero,

¿quién eres tú que quieres unirte a él?

—Soy Thorkell Sulkesson, ¿y tú?

—Hemos luchado juntos, soy Kodrein Leifsson. Tu padre debe tener su sitio reservado en el *Valhala*. Harald estará honrado de tener a un gran guerrero como tú en sus filas.

—Te recuerdo, nuestros padres eran grandes amigos.

—Pasad y descansad. Tomaremos una cerveza mientras os cuento lo que ha pasado aquí. —  
Thorkell miró a sus compañeros.

—De acuerdo, descansaremos un rato.

Entraron a una tienda grande y confortable; era la del Gran Harald. Kodrein llenó cuatro cuernos de cerveza.

—Brindemos por el gran *Thor*, que nos ha dado fuerzas para vencer en esta revuelta.

Los cuernos se alzaron y los hombres bebieron el líquido dorado. Kodrein se limpió la boca con la manga de la camisa y dejó caer el cuerno sobre la mesa.

—El Gran Harald está en serios problemas. Muchos caudillos insumisos de estas aldeas se están uniendo a los suecos. —Los cuatro guerreros se miraron—. Pero la noticia más alarmante es que están emigrando a Islandia y, desde allí, están planeando una gran invasión a nuestras tierras.

—Harald necesita pues toda la ayuda. En nuestras aldeas no somos muchos guerreros, pero creo que podremos armar un par de barcos con la ayuda de las aldeas vecinas.

—Todo es poco para ayudar y el rubio os lo agradecerá. Tenía mucho aprecio a tu padre, era un gran hombre y un espléndido guerrero.

—Tu padre, Leif, no se quedaba atrás. Espero que los dos estén bien en la otra vida.

—No lo dudo. ¿Te han nombrado hersir?

—De mi aldea, sí.

—¿Has elegido ya compañera? —preguntó Kodrein. Ese hombre le caía bien, era valiente y leal.

Thorkell sonrió.

—No puedo pensar en eso en estos momentos. Primero me debo a lo que me encomendó mi padre.

—Entonces no os entretengo más. Ha sido un honor beber en vuestra compañía.

Partieron hacia las tierras del sur, uno de los reinos más estables, ricos y fuertes de la región; Vestfold, la zona que había sido llegada a Harald por sus padres.

El rubio había tenido la suerte de unirse a unos clanes fuertes, entre ellos los Jarlar de More y Haloyg. Juntos habían incrementado su poder para tratar de derrotar a sus rivales y poder conseguir unificar el país. Tenían como aliados a muchos de los pequeños reinos gobernados por caudillos locales; pero algunos de ellos no habían querido aliarse con Harald y, al ser derrotados, emigraron a Islandia, donde su sed de venganza y conquista no cesó.

No todos los caudillos querían la alianza de todos los reinos en uno único. Faltaban muchos reinos, porque había más de treinta.

Harald se encontraba en plena reunión cuando le informaron de que el caudillo del clan de Trondheim deseaba verlo para brindarle su ayuda. Se acordaba del hombre que había sido Jarl de Lade, un buen aliado. Su muerte le había sorprendido.

—Hacedlo pasad de inmediato —bramó Harald con energía.

Agder, un guerrero leal y fiel, salió de la choza que ocupaban y regresó con un grupo de tres hombres. El que iba delante se adelantó.

—Mi rey, me inclino ante vos para rendiros mi alianza, como ya lo hizo mi padre en su día, y para poder ser parte del sueño de ser un pueblo unido. Mi nombre es Thorkell Sulkesson.

—Bienvenido, tu padre era un valiente guerrero y me siento halagado por tu alianza. Juntos haremos de Noruega una tierra unida.

—Eso espero, no quiero que nos unamos con odio, sino con la esperanza de poder vencer al que nos quiere conquistar. Somos noruegos y seguiremos siendo libres, pero estaremos unidos para luchar. Es una empresa difícil, pero posible. Los poblados de alrededor del fiordo de Trondheim nos hemos unido en una liga regida por un solo *thing*.

—Eso es bueno, muy bueno Thorkell. Tu padre era el *Jarl* de esa liga. ¿Tú eres *hersir* de tu aldea?

—Sí, señor. Nuestros *hersir* los elige el pueblo; al morir mi padre y demostrar mi valor como líder, me aceptaron para seguir con el puesto.

—Muy noble por tu parte, pero yo confío en ti como lo hice en tu padre, y él me ayudó mucho.

—Espero poder estar a la altura de mi padre.

—Tengo una misión para ti y para tus compañeros. —Al ver que el joven lo miraba, prosiguió hablando—. Tenemos que ir a Islandia para ver si siguen siendo nuestros aliados. Es muy importante saber si podemos seguir contando con su ayuda.

—Es un honor para nosotros poder ser dignos de su confianza y poder realizar esa misión.

Knut lo miró sorprendido, pero sabía que debían hacerlo. Al gran rey no se le pasó la mirada

entre los dos jóvenes.

—Por supuesto que podéis volver a vuestro poblado para despediros de vuestras familias. Pero tengo que saber si vais a poder salir pronto.

—En unas semanas estaremos en Islandia, tenemos naves rápidas y ligeras para realizar el viaje.

—Confío en vosotros, sé que sois guerreros y que, por la memoria del gran Sulke, llevareis a cabo la misión.

Se despidieron del gran Harald; les había ofrecido pernoctar en una casa. Podrían descansar y salir por la mañana temprano y en unos días estarían en casa.

—El viaje a Islandia nos va a llevar unos cinco días, tres de viaje..., así que podemos estar en casa siete días. Según lo que le has dicho a Harald. —Bjorn calculaba a grandes rasgos los días que podían emplear. No podía evitar sentir un hormigueo al pensar que navegaría de nuevo. Era una de las cosas que le había legado su padre, el amor por la navegación.

—Siento esto Knut, pero si quieres te puedes quedar. Podemos pedir que nos acompañen algunos hombres más con lo que... —dijo Thorkell preocupado por su amigo. No sabía cómo iba a llevar la distancia con Dalla.

—Iré con vosotros. Sois mis hermanos y no os voy a dejar toda la diversión. Dalla lo entenderá. —Knut estaba seguro de que su preciosa y terca esposa lo entendería.

—Tienes suerte, es una joven estupenda y...

—Con un carácter que es.... —dijo Bjorn haciendo un gesto de enfado.

Knut se acercó a Bjorn y le pegó un puñetazo bromeando.

—Tiene un carácter dulce y..., vale, es terca, pero es que a mí me gusta que tenga carácter. No me gustaría tener una mujer sosa y lánguida.

Al día siguiente, emprendieron el camino de regreso a la aldea. Por un lado felices, por ser aliados de Harald, pero por otro nerviosos, ante el viaje que tenían por delante. Islandia estaba lejos y les llevaría unos días arribar a la tierra del fuego y del hielo, y todo si el tiempo los acompañaba.

El viaje de vuelta al poblado fue igual de rápido, gracias al buen tiempo. Cuando quisieron darse cuenta, estaban en la aldea.

## Capítulo 6

Astrid vivía en una lucha continua con sus sentimientos, no quería parecer una traidora, pero su mente no cesaba de pensar en cosas contrarias a las costumbres del clan. Llevaba meses batallando con su conciencia. Algunas cosas le resultaban aberrantes y le parecía inhumano que, si alumbraban un varón, lo relegaran para educarlo fuera de la isla. Ese niño había nacido del mismo vientre y daba igual que hubiese sido un niño, tenía el mismo derecho a la vida.

En esos momentos en que su mente divagaba por las normas y costumbres de su pueblo, le gustaba mirar más allá del mar. ¿Qué habría? ¿Vivirían los hombres y las mujeres en armonía en alguna parte? ¿Sería posible tal cosa o todo era como lo que contaba su madre?

—Por la cara que traes, tu madre ya ha hablado contigo —comentó Svava. Ambas se conocían muy bien y pensaban casi lo mismo, pues ella conservaba en su mente las historias de su abuela.

Astrid asintió.

—En la primavera, ya no puedo alargarlo más.

—Entonces me tocará a mí enseguida.

Las dos jóvenes sintieron un escalofrío. Ser madres. Era algo que ya sabían desde hacía unos meses, pero no lograban asimilarlo.

—La verdad es que es una costumbre arcaica, preferiría hacerlo como te contó tu abuela.

—Ojalá pudiera ser así. Me da miedo lo que cuentan algunas.

—¿Nos vamos a nadar? —preguntó Astrid y sonrió cuando su amiga asintió—. Al menos dejaremos un rato de pensar. Mi madre está cabreada porque la construcción no sale adelante.

—¿Y si tenemos un niño en vez de una niña? —cuestionó Svava muerta de miedo.

Astrid miró a su amiga, se había parado y su mirada estaba perdida en el horizonte.

—Recemos para que sea una niña, porque entonces, no quiero ni pensarlo. —Astrid sentía horror cuando pensaba que tendría que desprenderse de un bebe, y más si era suyo.

Desde la choza principal, Araidan las observaba, eran inseparables. A Svava también le tocaría procrear pronto. Necesitaban criar más niñas para que su clan prevaleciera. Vio como las muchachas se alejaban rumbo a la playa. Era una costumbre que no le gustaba, pero ya había discutido una vez con Astrid cuando había querido salir a navegar y ella se lo prohibió. El recuerdo volvió a su mente, cercano y doloroso.

—*Madre, me gustaría salir de la isla y navegar y...*

—No, Astrid. Eres la heredera de todo y no me puedo arriesgar a que te pase nada malo.

—Pero madre, no va a pasar nada y... —rogó la joven.

Ella la miró a los ojos y su hija se calló, su cara se tornó triste. A Araidan le dolió verla así.

—Mira, puedes ir a nadar cuando quieras, pero con alguien que te acompañe. Con Svava, a ella también le gustará. ¿De acuerdo?

Su hija la había mirado y una sonrisa había empezado a emerger de esa dulce cara.

No sabía cómo se le ocurrían ciertas cosas, pero se daba cuenta de que Astrid tenía un carácter fuerte y rebelde. Tenía que saber manejarla, porque no le hacía gracia la idea de castigarla; pero si la desobedecía, no tendría más remedio que hacerlo. Las normas eran las normas y daba igual que fuera una princesa.

Después del baño, Astrid y Svava estaban más relajadas; yacían tumbadas sobre la hierba al lado del pequeño bosque que crecía en el corazón de la isla. Sus mentes vagaban por los pensamientos que las atenazaban de miedo.

—Svava, cuéntame algún cuento de tu abuela. —Astrid sabía que a su amiga le encantaba contar esos cuentos, porque hacía que su imaginación volara hacia otros lugares.

—Mi abuela contaba mucho la historia de una amiga suya que se casó por amor. Esta mujer era la princesa de su pueblo y era tan bella que todos los hombres querían unirse a ella. Pero los rechazaba a todos porque decía que estaba enamorada. —Svava sonrió, su amiga no entendía esa palabra—. Enamorarse es cuando quieres a un hombre, es un amor diferente al que se le tienes a una madre. Es algo que te atrae sin querer. Bueno, esta mujer amaba a un hombre, pero era de otra clase social y ambos sabían que nunca estarían juntos. Los dioses quisieron que su pueblo fuera invadido y el único que ayudó a la princesa fue el hombre al que amaba. Demostró más valor que cualquier guerrero. Y cuando le preguntaron que de donde había sacado las fuerzas, él les dijo a todos que del amor. Se casaron enseguida.

—Es curioso, poner tu vida a recaudo de un hombre.

—Yo creo que fuera de esta isla se vive así. Los hombres y las mujeres se enamoran, se casan y luego yacen juntos. —Svava era una fiel seguidora del pensamiento de su abuela.

—Suena bien, pero para nosotras estará siempre vetado. Debemos volver.

Mientras volvían a la aldea no se fijaron en el gran barco que se adentraba en la playa. Unos guerreros salieron del mismo, estaban armados y preparados para la lucha y para la conquista de esa

isla. La aldea estaba tranquila, cuando un grito alarmó a sus habitantes.

Astrid y Svava agarraron sus armas y se voltearon justo para ver a unos hombres que se acercaban velozmente hacia donde estaban ellas. El choque de los metales fue fuerte y duro, pero no retrocedieron; al revés, devolvieron el ataque y los hombres se quedaron sorprendidos al ver que eran mujeres.

—¡Nos atacan, cuidado!

Los ojos de ellos se tornaron sanguinarios y lujuriosos al ver los cuerpos de las guerreras casi desnudos. A lo lejos, Astrid vio a uno de ellos que entraba en la choza de su madre y temió por ella. El hombre la sacó a punta de cuchillo amenazándola con matarla si no dejaban de luchar.

Todas se quedaron paradas ante la orden, pero Astrid hizo un cálculo rápido. Vio la trayectoria y la distancia, y actuó. Los guerreros no se dieron cuenta de cuándo había sacado la flecha, y menos aún de cuándo la había disparado. El tiro acertó de lleno en el cuello del atacante. Se colgó el arco detrás de la espalda, agarró la espada con fuerza y se dispuso a luchar contra esos hombres que querían hacerles daño.

Los atacantes maldijeron al ver que tendrían que volver con un mayor número de guerreros, pues las mujeres luchaban bien. ¿De dónde habían salido? Les iba a estorbar que esa isla no la pudieran conquistar por esas molestas mujeres. Ese pequeño archipiélago de islas era ideal para realizar rápidos viajes de ida y vuelta entre Noruega e Islandia. Tenían pensado utilizar las islas como desembarco de mercancías y algunas de ellas colonizarlas para los insurgentes que escapaban del control al que estaba llevando Harald a las pequeñas aldeas. Tendrían que tomar otras medidas para llevar a cabo su plan.

Cuando todo acabó, las mujeres dieron gracias a los dioses por la fuerza que les habían dado para expulsarlos de su isla. Astrid se acercó a su madre y la rodeó con sus brazos. Todas estaban nerviosas, era la primera vez que las atacaban de esa forma desde que la colonia se fundó.

—Madre, ¿estáis bien?

—Has demostrado valor y temple, hija mía. Pronto harás la última prueba y te convertirás en una gran líder. ¿Ves cómo los hombres solo quieren hacernos daño?

Astrid tenía que darle la razón, pero había sentido por primera vez en su vida un miedo que no sabía de dónde había nacido. Salió para controlar todo y se encontró con Svava, que estaba observando las ropas de uno de los hombres caídos.

—Estos son suecos, venían a conquistar y no pensaban que nosotras estábamos aquí.

—¿Cómo sabes que son suecos?

—Por sus escudos, están en los libros.

Araidan convocó una reunión urgente, tenían que hablar de lo que iban a hacer si volvían a atacarlas. Se reunieron en la choza grande; aparte de Astrid y Svava estaban Hist, Skulda, Herja, Sveid, Mist y algunas más. Las más jóvenes estaban al cuidado de otras más mayores.

—Las intenciones de estos hombres no son pacíficas. Y si pretenden conquistar nuestra isla, no lo van a conseguir, porque se lo vamos a poner difícil. Es hora de comprobar si estamos bien entrenadas. —Araidan estaba decidida a que a su colonia no le sucediera nada malo.

—Una de nosotras debe ponerse de vigía para comprobar que la playa esté tranquila y, en cuanto vea algo, pueda avisar tocando un cuerno. —Astrid expuso su idea de forma cautelosa. Creía que sería una buena medida, la playa era muy visible desde el bosque y una voz de alarma a tiempo las salvaría, como había sucedido por estar Svava y ella en la playa.

—Es una buena idea, hija. Eso nos mantendrá a salvo; si estamos preparadas para el ataque, nunca nos pillaran de improviso.

—Por otro lado, las armas deben de estar más cerca, las podemos dejar en la entrada de esta choza y, si nos atacan, las tendremos a mano. —Skulda sabía que tendrían que organizarse. Astrid, a pesar de su juventud, había tenido una gran idea. Estaba segura de que sería una gran líder, como su madre.

—Esos hombres vendrán en más número la próxima vez. Debemos estar preparadas para todo. —Mist sabía que el número de ellos se multiplicaría, y eso lo complicaba todo, pues ellas mismas no eran muchas.

—Mist, nosotras somos pocas, pero organizándonos bien podremos vencerlos —dijo Araidan con seguridad.

Astrid no sabía por qué, pero dudaba de la palabra de su madre. Había visto la furia de esos hombres y el afán de conquista y sabía que podrían tener problemas. Se había criado aprendiendo a luchar y había sido la primera vez que utilizaba las armas y lo aprendido contra alguien. Los hombres estaban muy preparados, y le daba miedo pensar lo que podría sucederles.

—Madre, no debes estar sola, te pueden utilizar como lo han hecho hoy. No voy a poder acertar siempre y es mejor que estés protegida por alguien, así no tendremos miedo por ti —dijo Astrid esperando que su madre no se negara.

—Estoy con tu hija, nos pueden vencer si sabemos que tú estás en peligro. —Skulda apreciaba a Araidan y no quería que la utilizaran a su favor.

—Bien, Hist estará conmigo, pero que sepáis que todavía puedo manejar la espada con cierta agilidad.



Nadie lo dudaba, por era su líder. Pero si la cogían, ellas estarían en peligro. Era una de las bazas que tenían a su favor.

—Podemos hacer algunas zanjas y taparlas con ramas, sería una buena trampa. Aunque es un trabajo duro. —Svava no estaba segura de su idea, pero podría funcionar.

—Me gusta la idea Svava; venga, poneos a ello. —Araidan se sentó, de un tiempo acá se sentía algo débil. Pero no quería decirlo, no quería preocupar a Astrid y menos ahora con la incertidumbre de un posible ataque.

Organizándose conseguirían una buena defensa y ahuyentarían a esos conquistadores. Las pocas veces que habían llegado hombres a esas costas ya les habían dado noticias de que los suecos estaban intentando expandirse, y para ello no miraban nada. Simplemente escogían una tierra y la asaltaban, arrasando todo a su paso.

No podían dejar que les pasara eso sin la oportunidad de luchar, les había costado mucho trabajo sobrevivir. Y no iban a rendirse. No les gustaban las guerras, solo querían vivir solas y en paz en su mundo.

Svava y Astrid trabajarían en las zanjas, era un trabajo duro y había que organizarlo. Hicieron grupos de cuatro y empezaron a cavar, mientras las más jóvenes las ayudaban sacando la tierra. Cuando las tuvieran listas, las taparían con ramas de árboles y palmeras. La caída aturdiría a sus enemigos lo suficiente como para que ellas pudieran atacar con fuerza.

—Tenemos que organizar un pequeño ejército a caballo, esos hombres vienen a pie y no se esperarán esa organización. —Astrid era buena a caballo y había un par de mujeres a quienes se les daba bien, estaba segura de que sería otro factor sorpresa.

—Es una idea excelente, pero me da un poco de miedo. ¿Viste sus caras? Nos miraban como queriendo hacernos daño, nunca había sentido nada así. —Svava pensaba que esos hombres no amarían a sus mujeres, no podrían hacerlo con esa fiereza.

—Cuando vi que tenían a mi madre sentí morir. Tenemos que impedir que la encuentren, hay que ponerla a salvo.

—Sí. ¿Está enferma? —Svava había observado que, en los últimos meses, tras el invierno, Araidan se cansaba mucho.

Astrid la miró, también había observado que su madre estaba cada vez más débil. Se había enfriado en invierno, pero la había cuidado para que se le pasara pronto y todo indicaba que estaba bien. Estaría más atenta.

—No me dice nada, pero será para no preocuparme. Pero creo que tiene alguna dolencia.

—Nunca hemos estado en un peligro tan claro como ahora. Nos podría ayudar alguien.

—¿Quién quieres que ayude a un grupo de mujeres? Nadie va a venir a salvarnos, somos fuertes y sabemos luchar. Podremos defendernos solas.

Svava no lo veía así, por primera vez sentía un miedo atroz. El mismo miedo que había sentido al ver la muerte de cerca. Ella no tenía madre, había muerto al dar a luz y se había criado con su abuela. Y se había criado rodeada de bellas historias entre hombres y mujeres, por lo que en su interior anhelaba sentir un amor así. Su abuela se las contaba por la noche, aprovechando que todas dormían, y en susurros llenaba el corazón de Svava de sueños y fantasías, porque era traición contar esas cosas en esa aldea de mujeres independientes y con un odio acérrimo a los hombres.

Aún recordaba cuando dejó este mundo y el miedo que sintió al sentir la ausencia de la persona que tanto la había querido; ella le dijo que no se conformara y que buscara el amor. La vida estaba vacía sin él, y que su hombre estaría en algún sitio. Pero, ¿cómo podía desobedecer las normas? Se tendría que conformar, porque no iba a dejar a Astrid, para ella era como una hermana y no se imaginaba su vida sin ella.

Astrid observaba a su amiga, su cara demostraba una profunda tristeza que no había visto desde hacía años. Siempre había tratado de cuidar de ella y estar a su lado; cuando había fallecido su abuela su mundo se derrumbó por completo.

Pero casi todas las mujeres que eran madres no sabían dar cariño a sus hijas. Ella también amaba a su madre porque era quien era. Pero jamás le había demostrado un ápice de cariño y las jóvenes se envolvían en las historias de la abuela de Svava.

Una hermosa joven de cabellos negros se acercó a ellas con un balde de agua, y ellas bebieron sedientas. Aún no había llegado del todo la primavera y ya comenzaba a hacer calor.

—Este trabajo es pesado, esperemos que sirva de algo. —Svava se secó el sudor que perlaba su rostro.

—No dudes de que servirá, estás muy pesimista. ¿Quieres que vayamos a organizar los caballos? Descansaremos un poco del calor.

—Sí, me parece buena idea lo de esperar a esos hombres a lomos de los caballos. —Svava dio gracias a los dioses por poder salir de esa zanja que parecía engullirla.

Tenían un pequeño cobertizo en el cual tenían algunos caballos; eran caballos fuertes que ellas mismas habían domado con mucho esfuerzo y dedicación.

—Podemos ser unas seis a caballo, creo que está muy bien. Tendremos algo de ventaja sobre ellos. —Astrid estudiaba todos los frentes y esa ofensiva le parecía perfecta, pues ellos habían ido a pie.

—Pero iban muy armados, las hojas de sus espadas eran más fuertes que las nuestras. Estaban mejor forjadas, nosotras no sabemos hacerlo tan bien —dijo Svava mirando sus espadas. Eran cortas, pero sus hojas eran afiladas porque habían sido de su abuela, que las trajo de algún lugar más allá de la isla. Pero el resto de espadas eran más bien toscas.

—Sí, ese es un problema. Pero tenemos lanzas y arcos, que son más rápidos que las espadas de ellos.

—Astrid, tenemos un pequeño problema. ¿Dónde se va a hacer la vigilancia? —Una de las mujeres las interrumpió, pues era un detalle que desconocían.

Pensó durante unos segundos; debía ser desde el bosque, porque desde allí se tenía una vista clara de la playa.

—¿Sabéis subiros a un árbol? Me parece que es el mejor sitio; nos turnaremos y nos relevaremos dos veces al día para descansar.

—¿A un árbol? No somos monos, ¿cómo vamos a estar quietas allá arriba?

Tendrían que hacer una pequeña plataforma con troncos para poder permanecer por lo menos erguidas y no sufrir de dolor de piernas.

—Vamos a acercarnos al bosque —dijo Astrid.

Estaba consiguiendo que algunas mujeres la siguieran, entre ellas Svava, que la seguía de cerca. Las mujeres la elegían como líder del clan y ella tenía que asumir la responsabilidad de defender a todas las que confiaban en ella plenamente.

El bosque era pequeño y no muy frondoso, pero era ideal para permanecer alerta sin ser descubierta gracias a la espesura de las ramas de los árboles. Había un roble en particular que tenía una posición estratégica; desde él se veía perfectamente la playa. Por la otra parte de la isla era prácticamente imposible acercarse con un barco, ya que había muchísimas piedras y era una locura intentar llegar a nado, ya que las olas podrían arrastrarte y estrellarte contra ellas.

Así que solo se tenían que preocupar por vigilar esa parte de la playa. Astrid se subió a lo alto con agilidad, de un salto se encaramó a una rama y trepó fácilmente. Había una rama que resultaba ideal para intentar poner algunos troncos y crear una pequeña plataforma para vigilar. Tendrían trabajo, habría que talar algunos árboles y atarlos con cuerdas al tronco de dicho árbol.

Entre todas se pusieron a trabajar y terminaron casi al anochecer, estaban exhaustas. Astrid y Svava fueron a la choza; desde hacía un tiempo Svava vivía con ellas. Había tenido que rogar a su madre para que las dejara vivir juntas, era tanto el apego que se tenían la una a la otra que Araidan al fin tuvo que aceptar.

Las jóvenes compartieron la comida con la madre de Astrid. Svava las miraba mientras comía. Quería observar a Araidan.

—¿Habéis tenido mucho trabajo?

—Sí, hemos colocado un puesto para vigilar en un árbol cerca de la playa. Siempre habrá alguien allí, haremos turnos de guardia. Todas nos pondremos. Las zanjas también están casi hechas —comentó Astrid orgullosa de cómo había ido todo.

—Buena idea, así estaremos más tranquilas. Y cuando haya peligro, enseguida seremos avisadas.

—He pensado que podríamos armar un pequeño ejército de mujeres a caballo. Esos hombres no se lo esperarán. Y nos daría ventaja.

—Perfecto hija, mañana te encargas de organizarlo.

—Madre, ¿os sentís bien? —preguntó Astrid algo preocupada.

Araidan se puso pálida de golpe. La presión que tenía en el pecho era cada vez más angustiada y no le dejaba respirar. Pensaba que era debido al enfriamiento que padeció en invierno. A pesar de los cuidados de su hija, algo no se había curado bien y ahora volvía a molestarla.

—Estoy bien, hija, solo un poco cansada. Me voy a reposar, mañana tenemos trabajo.

—Tenemos que conseguir un herrero, nuestras espadas son más hoscas que las de esos guerreros.

—Mañana..., hija, mañana.

En realidad estaba un poco asustada; ella que había vivido y había luchado en multitud de ocasiones, estaba asustada. Y no sabía por qué. Quizás por las historias que le habían contado sobre los suecos, que eran sanguinarios y, allá adonde iban, lo arrasaban todo.

Por un momento se le vino a la mente la imagen de su pueblo arrasado, cubierto de llamas y los cuerpos de las mujeres ultrajados y cubiertos de sangre. Cerró los ojos de golpe, no quería seguir pensando en esas cosas.

—Me preocupa, algo ronda su cabeza —dijo Svava mientras se cepillaba el pelo.

—A lo mejor solo está algo preocupada por esos hombres. Creo que se ha asustado de verdad por el ataque, pero no quiere decirlo —dijo Astrid convencida de que el orgullo reinaba en la vida de Araidan y no la dejaba ser sincera. ¿Por qué si no ocultar sus dudas o sus dolencias a su hija?

## Capítulo 7

Dalla estaba sentada en un banco de la choza; se estaba confeccionando algo de ropa más holgada, ya que sabía que su cuerpo cambiaría al estar encinta. Era lo que más deseaba, y pensar en poder tener al hijo de Knut en su vientre le hacía pensar menos en su guerrero. Sufría por su ausencia, pero sabía que era su deber como guerrero.

En el exterior se oyó algo de revuelo y dejó la costura para salir a ver qué sucedía. Había varias personas en medio de la aldea, hablaban de algo y entonces oyó los caballos.

¿Podrían ser ellos tan pronto? Se acercó corriendo para ver que un jinete se acercaba al galope; su rostro se llenó de lágrimas al reconocer a su marido. Salió a su encuentro y, en cuanto él la vio, se bajó del caballo de un salto para abarcarla entre sus brazos.

—¿Es así como te cuidas, corriendo?

—Oh, qué alegría, amor mío. Sabía que vendrías pronto. Te he añorado tanto... —El rostro de su marido se acercó al de ella para besarla, o más bien engullirla. Ella se dejó hacer presa de la felicidad.

—Yo también te he extrañado mucho. Pero hemos vuelto pronto porque tenemos una misión importante.

—¿De qué se trata?

Dalla era curiosa y siempre quería saber qué sucedía.

Knut sonrió y Dalla pensó que se desmayaría al ver esa sonrisa que tanto amaba.

—Ah, no. No pienso hablar contigo de eso todavía, ahora vamos a recuperar el tiempo perdido. —Knut la cogió de la mano y la arrastró hacia la choza.

Thorkell y Bjorn los miraron sonriendo. Isgendur se acercó a ellos, estaba contenta de su vuelta.

—Habéis vuelto muy pronto. Pero, ¿he oído que tenéis una misión?

—Sí, madre, y es importante. Tenemos que viajar a Islandia para comprobar si su alianza sigue con Harald.

—Ardua misión, Islandia está lejos y os llevará algo más de tiempo. ¿No será peligroso?

—Debemos organizar el viaje, a ver cómo lo hacemos; le dije a Knut que se quede pero no quiere.

—Es un guerrero y su honor está con vosotros, y Dalla lo entenderá. Es una joven fuerte y decidida y sabe lo que es bueno para todos.

—¿Habéis estado bien? —Preguntó Thorkell—. ¿Está escribiendo Finn la *edda* para padre?

—Sí, y he de decirte que tu ánimo le vino muy bien, porque ha nacido para narrar las grandes batallas y las vidas heroicas de nuestros guerreros.

—Que el gran *Bragi* lo guíe y lo bendiga con una gran elocuencia. ¿Y Erik?

—Erik ha estado muy ocupado haciendo de protector de cierta jovencita.

Thorkell soltó una gran carcajada, su hermano Erik era un caso y se había tomado muy en serio las palabras de Knut.

—Bueno, ya se apañará con Knut, cuando esté menos ocupado. Yo voy a descansar, hemos cabalgado rápido para volver pronto.

—Ve, hijo. Yo voy a orar a *Friga*. —A Isgendur le gustaba esa diosa, según ella era la vidente y sus visiones eran acertadas. Y ahora más que nunca le hacía falta su videncia.

Horas más tarde, Knut observaba a su mujer; Dalla estaba dormida, acurrucada y apretada contra su cuerpo, como si no lo dejara escapar. Sonrió para sí, agradecía a Freyja por haber encontrado el amor. Era bella, sus cabellos rubios yacían sueltos por toda la almohada y su figura era digna de una diosa. Es más, deberían estar celosas de ella y...

—Guerrero, me estás mirando descaradamente —él sonrió y besó a la beldad que se desperezaba a su lado.

—Para mí es un placer hacerlo, y no lo hago con descaro, ya que eres mía.

—Muy seguro estás de lo que dices. —Ella sonrió pícaramente.

—Ah, eres una hechicera. Seguro que Sjunp te ha dado un filtro para que no dejara de pensar en ti —dijo Knut divertido.

—¿Eso es lo que haces, guerrero? ¿Pensar en mí?, porque yo sí que no puedo dejar de pensar en ti. Y, para no volverme loca anhelándote, pensaba en nuestro hijo y en que ojalá *Freyja* bendiga mi vientre pronto.

—Pues, esposa mía, vamos a buscar a esa criatura y... —Knut no podía ser más feliz.

—De eso nada, ahora me vas a contar la misión que os ha otorgado Harald. —Knut la miró más serio—. Y será mejor que no te dejes los detalles.

—Eres única. —Knut le contó a su esposa lo que les había mandado el gran rey.

—Eso os va a mantener alejados de aquí como un mes, más o menos.

—Sí, y eso si no encontramos problemas. —Dalla tembló y él la abrazó—. Que no habrá; los islandeses seguirán siendo aliados de Harald, como juraron hace tiempo. Solo es una misión para comprobar y para contarles cómo van las revueltas con los caudillos locales, y lo más serio es la

amenaza de conquista por parte de los suecos.

—¿Se atreverán?

—Me inclino a decir que no, pero...todo puede ser con esa gente.

Los días en la aldea pasaron demasiado rápido y, cuando se dieron cuenta, estaban armando el barco que los llevaría fuera de las costas de Noruega. Debían hacer el viaje pronto, pues el buen tiempo terminaría en pocas semanas. Habían acordado viajar solo ellos tres y en un barco más pequeño que pidieron prestado a un pescador de otra aldea. Un *fareing* era una nave que solo contaba con un par de remos y una vela cuadrada de diez metros que estaba colocada en el mástil que había en el centro del barco. El timón estaba colocado en la parte trasera de la nave, en el lado derecho, para que quien lo manejara tuviera siempre la vista al frente. Era ideal para viajar sin llamar la atención. Saldrían a remo de los fiordos y, una vez en alta mar, enarbolaban la vela para aprovechar todo el viento posible.

El viaje hasta Islandia constaba de tres etapas. Estaban acostumbrados a dividir los viajes en pequeños espacios de tiempo. Navegaban durante el día y cubrían el máximo de kilómetros, para luego descansar en tierra o, si no era posible, en el mismo barco. En este viaje, pararían en las Islas Shetland, luego en una de las islas Feroe, la de más al norte, y en la última etapa llegarían a Islandia. Bjorn era muy buen navegante, era pragmático y precavido. Su padre le había enseñado a mirar el cielo para orientarse; el sol, la luna y las estrellas le indicaban el camino a seguir.

Las mujeres habían preparado tinajas con víveres, agua y cerveza o hidromiel. Habían subido sus escasas pertenencias y sus preciadas armas, nunca se sabía lo que podía suceder.

—No entiendo por qué vais solos y en ese pequeño barco —Isgendur no confiaba en esa embarcación y tenía un mal presentimiento.

—Madre, si nos acercamos a las costas Islandesas con un barco armado hasta los dientes, se creerán lo que no es y puede que nos ataquen —razonó Thorkell, intentando tranquilizar a su madre.

Casi toda la aldea se encontraba en la sala *skali*. Las mujeres hablaban de los víveres que llevarían y ellos organizaban las tareas de la aldea y la seguridad. Isgendur se quedaría como líder, con la ayuda de Erik y los demás hombres de la aldea. Algunos guerreros del poblado, como el clan de Ottar, se quedarían encargados de diferentes cosas. Él y sus dos hijos gemelos se quedarían a protegerlos de posibles amenazas que vinieran del mar. Signun, el hijo de Einarr, el constructor de barcos, también se quedaría encargado de vigilar los bosques. Los demás seguirían con sus trabajos y, si sucedía algo, ayudarían en lo posible a los demás.

—Entonces solo estáis vosotros, ¿estáis seguros de poder ir solos? —preguntó Ottar preocupado.

—El viaje no es muy largo, y hasta Islandia hay grandes corrientes de aire por lo que, con la vela, llegaremos. No nos hará falta utilizar los remos —dijo Bjorn con seguridad.

—¿Estás seguro, Bjorn? —Ottar no pudo evitar dudar. Hacía años que se dedicaba al arte de la espada. Había seguido a Sulke en mil y una escaramuzas y ahora seguiría a Thorkell.

—Mi padre me enseñó bien el arte de la navegación, para mí no tiene secretos —susurró Bjorn añorando esos felices días junto a su progenitor.

—Sí, le estuvo enseñando durante mucho tiempo y ha demostrado en múltiples ocasiones que se sabe defender en el mar. —Thorkell admiraba a su amigo que, aparte de ser un guerrero implacable, había aprendido los secretos del mar.

—De acuerdo, entonces nosotros nos quedaremos protegiendo la aldea —dijo Ottar algo más convencido.

Los guerreros salieron de la choza principal y se quedaron los amigos.

—Es mejor hacer un viaje rápido, el barco irá más deprisa sin tanta carga. Cuantos más hombres llevemos, más víveres tenemos que cargar —argumentó Thorkell.

—El *fareing* irá más veloz; en tres días y con buen tiempo, podemos estar avistando las costas islandesas —dijo con seguridad Bjorn.

Knut estaba pensativo, los otros se dieron cuenta de que pensaba en Dalla. Esta vez iba a ser más doloroso. Knut se dio cuenta de que lo miraban y que sabían lo que pensaba.

—Esta vez será por más tiempo, espero que se lo tome bien —dijo con pesadumbre—. Voy a verla ahora mismo, si no os importa —dijo saliendo de la choza.

Dalla estaba con su madre y con Hellora, la esposa de Ottar el guerrero. Era la *seidr*, la curandera de la aldea, y Dalla le había suplicado que la mirara para que comprobara si su vientre había recibido el regalo de la vida.

—Dalla, ¿te ha faltado el mes? —La joven asintió con timidez. La mujer la exploró y le dio la buena noticia de que estaba encinta—. Qué contento se va a poner tu esposo y...

—No se lo digas, quiero darle la noticia cuando se vaya, para que sepa que me quedo feliz con su hijo en mi vientre.

—Como tú quieras, muchacha. Es un gran regalo para vosotros.

Dalla abrazó a su madre y el resto del día estuvo feliz y dichosa. Al día siguiente se iría Knut y ya no sería para ella tan difícil, ahora tenía una nueva vida dentro de ella y tenía que cuidarse.

Esa noche, su marido la amó con una pasión desbordante y Dalla decidió que atesoraría en su mente cada rincón del cuerpo de su esposo, su sonrisa pícaro y su genio, porque lo amaba. Ella



también le devolvió toda la pasión que su cuerpo contenía.

El día siguiente amaneció algo nublado, unas nubes espesas y grises se negaban a dejar paso al sol. Toda la aldea se despertó temprano para ir a despedir a los guerreros.

Dalla estaba en la cama abrazada al cuerpo fuerte de Knut. Se despertó al sentir las voces de las gentes y, al moverse, su marido se despertó y la miró.

—Hoy es el día y...

—Ayer no te dije una cosa y... —Knut enarcó una ceja preocupado por ella—. No pasa nada guerrero, te amo y te voy a esperar todo lo que haga falta. Bueno, pero no te esperaré sola, a partir de ahora siempre habrá alguien conmigo.

—¿Te vas a casa de tus padres mientras yo no esté? —Ella sonrió, él no se lo imaginaba.

—No, mi hogar es este. La persona que me acompañará y que esperará tu regreso está aquí dentro. —Dalla cogió la fuerte mano de su esposo y se la puso en su tripa, ahora tan lisa. Él enmudeció al entender lo que ella decía.

—Pero Dalla, anoche... tu y yo... ¿Estás bien?

—Sí, no pasa nada, y anoche no te lo dije porque si no hubieses tenido temor para amarme en nuestra última noche y...

—¿Sabes que te has convertido en una mujer muy ardiente?

Ahora fue ella la que enarcó una ceja.

—Y... ¿No te gusta?

—¿Qué dices? Me encanta que seas así. Como te dije la otra vez, volveré a ti, cariño, porque tú y ese bebé sois mi vida. —A Dalla le enternecieron sus palabras y se abrazaron.

Cuando salieron, la aldea estaba llena de gente, todos habían salido a despedirlos y Knut se paró delante de todos para darles la nueva.

—Antes de irme, os voy a dar una gran nueva: a mi esposa y a mí, la gran *Freyja* nos ha hecho el gran regalo de darnos una vida. Dalla está encinta y espero que todos la cuidéis en mi ausencia.

Todos gritaron felices, era una noticia maravillosa y mantendría a Dalla algo ocupada.

La despedida fue un poco más larga, pero la joven estaba más tranquila.

—Tened mucho cuidado, no os metáis en problemas. Y volved pronto —dijo Dalla.

Knut besó a su esposa antes de subir al barco.

—Cuídate mucho, Dalla, pensaré en ti siempre —ella sonrió.

—Te espero antes del nacimiento, me gustaría que estuvieras aquí para ayudarme.

—Llegaremos antes, ya lo verás. Quiero ver cómo tu vientre crece con nuestro hijo.

El barco se alejaba de la costa, hacía buen tiempo. Las nubes habían desaparecido y habían dejado una buena corriente de aire que los alejaba rápidamente de las costas amadas. Remaron hasta entrar en mar abierta; una vez allí, la vela hizo su trabajo. El día transcurrió bien y al anochecer estaban en las Islas Shetlands. Acamparon en la playa para descansar del vaivén del barco. Si seguían así, en dos días estarían en su destino; y en otros tres o cuatro de vuelta para ver a Harald; y en otros pocos más, de vuelta en su hogar. Knut contaba los días, feliz de ver que todo podría ir bien y nada había que temer. Sacaron unas mantas y se echaron a dormir en tierra mirando las estrellas y recordando las gestas de Sulke.

Thorkell rezaba a los dioses para que le dieran la fuerza para poder seguir los pasos de su padre y poder honrarlo como merecía. Esperaba poder enfrentarse a Kjove; nada había contado a Harald, pero clamaría venganza y estaba seguro de que la obtendría. Su madre aún lloraba por las noches, ella creía que no se daban cuenta, pero a él no se le escapaba una cosa así. Sus hermanos eran más jóvenes, cuidaban de ella, pero aún tenían que madurar y aprender de la vida.

Ese viaje era una prueba de fuego. Siempre había luchado y viajado al lado de su padre; era la primera vez que se enfrentaba a una misión solo. Agradecía a los dioses el tener a sus amigos cerca y siempre dispuestos. Estaba seguro de que los tres juntos alcanzarían el éxito. Con esos pensamientos acabó durmiéndose. No se había dado cuenta de que sus compañeros ya lo hacían desde hacía rato.

## Capítulo 8

El nuevo día les trajo un cambio, pues el cielo había amanecido algo nublado. A lo largo de la mañana se fue poniendo cada vez más feo, las nubes se habían tornado negras y presagiaban una fuerte tempestad. Muy a lo lejos, se avistaban unas costas. El crudo embate de las olas golpeaba el casco de la nave sin ningún cuidado. Parecía que el día había acabado y que la noche había llegado para cerrar todavía más la tormenta que se avecinaba.

—Son las Islas Feroe, podemos intentar atracar allí y salvaguardarnos de la tormenta hasta que amaine para proseguir. —Bjorn no estaba seguro de si podrían llegar hasta allí con el barco intacto, ya que el aire era fuerte.

No pudieron pensar mucho, pues la tormenta empezó a descargar un fuerte aguacero, los rayos acompañaban la lluvia con mortífero peligro. El barco se debatía cabalgando entre las olas, mientras Bjorn asía el timón con fuerza para no doblarse ante la titánica fuerza que le insistía en que lo soltara. De él dependían todos. El agua cayendo por su cara le dificultaba la visión; cerca de él, Thorkell aguantaba las sogas que mantenían la vela izada y Knut se peleaba con otro de los cabestrantes. Ninguno imaginó algo así, creían que los dioses no querían que llegaran a su destino y los castigaba.

—¡Thorkell, la soga de babor! —Gritó Bjorn para hacerse oír ante el estrépito del agua.

El joven *hersir* luchó por llegar al cabo suelto, pero una nueva sacudida lo separó de su cometido y lo dejó tirado en medio de la cubierta. Knut acudió en su ayuda, pero la vela acabó desgajada.

Sin velas estaban a la deriva; aguantaron lo que pudieron hasta que notaron cómo el barco quedaba encallado en una playa. Estaban exhaustos de pelear contra el mar y se dejaron arrullar por la calma que había dejado la tempestad. Al rato, el sol los despertó, ya estaba alto y sería mediodía. No sabían dónde estaban, pero cogieron sus armas y se pusieron los cascos, tenían que estar alerta por si acaso. No sabían quién moraría en esa isla paradisíaca. Sus arenas eran blancas y a lo lejos se vislumbraba un gran bosque.

Les sorprendieron las voces de un grupo de personas. Thorkell abrió los ojos extrañado, al darse cuenta de que se acercaban a ellos un grupo de mujeres muy ligeras de ropas y armadas, y que estaban apuntando sus armas hacia ellos.

Las mujeres los observaban sin apartar las miradas y, sin desarmarlos, les dijeron que salieran del barco. Bjorn se puso alerta, pero Thorkell lo paró. Salieron del barco sin dar problemas.

—No luchamos contra mujeres y no sabemos cuáles son sus intenciones —ordenó Thorkell sin alzar mucho la voz. Sabía que su amigo no atacaría y menos a un grupo como ese, pero a veces Bjorn era muy impetuoso y no quería hacer ningún movimiento que alterara a esas mujeres que parecían tener, además de un aspecto fiero, muy mal carácter.

—Hist, ve a avisar a Araidan. Los llevaremos para que los interrogue —dijo Skulda. Era la primera vez que ocurría algo así en la isla y hasta ella estaba sorprendida.

Esa mañana, las mujeres se habían asustado al ver el barco varado al despuntar el día. La habían llamado muy temprano y se habían acercado para observar que eran hombres, pero ¿vendrían a atacarlas de nuevo? Al verlos de cerca, se dieron cuenta de que eran muy grandes, sus cuerpos eran altos y corpulentos. Nunca habían visto hombres tan apuestos ni tan jóvenes.

Los tres compañeros las siguieron sin crear problemas, mientras miraban todo a su paso. La playa era muy pequeña y accedía a un pequeño bosque muy espeso y verde, al término del cual, había unas cuantas cabañas construidas de una forma tosca y algo destartalada. Algunas mujeres salían a su paso para ver qué sucedía; unas hacían tareas, otras cuidaban de niñas más pequeñas y, otro grupo menos numeroso, estaban luchando.

—Es sorprendente, no hay hombres. Están solas —Knut se sorprendió, todas eran mujeres y no se veía a ningún hombre. —¿Cómo puede ser? —Thorkell y Bjorn se hicieron la misma pregunta.

Fueron conducidos a una choza bastante más amplia que las demás, imaginaron que sería la del jefe de aquel grupo de mujeres. Todas las construcciones eran más toscas que sus casas y mucho más sencillas, pero esta tenía cierta categoría.

Si pensaban encontrarse con un hombre, pronto se vieron sorprendidos de nuevo. Una bella y majestuosa mujer los esperaba de pie en medio de la gran sala; los miraba con dureza, casi con enemistad. Su porte era regio y altivo, sus rasgos habían perdido la tersura de la juventud, pero no por ello dejaba de ser bella. Los tres vikingos tragaron saliva pensando en qué les iba a deparar aquella inusitada visita.

—¿Cuáles son vuestras intenciones? —dijo Araidan con un tono de voz áspero y frío.

Thorkell se adelantó un poco para hablar.

—Venimos en paz. Nuestro barco ha varado en la orilla, solo queremos continuar con nuestro camino.

Araidan pensaba rápidamente, podrían serles de ayuda.

Astrid volvía de bañarse cuando oyó todo el alboroto. Se quedó de piedra cuando Hist le

contó lo que había sucedido.

—¿La habéis dejado sola con esos hombres? —Ella ni pensó y entró echa una furia a la choza con la espada en la mano.

Por unos segundos se quedó de piedra mirando al hombre que permanecía en el centro de la sala. Su madre permanecía ilesa y expectante.

—Astrid, baja la espada. Vienen en paz —dijo Araidan a su hija, que poco a poco fue bajando la hoja de su espada—. ¡Descúbranse!

Thorkell se quedó perplejo cuando vio a la mujer. Por *Odín* que era la mujer más bella que había visto nunca; su cabello cobrizo se movía libremente y sus ojos verdes refulgían. Pudo admirar en sus ojos la brillantez y la belleza de un carácter fuerte cuando sus miradas se encontraron de lleno. Por *Freyja* que esos ojos eran capaces de redimir a cualquiera. Paseando la mirada por su rostro, dejó ahogar un gemido cuando vio sus voluptuosos labios.

—Madre, pensé que eran... Por un momento... —dijo con cierto temor Astrid.

—Tranquila, no son los mismos hombres. Ven, siéntate. —Se dirigió entonces nuevamente a Thorkell—. Sigue hablando, pero ¡descúbrete! —Araidan vio el miedo en los ojos de su hija y le hizo un hueco junto a ella.

Aceptó el escrutinio del vikingo sin mostrar ningún sentimiento, aunque por dentro esa mirada grisácea le estaba haciendo estragos. Astrid apartó la mirada del hombre cuando su madre le dijo que se sentara. Desde esa posición sometería al vikingo al mismo escrutinio al que él la había sometido a ella. Se regodeó en observar su altura, le sacaría más o menos una cabeza.

Thorkell estuvo un instante cautivado por esa mujer. Al fin, puso sus manos sobre el casco y lo sacó. Astrid ahogó un gemido. Su cabello castaño enmarcaba un rostro de aspecto rudo y de rasgos fuertes. Los ojos grises vivos y expresivos se perdían entre unas pestañas largas. Una fina barba ensombrecía su fuerte mentón.

—Somos aliados de Harald I, nuestra misión es la de hablar con los islandeses y comprobar su lealtad para con el gran rey. Pero nos sorprendió una tormenta y nos dejó varados en esta isla.

Astrid no podía apartar la mirada del hombre, era muy bello. Su voz pausada y levemente ronca era como una caricia para sus oídos. Sus compañeros eran como él, pero su mirada grisácea la hipnotizó. Jamás pensó que un hombre podría ser así. Los que habían llegado para yacer con algunas mujeres no eran tan atractivos como este.

—A nosotras vuestra guerra no nos importa —dijo Araidan con desdén.

—Pues debería importaros, ya que los suecos están intentando conquistar nuestros territorios,

incluyendo tal vez los vuestros —dijo Thorkell con vehemencia.

Astrid pensó que ese hombre tenía valor. Observó la espada que pendía de su cinto. Era una magnífica arma; aparte de estar enfundada en una vaina de cuero bellamente trenzado, su empuñadura estaba adornada por el símbolo de la tríada. Era una espada digna de un gran guerrero.

¿Quién sería ese hombre? ¿De dónde vendría? No sabía por qué, pero no podía apartar la mirada de él. Era como si algo la atrajera hasta él.

—Madre, a lo mejor... —Astrid no pudo seguir, porque le mandó callar.

Araidan debía mantenerse fuerte, no se podían mostrar débiles delante de esos hombres. Estaba segura de que ese hombre tenía razón. Sabía de los suecos y sus intenciones, pero debía dejar que el tiempo pusiera todo en su lugar.

—Vuestros asuntos no nos importan. Podéis quedaros y arreglar el barco, pero necesitamos algo a cambio —argumentó Araidan.

Thorkell miró a la mujer.

—¿Qué queréis?

—Tenemos un pequeño problema y necesitamos fuerza bruta.

La jefa de ese clan les explicó el problema. Tenían una construcción a medias y no conseguían alzarla, pues estaban acostumbradas a construir chozas más pequeñas. Según les contaba, tenían que levantar una choza mucho más grande que el resto de las que utilizaban como vivienda, pues les serviría de templo. Thorkell sabía que podían hacerlo y era justo. Esas mujeres tenían otro problema, lo intuía, la jefa no había dejado hablar a la joven pelirroja. Y era un problema mucho más grave, pues había visto temor en esos preciosos ojos.

—De acuerdo, lo arreglaremos a cambio de material para arreglar el barco.

—Os podéis quedar en una choza que hay cerca de la nueva construcción, casi al final de la aldea, pero sin armas —les informó Araidan, que no quería que esos hombres estuvieran cerca de sus mujeres—. Astrid, acompáñalos.

La joven pelirroja apareció al momento junto a ellos. Se movía con agilidad y sutileza, y esta vez iba desarmada. Se acercó a él mirándolo duramente.

—Tenéis que darme vuestras armas; mientras permanezcáis aquí, iréis desarmados.

—¿Y qué garantías tenemos de salir ilesos? —preguntó Bjorn, que estaba detrás.

—Me parece que es lo único que podéis hacer en vuestras condiciones —informó Astrid intentando mantener el tono de dureza en su voz.

—Me niego a darte mi espada, mujer —dijo Thorkell enfadado. Jamás se separaría de la

espada de su padre, se lo había prometido. Además, significaba el honor de un vikingo.

—Simple orgullo masculino, vikingo. Tienes dos opciones: me la llevo yo o se la dejo a mis compañeras. —Astrid se dio cuenta de que la miraba furioso.

—No la toca nadie más que yo y... —Sus compañeros lo miraban, sabían lo difícil que era para él desprenderse de esa espada. Ellos facilitaron el camino entregando las suyas.

—Toma..., cuida de ellas —dijo Knut.

Ella tomó las armas y las llevó hasta una superficie donde las depositó y volvió para esperar la decisión del hombre.

Para él era un problema, era la espada de su padre. Ella no lo entendía, no podía deshacerse de ella.

Algo le pasaba al vikingo, sus ojos denotaban ¿dolor? Observó cómo se echaba mano al cinto y cogía la espada.

—Si quieres mi espada me la tendrás que quitar a la fuerza.

—Es la espada de un príncipe y... —intentó suavizar otra voz.

Thorkell se giró para observar con dureza a Knut.

—Cierra el pico —se giró hacia ella—, solo te digo que era la espada de mi padre y no la puede tocar cualquiera.

—Tranquilo, vikingo. Me parece que será un honor para mí conseguir esa magnífica hoja. —Él la observó mientras Astrid se dirigió hacia donde estaba su espada y se encaró a él—. ¿Cuándo empezamos?

Todos miraban la escena con sorpresa. Bjorn y Knut no pensaban que su amigo reaccionaría de esa forma. Sabían que la espada era muy importante para él, pero de ahí a mostrar esa actitud irracional...

Thorkell alzó la magnífica hoja hacia ella y sonrió. Astrid casi cae de espaldas al ver esa perfecta sonrisa.

—Cuando quieras, un vikingo siempre está preparado para el combate. —Extendió su hoja hacia ella en actitud de ataque.

Araidan miró a su hija y luego al hombre. Ambos se miraban con odio, pero en lo profundo de sus ojos había admiración hacia el otro. Se plantó en medio de los dos.

—Me parece que no habrá tal lucha. Estáis reclusos en esta isla hasta que yo decida lo contrario y yo custodiaré esa espada. —Se acercó hasta el hombre y alzó sus ojos para mirarlo. Por *Thor* que era tan alto y poderoso como el dios del trueno. Extendió su mano para que el hombre le

diera la hoja libremente.

Thorkell miraba a la bella mujer que le extendía su mano. Después de todo, nada podía hacer más que tragarse su orgullo y dejar la espada a buen recaudo.

—Espero, gran Reina de las *valquirias*, que cuidéis de la espada de un gran guerrero.

—La espada estará bien cuidada. Unas mujeres os llevarán donde podéis descansar.

—¡Eh, amigo! —dijo Bjorn—. ¿Thorkell? ¿Estás bien?

—No, maldita sea. Esa mujer se ha llevado la espada, estamos indefensos.

—Me parece que tenemos que intentar marcharnos cuanto antes.

—Creían que íbamos a atacarlas, creo que han sido atacadas y no hace mucho. Ví el miedo en los ojos de la pelirroja. —El cabello de ella era del color del fuego, nunca había visto algo así. Era una hechicera con esos ojos verdes y ese cuerpo creado para el pecado y la lujuria. Se amonestó a sí mismo por pensar en esas cosas en la situación en la que estaban.

—La jefa es una mujer dura, no la dejó hablar. Dijo que no éramos los mismos hombres.

Dejaron de hablar cuando vieron que las mujeres regresaban. La jefa iba a la cabeza y detrás de ella iba una joven rubia con los ojos marrones.

—Os van a llevar a una choza para que descanséis. Cuando estéis listos, podéis comenzar con el trabajo de levantar la casa —dijo Araidan resolviendo así el conflicto. Solo esperaba que no sucediera nada con esos hombres en la aldea.

Svava miraba a los hombres con disimulo y, sin querer, su mente se acordó de las historias de su abuela. ¿Sería posible que un hombre y una mujer...? Eran los tres igual de hermosos, pero quizás a ella quien más la hechizó fue el guerrero alto y de mirada azul como el mar. En comparación con ella era un gigante, o quizás fuese que ella era muy baja. El guerrero le sacaba más de una cabeza; su pelo era rubio, pero más oscuro que el de sus compañeros, y lo llevaba más largo.

Los hombres miraron a la guerrera que los guiaba; podría decirse que no era más que una niña por su estatura, pero se dieron cuenta de que tenía cuerpo de mujer. Bjorn no podía apartar la mirada. ¿Qué le pasaba? Normalmente era inmune a cualquier encanto.

—Eh, Bjorn, ¿en qué piensas? —Knut sonrió, ya que veía cómo su amigo no le quitaba ojo a la guerrera. Llevaba una espada en la mano y parecía cómoda con ella.

—En que estamos en una isla con mujeres y que, en vez de parecer el Valhala, se asemeja a algún tipo de infierno.

—Eso lo dices porque la mujer te agrada —dijo Knut picando a su amigo.

—¿Qué dices? Sabes que para mí las mujeres no existen —dijo Bjorn tratando de no pensar



mucho en la joven que les precedía el paso.

Knut lo miró y sonrió asintiendo.

Svava caminaba hacia delante, sabía que la estarían mirando y un sudor frío comenzó a recorrerle el cuerpo. Al llegar junto a la choza, se paró delante de ellos.

—Debéis permanecer aquí hasta que os digamos que podéis salir. Y cuando lo hagáis, será para trabajar y...alguien vigilará por si intentáis algo.

—¿Vas a ser tú nuestra carcelera? —dijo Bjorn para atraer la atención de la joven.

Los otros lo miraron de reojo y no le dijeron nada. Svava casi se tropieza al oír lo que el gigante decía. Se paró para encararse con ese hombre.

—No pierdo el tiempo con nimiedades. Tengo cosas más importantes que hacer.

Bjorn se rió por lo bajo, tenía carácter y eso le gustaba. Ninguna mujer le había llamado tanto la atención como esta y eso que era la más baja que había visto nunca.

Les hicieron entrar en la choza. Thorkell entró taciturno y serio, no le había hecho gracia entregar su espada. No se había separado de ella desde que su padre se la había entregado con toda la carga que con ella llevaba.

—¿Cómo puede ser que vivan solas?

—Es raro, parece un pueblo que lleva bastante tiempo en esta isla.

A la luz de un nuevo día, les vino el recuerdo de dónde se encontraban. Estaban en un lugar perdido, con la certeza de que el barco estaba destrozado y la tarde encerrados en la choza había sido horrible. Estaban acostumbrados al aire libre y, permanecer allí inactivos e indefensos, fue mucho más que una locura.

—¡Salid! —La voz los sorprendió y salieron. Una mujer los esperaba armada—. La reina Araidan quiere hablaros.

Mientras caminaban detrás de la mujer, observaron mejor la aldea. Las mujeres los miraban con curiosidad; unas araban la tierra, otras cuidaban de bebés, otras luchaban en una pradera cercana. Eran las mismas escenas del día anterior, pero ahora más nítidas y con más detalles.

—¿Has visto cómo nos miran? —Knut estaba sorprendido.

—No habrán visto a muchos hombres.

La mujer los convidó a sentarse en la choza en la que habían estado el día anterior. Thorkell observó que la pelirroja estaba a su lado.

—¿Tenéis hambre?

—No hemos comido desde ayer —dijo Thorkell.

Astrid se levantó y habló con otra mujer. Al poco entraron varias con cuencos llenos de comida. Los hombres se pusieron a comer el *skreid*, pescado asado, que estaba delicioso. Las mujeres, mientras, esperaron con paciencia hasta que terminaron.

—Bien, ahora que habéis comido...necesitamos que nos ayudéis con la construcción del templo.

—¿Nos dejaréis arreglar el barco?

Araidan miró al hombre, era realmente hermoso y su porte era regio.

—Os dejaré, pero tendréis que apañaros vosotros con los materiales.

—De acuerdo entonces. —Thorkell miró a la mujer, tendrían que empezar la choza si querían salir de allí.

—Muy bien, os llevarán hasta la choza que debéis arreglar. Trabajaréis todo el día, pararéis a desayunar y a cenar.

—¿Y nuestro barco?

Astrid enarcó una ceja, necesitaban irse por algo, de ahí la vehemencia al hablar del barco.

—Después del mediodía será vuestro turno para arreglar vuestro barco.

—Necesitamos madera, tela y...

—Ya lo pensaré... Necesito la casa pronto. Os llevarán para que veáis el trabajo que hay.

Una mujer los escoltó hasta una choza que yacía derruida muy cerca de la casa principal. Los dejaron allí y se entretuvieron un rato en mirar cómo estaba hecha y pensar lo que necesitaban para proseguir con la construcción.

De la choza principal salió la joven del cabello cobrizo. Thorkell se quedó sin aliento al verla. Sus largas piernas asomaban bajo una falda corta y arriba utilizaba algo como un peto.

Astrid sintió esa mirada acariciándola y no pudo evitar sentir un cosquilleo por todo su cuerpo. Un grupo de jóvenes salieron de una choza y, al ver a los hombres, sonrieron cómplices.

—¿Quiénes son, Astrid? —preguntó una chica de las más jóvenes.

—Su barco encalló ayer en la playa y se quedarán aquí hasta que mi madre lo decida.

En ese momento, Svava se acercó a ellas para comenzar el día.

—¿Vamos a entrenar hoy o no? ¿O no os gusta tener espectadores? —dijo Svava.

—Nos dará igual, es un día como otro.

—Pues me parece que no, porque uno de ellos no te quita ojo de encima —le susurró Svava a Astrid, para que nadie la oyera.

—¿Cómo puede ser que sienta su mirada sobre mí? —Astrid sentía todavía su mirada sobre la espalda.

—¿Ves?, es como decía mi abuela. Las sensaciones que... —Svava sonrió de oreja a oreja.

—¿Hoy no hay instrucción? —Skulda las miró a las dos muy seria—. Ellos son como todos, nos hacen daño y luego nos abandonan.

Las mujeres dejaron de hablar para comenzar el entrenamiento. Pero ninguna pudo evitar sentir una desazón por la presencia de los hombres. Era la primera vez que vivían hombres con ellas. Recordaban que Araidan dijo una vez que no los quería ni de esclavos, pues lo mejor era evitar la lujuria que desprendían.

—Tenemos que empezar a trabajar si queremos irnos de aquí. No podemos estar mirándolas todo el día —dijo Thorkell.

—Eh, que yo acabo de llegar —Bjorn se asomó y miró a la joven rubia—. Van a entrenar, son guerreras.

Intentaron construir una casa como las suyas, armarían unos pilares para sostener el techo y unas maderas divisorias para separar los distintos ambientes de la casa. Pero necesitarían madera para poder hacerla. Recolectarían las que habían usado ellas y, si les faltaba, se lo dirían a la jefa.

## Capítulo 9

Araidan observaba a su hija y a las demás jóvenes que parecían distraídas por la presencia de los hombres. No podía permitir que sucediera nada y debía controlar a las mujeres y dejar claras las normas. Llamó a Skulda y le dijo algo.

—Astrid, vamos a hacer un combate. Elige arma, tienes que prepararte para ser nuestra líder. Me tienes que ganar para que todas te respeten —ordenó Skulda de forma autoritaria.

La joven sintió cómo la adrenalina bullía por su interior. Era la primera vez que iba a hacer un verdadero combate y tenía que ganar. Había estado toda su vida entrenando y no podía fallar. No sabía muy bien qué arma elegir, pues su preferida era el arco, y con este no podía combatir cuerpo a cuerpo. Svava se acercó a ella y se quitó su espada para dársela.

—Usa la mía y coge un escudo. Me parece que va a ser un gran espectáculo. —Sus espadas eran ligeras y mortíferas.

Knut estaba preparando unos troncos cuando se dio cuenta de que la joven pelirroja cogía una espada y un escudo.

—Thorkell, ven a ver esto. —Los otros dos estaban dentro de la choza intentando fijar el techo.

—¿Qué pasa? Estamos ocupados.

—Pues me parece que te va a interesar ver como luchan y... —Antes de poder seguir, estaba a su lado observando cómo la gran figura de Skulda elegía espada y escudo.

Era mucho más alta que la pelirroja, le daba horror mirar lo que iban a hacer. Iba a decir algo cuando una menuda mujer se acercó a ellos.

—Yo no diría nada. Te meterás en un problema.

—Pero... ¿Van a luchar de verdad con las armas?

—Sí, pero no te preocupes, Astrid va a ganar. Es nuestra nueva líder y lo va a demostrar. Yo soy Svava.

—¿Por qué estáis solas? —dijo Bjorn apareciendo de repente junto a ella.

—Yo he nacido aquí y siempre ha sido así. La fundadora de la aldea es la madre de Astrid, y creo que su odio por el mundo y por los hombres la llevó a intentar vivir su vida bajo sus propias normas. —Svava se sorprendió ante la voz algo más ronca del gigante.

—Tiene que ser duro para vosotras.

—Bueno..., hacemos lo que podemos, realmente nunca hemos estado en peligro hasta ahora

y...

No pudieron seguir hablando, porque el combate empezaba. Las guerreras se tantearon y chocaron sus armas.

Astrid dejó su mente en blanco y se plantó delante de Skulda con sus armas preparadas. Se saludaron antes de entrar en combate. Los golpes se sucedieron rápidos y ágiles para tratarse de mujeres, manejaban las espadas a la perfección. Skulda descargó un fuerte golpe que Astrid paró acertadamente con el escudo; la más grande dio otro golpe y lo paró de nuevo, pero no pudo evitar el golpe en el abdomen. Se agachó casi sin aliento y Thorkell dio un paso hacia delante. Svava tiró de él hasta acercarlo hasta donde estaba el gigante que miraba la lucha encantado.

Astrid se repuso enseguida y se lanzó hacia la otra con rabia, el golpe le dio en pleno escudo y a Skulda le costó trabajo pararlo. Estaban muy igualadas, pero Astrid era más astuta y en uno de los golpes se agachó y le devolvió el golpe en el abdomen a Skulda. Sin dejar que se repusiera, se acercó a ella y le dio un mandoble con la espada, pero la mujer no cayó, era más alta que ella y tenía resistencia.

Pensó con rapidez y le hizo un quiebro con la espada y la hoja de su espada se posó en el cuello de la otra.

—Te he vencido.

—Me parece que has aprendido bien. —Skulda la miró con admiración y casi sin resuello.

—Ya tenemos líder, estás preparada, muchacha —dijo Araidan.

Las jóvenes vitorearon su nombre y ella se giró para quedarse anclada en una mirada grisácea. Estaba cansada, había sido un combate duro y los ojos del vikingo extrañamente la tranquilizaron.

—¡Astrid!

Su madre la llamaba y el deber también, pues estaba segura que todo había sido preparado por su madre. Respiró unos instantes, necesitaba unos segundos para calmarse.

Svava se había escondido en la puerta para que no vieran que estaba hablando con los vikingos, y en cuanto el combate terminó salió de allí.

Cuando Astrid desapareció hacia el bosque para tranquilizar su espíritu, se dio contra una dura pared, que resultó ser el pecho ancho de un vikingo que le sacaba dos palmos. Alzó la mirada para tropezarse con unos ojos grises, fríos como el hielo. El guerrero la miraba divertido con una sonrisa en la boca.

—Déjame pasar, tengo mucho que hacer —dijo Astrid intentando sosegar en vano.

—¿Y si no te dejo? —repuso Thorkell divertido.

—Pues probarás mi espada... —Se echó mano al cinto y maldijo, se la había dejado en la plaza.

A Thorkell le encantó cómo maldecía.

—Me parece que estás indefensa.

—Nosotras nunca estamos indefensas, somos como las valquirias. —Astrid se acercó más a él y le metió una pierna con rapidez para hacerle una llave que lo tumbó en el suelo dejándolo sorprendido—. No lo olvides, somos... —No se pudo dar cuenta, pero el hombre se levantó ágil como un gato pese a su gran tamaño y la tuvo bloqueada en unos segundos.

—Tú eres la que no tienes que olvidar que somos vikingos. —Jamás le había vencido una mujer y no iba a dejar a esa pequeña bruja ilesa.

Miró a la joven y no se pudo resistir a la tentación de besarla. Capturó su boca y ella luchó unos segundos, pero Thorkell le acarició los labios con la lengua y Astrid se dejó hacer y, para su sorpresa, colaboró tímidamente en la caricia.

Knut fue a la parte trasera de la choza para ayudar a su amigo, pero salió disparado cuando los vio. Bjorn se extrañó al ver que volvía tan pronto.

—Thorkell está muy ocupado con la mujer pelirroja.

—Nunca me lo habría creído de él. —Bjorn sonrió por lo bajo.

Astrid no podía pensar, en ese momento su mente era líquida y no podía articular ningún pensamiento coherente. Jamás se había imaginado que pudiera ser así, estaba sin aliento y debía pararlo. El guerrero la apretaba contra él y por Odín que se sentía morir.

Thorkell fue el que paró el beso, pero estaba más turbado que nunca. Esa guerrera lo había enervado como ninguna otra lo había hecho jamás.

—Recuerda que somos guerreros.

—No te tengo miedo... —Astrid salió corriendo hacia la playa, sus piernas casi no la sostenían y notaba sus labios hinchados. Se los rozó con los dedos soñando con todo lo que había sentido.

Las historias de Svava eran reales y se lo tenía que contar a su amiga. Iba a nadar sola un rato y, cuando estuviera algo más tranquila, regresaría a la tienda, pues sabía que su madre querría hablar con ella. Hist la encontró a medio camino y le dijo que su madre la esperaba. La joven suspiró, el baño tendría que esperar. Astrid encontró a su madre en la choza y se sentó para descansar. Estaba segura de que la conversación con su madre derivaría en un gran enfado. No respaldaba algunas de

las normas de su madre y nada podía hacer para cambiarlas. Era una de las cosas que menos le gustaban. Y la peor norma era la forma de yacer con los hombres. No entendía por qué tanto cuidado y tanto miedo.

—Me parece que has terminado tu entrenamiento. —Su hija la miró—. Ahora debes comenzar a prepararte para llevar el clan. Eres una buena guerrera. Tendrás que nombrar a tus segundas.

—Lo iré pensando, son demasiadas cosas y...

—Otra cosa, no quiero que hables con los hombres sobre los suecos. —Araidan no quería demostrar vulnerabilidad. Eran fuertes y debían mantenerse firmes.

—Nos pueden ayudar, ellos los conocen y saben su estrategia. —Astrid estaba convencida de que ellos sabrían lidiar con esos hombres.

—No quiero que piensen que somos débiles.

—Madre, no somos débiles, tan solo pedimos algo de ayuda. —Sabía que su madre solo pensaba en mostrarse fuertes ante el resto del mundo. No se daba cuenta de que el peligro era real.

—Lo primero que debes hacer como reina es cumplir las normas, y estas dicen que los hombres no son aliados, sino nuestros enemigos —puntualizó Araidan alzando un poco la voz.

—¿Crees que estos hombres son enemigos nuestros?

Araidan calló, su hija tenía otra forma de pensar e iba a ser difícil inculcarle todo.

—No, pero si saben que necesitamos ayuda, pronto lo sabrá otra gente, y ya no estaremos seguras en esta isla. No quiero depender de ellos, somos libres y no permitiré que nadie mande sobre nosotras.

—Ellos no nos van a mandar, solo nos van a ayudar —bufó la joven exasperada ante tales ideas.

—Deja ya el tema, Astrid; las normas hay que cumplirlas incluso si eres la líder. —Araidan estaba cansada de discutir con su hija, necesitaba un descanso.

—No les diré nada, ¿de acuerdo?

—Mejor hija, ya verás como tengo razón. He pensado que, ya que están aquí, podrías elegir a uno para yacer con él y quedar encinta.

Astrid sintió que dejaba de respirar. ¿Yacer con alguno? ¿Con Thorkell? Había escuchado que lo llamaban así y el nombre le iba muy bien, pues se parecía al gran Thor. Sintió un escalofrío tan solo de imaginarlo junto a ella. ¿Era esa sensación la que describía Svava en sus cuentos? Estaba hecha un lío y muy enfadada con su madre. No podía compartir su forma de pensar y odiaba tener que entregarse de una forma tan fría.

—De acuerdo, madre, lo pensaré.

—Sabes que ya no puedes dejarlo más —ratificó Araidan con energía.

Al salir de la choza, se dio cuenta de que un gran número de mujeres estaba en las cercanías. Se sonrojó, pues seguro que habían escuchado la discusión con su madre. Entró de nuevo para coger una tela con la que secarse y se marchó a la playa a bañarse.

Siempre le había servido. Un baño parecía que se llevaba todas sus preocupaciones, y estaba dispuesta a meterse en el agua cuando vio a Svava, que llegaba sonriendo.

—Nada mejor que un baño para descargar las tensiones después de una discusión —dijo Svava mirando a su amiga, pues sabía que estaba alterada.

—Ha sido la peor que he tenido con ella. No quiere que hable con los hombres del ataque, cuando estoy segura de que sabrían ayudarnos —dijo sofocada todavía por las palabras de su madre.

—Sabemos que no podemos cambiar su forma de pensar, así que disfrutemos de un baño.

—Ah, se me olvidaba, tenías razón en todo...; creo que todo es verdad...

—Astrid, ¿de qué hablas? —dijo Svava extrañada de lo que decía su amiga.

—Tu abuela..., sus historias..., creo que son verdad —Astrid la miraba encantada, su amiga estaba feliz y sus ojos refulgían de pasión—. Me tropecé con su líder en el bosque detrás de la choza y..., bueno, empezamos a discutir, pero...

—¿Qué ha pasado? Cuenta...

—Me besó, Svava...; mi cuerpo se convirtió en líquido, creí que me deshacía en sus fuertes brazos...

—Eso es maravilloso, Astrid —Svava se levantó y empezó a dar saltos de alegría—. Todo es cierto y el amor existe.

—No sé lo que será sentir amor, pero el beso fue...maravilloso. Tenías razón... Creo que todo es verdad...

—Amiga, ahora creo que sí necesitas un baño.

Las dos se adentraron en las aguas riendo. Siempre habían disfrutado del mar, era algo a lo que su madre no se había podido imponer y lo único que les daba algo de libertad.

Después de lo sucedido, los tres amigos intentaron trabajar un rato. Bjorn miraba a Thorkell extrañado, pues era la primera vez que veía a su amigo interesado en una mujer.

—¿Qué miras tanto? —dijo Thorkell molesto ante el escrutinio de su compañero.

—Nos has dejado de piedra. ¿Qué bicho te ha picado con esa mujer?



—No lo sé, estuvimos hablando y una cosa llevo a la otra. —Thorkell se encogió de hombros.

—Sí, y a otra mucho más apasionada. —Knut se reía y a su mente acudió el recuerdo de Dalla—. Vamos a trabajar, quiero irme cuanto antes de aquí.

—¿Estás pensando en Dalla?

—Si estuvieras enamorado, sabrías lo que se siente al estar separado. Solo espero que durante nuestra ausencia no ocurra nada malo.

—Están bien protegidos, se han quedado algunos de los mejores.

A pesar de los temores, se pusieron a trabajar; tenían que apuntalar por fuera con unas vigas de madera que habían rescatado del hundimiento; solo sabían construir de una forma, y era copiar la forma de sus casas.

Al final, se dieron cuenta de que no tendrían bastante madera para hacerlo, necesitaban hablar con la jefa. Estaban terminando de apuntalar cuando Thorkell vio a Astrid salir de la choza; su nombre era como ella, bello y fuerte. Por un momento sus miradas se encontraron, pero ella siguió su camino. Llevaba una tela a su espalda, ¿iría a bañarse? Después de ese apasionado beso, unas sugestivas imágenes se le acumularon en la mente. ¿Cómo era capaz de inflamarse de esa manera con tan solo pensar en verla desnuda?

El mediodía se acercaba y el apuntalamiento estaba casi listo. Estaban cansados y sedientos, no habían parado de trabajar en toda la mañana.

—Hombres, la reina quiere ver a vuestro jefe.

Thorkell salió secándose el sudor con la manga de la camisa. Estaba muy sucio y necesitaba un buen baño. Estaba tan distraído que no se dio cuenta de que dos personas estaban muy cerca y estaban escuchándolo todo, escondidas detrás de la choza.

—Vengo a ofreceros un trato. —La voz de Araidan los sorprendió.

—Creí que ya teníamos uno. —Thorkell enarcó una ceja ante el imprevisto cambio de planes.

—Este será mejor, os permitirá salir de la isla.

Thorkell la miró, ¿qué querría ahora de ellos esa mujer?

—Escúchala, tenemos que salir de aquí cuanto antes. —Knut se había asomado al oír hablar.

Bjorn y Knut salieron a escuchar lo que esa mujer pretendía; ellos se quedaron mudos de asombro.

—¿Que quiere qué? ¿Hemos oído bien? —dijeron los tres casi al mismo tiempo.

—Sí, quiero que yazcáis con algunas mujeres. Tienen que quedar encinta y...

—Nosotros no podemos hacer eso... —Knut estaba pálido—. Yo soy un hombre casado, jamás yaceré con otra mujer que no sea la mía.

—Tenéis que hacerlo, a cambio os daré los materiales que necesitéis para arreglar vuestro barco y podréis iros. —Araidan no quería negativas, no podrían rebatirle si querían salir de la isla.

Los tres hombres se miraron suspirando; de la forma en la que había hablado, estaban seguros de que, si no cumplían esa parte del trato, esa mujer no les dejaría marcharse nunca.

—Nos lo pensaremos, pero por ahora nos hace falta madera para seguir con la construcción —dijo Thorkell alicaído y cabizbajo.

—Ahora os mandaré a alguien —dijo Araidan admirando la grandiosidad de la obra—. Estáis haciendo un gran trabajo.

Astrid y Svava, que habían escuchado todo, se quedaron perplejas. Todo lo que habían escuchado se oponía a lo que les habían contado del sexo opuesto. No parecían hombres que hacían daño a unas mujeres; es más, parecían incluso amarlas y respetarlas. Araidan se marchó en ese momento y ellas se escondieron todavía más detrás de la choza.

Los hombres se quedaron plantados en la puerta. No sabían cómo reaccionar ante semejante petición. Nunca se les habría pasado por la imaginación que les sucedería algo como aquello. Realmente no estaban en el *Valhala*, sino en el infierno.

—Ya sabemos cuál será el precio de nuestra libertad.

—Me niego, Thorkell... No puedo traicionar de esa forma a Dalla, la amo.

—Tranquilo amigo, yo asumiré el puesto como vuestro jefe y como vuestro amigo, ya que yo no tengo compromiso —dijo Thorkell decidido a cumplir el trato para salir de allí cuanto antes.

—Pero...

—No quiero pensar en nada. La reina volverá y le diré cuál es nuestra decisión. Bjorn, tú que...

—Si es con la joven rubia, no me niego. Pero en esas condiciones no voy a hacer nada. ¡Por *Loki*, no somos monstruos!

Astrid y Svava seguían sin dar crédito; eran hombres, pero tenían miedos e inquietudes como ellas. Uno de ellos amaba de verdad a su mujer. Las dos se miraron sorprendidas. ¿Cómo sería ser amada por un hombre? Se alejaron de allí bordeando por otro lado la aldea, para no ser vistas, y cavilando sobre lo que habían escuchado de esos hombres.

—La joven rubia, ¿serás tú, Svava? —preguntó Astrid interesada por la respuesta de su amiga.

—Yo qué sé. Solo he cruzado un par de frases con ese gigante —dijo Svava decidida.

—¿Y cómo sabes cuál de ellos lo ha dicho?

Svava no supo qué responder. Estaba intentando inventar algo cuando se dieron cuenta de que, en la planicie de la aldea, unas jóvenes miraban a su amiga con admiración.

—Astrid, ¿vas a montar a caballo?

—Sí, ahora enseguida. Me acabo de dar un baño después del duro combate.

—Has estado magnífica. Skulda es muy buena. Pero la has vencido y ahora eres nuestra líder.

—Gracias por el apoyo.

—Oye, los hombres... ¿Se quedarán mucho?

—No lo sé, depende de mi madre y de sus planes.

Las dos amigas entraron en la choza para peinarse y cambiarse de ropa. Estaban mucho más relajadas y listas para proseguir con el día. Araidan estaba pensativa y alzó la cabeza al verlas.

—Hoy no entrenaréis, los hombres necesitan madera. Escoltadlos al bosque para que talen árboles, a ver si terminan pronto.

—¿Has hablado con ellos? —Astrid quería conocer la versión de su madre.

—Hay uno de ellos que se niega, pero me da igual, uno de los tres deberá hacerlo.

Las jóvenes salieron de la choza y suspiraron, pues sabían que acompañarlos al bosque iba a suponer para ellas esconder muchos sentimientos que acababan de descubrir.

—En fin, tenemos que escoltarlos al bosque para que talen árboles —dijo Astrid suspirando.

—Bien, pues vamos. Cogeré la espada para demostrarle a ese guerrero que sé defenderme —masculló Svava irritada.

Al llegar a la choza, el vikingo grande estaba en la puerta dormitando. Araidan no les había dado permiso para dormir a plena luz del día. Svava se enfadó con ese hombre y le propinó un puntapié.

—Guerrero, tenéis trabajo que hacer —gritó Svava con voz de mando.

Bjorn saltó al sentir la patada, pero sonrió cuando oyó la voz de la joven y se levantó para observarla mejor. En verdad que era demasiado pequeña, ¡por *Odín!* solo le llegaba al hombro. Tendría que agacharse para besarla. Parpadeó cuando se dio cuenta del rumbo que tomaban sus pensamientos, pero no podía dejar de admirar a la joven rubia. Iba con la pelirroja que había luchado.

—¿Nos vais a ayudar? —dijo Bjorn divertido por enfadarla.

—Nunca lo hemos hecho, pero podemos intentarlo, ¿verdad Astrid?

—No somos mujeres indefensas —corroboró la pelirroja mirando a los demás, que habían salido al escucharlas.

—Ya lo hemos comprobado antes, ha sido un buen combate —dijo Thorkell sorprendido de verla de nuevo—. ¿Y mi espada?

—A buen recaudo, vikingo. —La voz de ese vikingo hizo que Astrid sintiera un escalofrío.

—Asegúrate de que nadie la toca.

—No me amenes, no estás en tu tierra —Astrid se giró y Thorkell se sorprendió al ver que llevaba un arco y un carcaj de flechas.

—¿Sabes manejar eso que llevas? —Bjorn miraba la espada de Svava, era corta y su hoja era gruesa.

—Soy la mejor, guerrero. No quieras comprobarlo.

—No te tengo miedo.

Por un momento dejaron de hablar para darse cuenta de que estaban peleando. Astrid, sin decir nada más, emprendió el camino hacia el bosque. Las dos mujeres iban delante, habían dejado claro que no se quedaban calladas ante ellos ni temerosas.

El bosque quedaba pegado a la aldea, pero se internaron un poco más, en busca de árboles más altos. Ellos se habían llevado unas toscas hachas.

—Con esto no podremos talar árboles muy gordos —dijo Knut mirando las arcaicas armas.

—Mi hermano y tu padre se darían de bruces al ver estos hoscas instrumentos —afirmó Thorkell. Eran unas armas muy malas y dudaba que sirvieran para talar árboles.

—¿Quién hace las armas? —preguntó Knut intrigado, pues sabía que el oficio de herrero era muy duro y no estaba muy seguro de que las mujeres lo pudieran realizar.

—Nosotras, no sabemos mucho e intentamos ir mejorando —dijo Astrid segura de sí misma.

Thorkell estaba admirado, esas mujeres se esforzaban por salir adelante solas. Al llegar a su destino, buscaron unos árboles delgados.

—Debemos talar troncos finos, si no será imposible. Apartaos hacia un lado —dijo Thorkell olvidando por un momento quién mandaba.

Astrid lo miró, no le gustaban las órdenes por parte de ellos, pero sus ojos le decían que le hiciera caso.

—Venga, a ver quién tala más troncos. —Bjorn fue el primero en dar un hachazo a un árbol,

fue un golpe seco y potente que hizo que las ramas del árbol se estremecieran.

Se llevaban bien y eso era una cosa que sorprendía a Astrid. Creía que los hombres no podían ser amigos, pero estos hombres lo eran ante todo.

Se dio cuenta de que era incapaz de quitar la vista del cuerpo de Thorkell, cada vez que hincaba el hacha sus músculos se contraían y se tensaban revelando su fuerza.

Entonces Astrid sintió una voz y se acercó a la playa; se tensó de golpe al ver la playa llena de hombres.

La mujer que hacía de vigía yacía en el suelo con una flecha clavada en el corazón. Ahogó un sollozo, debía ser fuerte y tenían que avisar a la aldea.

Thorkell se giró, había sentido la mirada de Astrid sobre su espalda y quería sorprenderla mientras le estaba mirando. Pero al girarse no la vio; a lo lejos oyó unas voces y se dio cuenta de que Astrid corría hacia ellos.

—Tenemos que irnos, los suecos están en la playa.

—Id vosotras a avisar... —Thorkell observó sus hachas, eran hoscas pero valdrían para algo —. No esperarán que haya hombres, id a la aldea y dad la voz de alarma, por si atacan por otro sitio.

Los barcos vararon en la playa, esta vez tenían que tener éxito, esa isla debía ser suya. Esas malditas mujeres no podrían estropearlo. En este segundo ataque eran veinte hombres armados hasta los dientes.

—Tenemos que sorprenderlas, seguro que desde la última vez han tomado precauciones. Ve a ver si hay alguna vigía.

— ¿Podemos...—Kuld miró a Erón.

—Si las ganamos, podrás divertirte con una de ellas.

—Bien, eso será un buen incentivo.

Desde la playa tiró a la mujer que había en un árbol y se dirigieron hacia la aldea. A mitad del bosque, se vieron sorprendidos por un grupo de tres hombres grandes y fuertes. Arremetieron contra ellos y, aunque llevaban burdas armas, eran ágiles y diestros guerreros.

Kuld luchaba contra el más rubio, era muy diestro; veía a Erón luchando contra un gigante. La lucha era muy igualada, esos suecos eran buenos con la espada, pero ellos vikingos de Trondheim. Tenían que coger a alguno para intentar interrogarlo. Les urgía saber sus planes contra Harald.

Contra Knut arremetieron dos soldados y este saltó hacia atrás y hundió el hacha en una de las corazas de uno de ellos. Iban bien equipados con armaduras y cascos; alguien les pagaba los equipos, pues no todos los vikingos tenían el lujo de poseer esos artilugios, dado su alto precio.

Algunos salieron corriendo hacia la playa dejando a sus compañeros allí enfrascados en la lucha. Astrid llegó junto a un grupo de mujeres y se dieron cuenta de que habían huido.

El barco había salido ya y las guerreras estaban atando a los soldados que habían quedado heridos tras el encuentro con los tres hombres que habían repelido el ataque.

—Quiero preguntarles unas cosas y... —dijo Thorkell con decisión.

—No estáis en el derecho de pedir nada. Sois invitados y sois hombres —dijo Skulda mirando con odio al hombre.

—Pero no podéis dejarlos marchar, necesitamos saber lo que están tramando. —Thorkell se puso furioso, esa era una gran ocasión para saber lo que estaban planeando contra el rubio. Skulda se plantó delante de él con la espada en la mano.

—Será mejor que te calles si no quieres que... —dijo la mujer alzando su espada contra él.

—Skulda, nadie te ha dicho que puedas hacerles nada. —Astrid salió en defensa de Thorkell. Skulda a veces perdía el control.

—Está exigiendo, Astrid, y no es nadie para exigirnos y... —sentenció Skulda.

Astrid se giró hacia él y lo miró a los ojos, ahora era la líder y se debía a su pueblo.

—Explícate, hombre —dijo de forma fría y severa Astrid.

Thorkell se sorprendió ante su voz dura, pero enseguida se dio cuenta de que esa mujer era con la que había luchado y que su honor estaba en juego.

—Solo les estaba diciendo que no podéis dejarlos marchar, me gustaría interrogarlos para saber si tienen algo contra Harald.

—Mi madre ya dijo que vuestras guerras no nos incumben, pero es la segunda vez que nos atacan. Y creo que sería mejor saber qué clase de intenciones tienen contra nosotras. Puedes interrogarlo, pero luego quiero que me cuentes lo que averigües en privado.

Thorkell asintió; lo veía justo, cuando ellas también estaban en peligro. Astrid marchó junto con Svava a hablar con su madre, los hombres se habían llevado a los prisioneros. Ellos sabrían sacarles las cosas más fácilmente.

—¿Qué has hecho? —Araidan miraba a su hija, que estaba blanca—. Has permitido que esos hombres te ayuden cuando eras tú la que tenía que haber protegido a las mujeres.

—¿No te parece que con una muerte tenemos bastante? Ellos saben cómo luchan los suecos. Les he permitido que los interroguen. —Astrid se dio cuenta de que su madre estaba furiosa.

—Ve ahora mismo a decirles a esos hombres que Skulda los interrogará, es su tarea. Vamos a tener que recordarte quiénes son tu prioridad, hija. Aunque me duela, te castigaré en el centro de la

plaza.

—Asumiré el castigo, pero volvería a hacer lo mismo. —Astrid salió de la choza dejando a Araidan triste y preocupada.

No estaba nerviosa ni arrepentida, pero la cólera corría dentro de ella y pugnaba por salir en forma de lágrimas. Pero no lo haría, porque nunca lo había hecho y nunca lo haría. Svava la seguía de cerca, temblando de una manera descontrolada.

Llegaron a la choza donde habían dejado a los hombres y entraron. El prisionero estaba atado y Thorkell estaba a su lado hablando con él, no habían utilizado la fuerza. ¿Por qué le parecía su madre ahora una persona arcaica y aferrada a sus normas?

Thorkell las miró y vio que Astrid estaba pálida, algo había pasado. Se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

—Van a venir a llevarse al prisionero —informó Astrid sin mirarlo a los ojos.

## Capítulo 10

—¿Qué? —preguntó Thorkell confundido—. Está hablando con nosotros. ¿No puedes hacer nada?

En ese momento, Skulda y Hist entraron en la choza; la primera cogió al prisionero y lo sacó de allí. La segunda cogió a Astrid, que avanzó a su lado sin oponer resistencia alguna.

—¿Adónde vas? —A Thorkell le extrañó que se la llevaran de esa forma.

Svava se interpuso delante de él para que dejara a Hist pasar.

—No puedes hacer nada, su madre ya ha decidido. Cree que ha traicionado a su pueblo por haceros caso y la va a castigar —dijo Svava cerrando los ojos.

Thorkell abrió desmesuradamente los suyos, esas mujeres eran unas salvajes.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó Thorkell desesperado.

Bjorn se había acercado a ellos y observaba a Svava, la joven estaba nerviosa y sus ojos estaban brillantes y relucientes, casi a punto de llorar.

—Ella no se lo merece....

—¿Podemos hacer algo?

—Si intervenís, serán más duras con ella.

Astrid veía a las mujeres a su alrededor, la miraban sorprendidas. Pero la más sorprendida era ella, no se habría imaginado nunca que pasaría una cosa así. Pero no se arrepentía de nada, esos hombres no eran malos y no querían hacer nada a nadie; al revés, querían averiguar qué iban a hacer los suecos para impedir una masacre.

Su madre no lo entendía, ellas estaban en el punto de mira de los suecos. Estaban en peligro, porque estaban en medio de una lucha y tenían que intentar sobrevivir de la manera que fuese.

Todas las mujeres miraban lo que iba a suceder, algunas con miedo en los ojos.

Skulda la ató al tronco que había hincado en la tierra en el centro de la aldea, descubrieron su espalda y enseguida notó cómo el látigo se estrellaba contra su tierna carne \_arrancándole la piel. No gritó, se aguantó. Su madre nunca le había hecho una cosa así, y presentía que el vínculo con ella se estaba rompiendo en mil pedazos. Ella no tenía las mismas ideas que Araidan y nunca las tendría.

Thorkell quería salir para ver a Astrid, pero Svava se plantó delante de él de nuevo.

—No salgas, creo que no te gustará lo que le están haciendo. Es más, yo no podría soportarlo.



Los hombres la miraron, la rabia comenzaba a notarse y había cogido la espada con furia. Sus nudillos estaban blancos de la fuerza que hacía. Bjorn se acercó a ella e intentó quitarle la espada, era fuerte y no la soltaba.

—Svava, suelta la espada. No quiero que te hagas daño. —Ella la soltó e iba a salir corriendo, pero sus brazos la atraparon—. Escucha, no salgas, no quiero que te pase nada.

Ella le pegó con los puños en el pecho, sus golpes estaban llenos de ira y Bjorn la dejó que se desahogase; al fin se derrumbó en sus brazos y la abrazó con fuerza. Svava enterró la cabeza en su hombro y comenzó a llorar de una forma descontrolada, era la primera vez desde que había muerto su abuela en la que sentía un dolor que no podía controlar.

Al final todo terminó. Astrid no podía más, estaba dolorida y casi no podía mantener los ojos abiertos. Se tenía que haber revelado, pero no quería que les pasara nada a esos hombres.

Svava levantó la cabeza del hombro de Bjorn, todo había terminado. Lo sabía por el silencio que había en la plaza.

—Voy a sacarla de ahí y a curarla. Thorkell, no salgas, no la veas así, por favor, hazlo por ella, por su honor.

Él asintió.

—Por favor, dime al menos qué le han hecho.

Svava lo miró antes de salir de la choza.

—Le han dado veinticinco latigazos, el castigo por traicionar al clan.

Thorkell se dejó caer en el suelo, no podía ser. Esa hermosa mujer castigada de una forma tan salvaje por culpa suya. Tenía que haber dejado su orgullo a un lado y haber comprendido que se tenía que haber hecho cargo de todo.

Svava desató a Astrid, la jefa estaba a su lado y la ayudaba. Seguía habiendo amor en esos ojos.

—Espero, por su bien, que haya aprendido la lección y que no se le olvide que los hombres no traen nada bueno.

Las jóvenes no dijeron nada, sabían cuánto se equivocaba esa mujer, ellas ya tenían claro su futuro. Svava sobre todo; no sabía lo que sentía su amiga por ese hombre, pero ella quería estar con ese guerrero de mirada azul. Quería vivir las emociones que su abuela le había contado tantas veces.

Colocaron a Astrid boca abajo en un camastro y Araidan le colocó un emplasto para las heridas. Le dolía verla así, pero era por su bien. Las mujeres no habrían permitido que se revelara

contra ellas de esa manera tan clara. Cuando estuviera mejor, yacería con el hombre y los echaría de allí para seguir viviendo su vida en paz.

Svava se quedó a su lado toda la noche, oía cómo Astrid deliraba por la fiebre. Fue una noche larga y pesada, pero al menos la fiebre le había bajado al amanecer. Salió de la choza para ir a por agua fresca, los rayos del sol laceraron su piel, acostumbrada a la oscuridad de la choza. Abrió los ojos para encontrarse con el guerrero que la miraba, ¿preocupado?

—¿Cómo estáis?

—Ha tenido fiebre toda la noche, pero ya ha remitido. Iba a por agua fresca. No he pegado ojo, he estado toda la noche velándola.

—¿Cómo podéis vivir en este sitio? —dijo Bjorn mirando a su alrededor.

Ella lo miró y las palabras de su abuela volvieron a su mente.

—Cada vez es más difícil, pero mis ideas están claras.

—¿Y se puede saber cuáles son esas ideas? —él sonrió al verla tan segura.

—Vivir, amar y estar en paz. No quiero luchar más y...

—¿Con quién quieres hacer todo eso?

Ella se encogió de hombros, ¿podría ser que ese hombre estuviera interesado en ella?

—No lo sé, por aquí no hay muchas posibilidades.

—Escucha... —Bjorn maldijo por lo bajo, ¿por qué hablar cuando la podía besar? Se la llevó detrás de una choza, le cogió la cara con sus grandes manos y se hundió en esa pequeña boca que lo tenía completamente hechizado desde que la había visto.

El beso fue intenso y apasionado, ella se agarró a él y correspondió con pasión. No quería perder a ese hombre ni las sensaciones que sentía a su lado.

Un grupo de mujeres pasó casi por su lado y Svava lo empujó hacia el bosque.

—Tengo que irme, Astrid me necesita.

—Maldita sea mujer, tu boca me pierde. —Bjorn levantó la cabeza de esos labios y salió del trance.

—¿Que mi boca te pierde? Pues déjala en paz y no la asaltes más. Me voy... Me necesita.

—Yo también te necesito, me vuelves loco y me olvido de todo cuando estoy contigo.

—Pues no te olvides de no dejar que tu amigo se acerque, se pondría en peligro. Porque presiento que le gusta Astrid.

—Thorkell, así se llama. Está como ido, no come, no habla; le ha afectado lo que ha pasado

con ella. Me parece que está deseando cumplir con el trato con su madre para poder irnos.

Cuando Svava escuchó esa palabra fue como si le dieran un puñetazo en la barriga, si se iban no lo vería más. No lo besaría más y...se iría con ellos. Lo tenía decidido.

La joven se alejó de ese hombre que también la sacaba de sus planes. Él le había dicho que lo volvía loco y... ¿Qué significaría eso? Pensó en su abuela y en la falta que le hacía en ese instante. Ella sabría lo que ese hombre sentía por ella, si es que sentía algo.

Cuando volvió a la choza, Araidan estaba junto a su hija. La miraba con los ojos ensoñados y fuera del alcance de nadie.

—Ha sido por tu bien, ahora serás una buena líder y no harás caso de ese hombre. Engendrarás una niña y así olvidarás todo. Y volveremos a vivir tranquilas.

—Araidan, he traído agua para Astrid, ¿se la doy? —La mujer asintió y salió de la choza.

Astrid había oído cada una de las palabras de su madre, pero no había abierto los ojos, para ella algo había cambiado.

Bjorn entró en la choza y observó a Thorkell, que estaba echado con el cabello enmarañado y la cara hirviéndole de rabia.

—¿Qué ha dicho Svava?

—Ha tenido fiebre toda la noche, pero esta mañana remitió.

—Qué salvaje, mira que hacerle una cosa así a su propia hija y...estoy deseando hacer algo...

—¿Por qué no vas a verla?

—Te han dicho que....

—¿Desde cuándo te importa lo que te digan? Ella, ¿te importa?

—Eso creo, nunca había sentido nada parecido. No sé lo que es, pero me apetece estar con ella, la veo y me quedo sin habla, la admiro pero también la deseo y...

—Eso es amor, es lo que siento yo por Dalla. Estoy con Bjorn en que vayas a verla. Os cubriré.

—Svava, ¿me das agua? —La joven se acercó rápidamente a su amiga. Bebió ávidamente y cuando estuvo saciada abrió los ojos—. ¿Cómo están las heridas?

—Bueno, la verdad es que tienen mal aspecto amiga. Tienes la espalda cruzada de latigazos.

—Esa Skulda es una salvaje, tenías que haberla... —Thorkell no terminó de hablar, se quedó

de piedra al ver a la mujer echada boca abajo en un jergón. Pero más sorprendido se quedó al acercarse y ver su espalda. Cerró los ojos con fuerza—. Menos mal que me dijo Svava que no saliera, porque la hubiera matado con mis propias manos.

Astrid bajó la vista; no le molestaba que la viera semidesnuda, al revés, se había sentido halagada al saber que él la habría ayudado y que estaba preocupado. Era un sentimiento nuevo.

Bjorn se acercó a Svava y tiró de ella hacia un rincón; la muchacha renegó un poco pero le dijo algo al oído y pareció calmarse.

—He traído un remedio de mi pueblo, siempre lo llevo conmigo por si acaso. ¿Me dejas? — Ella asintió. Thorkell abrió el frasco y comenzó a extenderlo por las heridas—. Te puede escocer un poco, pero es casi milagroso.

—Recuerda que somos guerreras y estamos acostumbradas al dolor. —Astrid notó un líquido espeso sobre la espalda, pero lo que más sintió fueron unos dedos cálidos sobre su piel lastimada.

—Una mujer como tú no debería estar en estas condiciones, deberían colmarte de atenciones y de amor.

—Eso es difícil en una isla habitada por mujeres.

Mientras hablaban, en otro rincón de la choza y vigilando por si entraba alguien, Svava miraba al gigante que tapaba casi toda la entrada con su cuerpo.

—Le has traído y...

—Necesitaba verla, además tiene un remedio que le puede aliviar mucho el dolor.

—Ya, pero como os vean no me quiero ni imaginar la que se liaría.

—No vamos a permitir que nadie os haga daño, queráis o no queráis.

Svava se derritió por sus palabras.

—Hemos cuidado la una de la otra durante mucho tiempo, guerrero.

—No me llames así, lo haces cuando quieres pelea. —Bjorn la miró embelesado, jamás le había gustado cómo sonreía una mujer, pero había descubierto que, cuando esta lo hacía, estaba perdido.

—¿Yo pelea contigo? Lo que quiero es...

—¿Qué quieres? Dilo, porque yo me muero por besarte de nuevo, pero tranquilamente y sin prisa, recreándome. Y no me conformaría con eso, ¿sabes lo que haría después? —Bjorn se acercó peligrosamente.

Svava tragó saliva, por *Freyja* que la había incendiado con sus palabras; sobre todo porque quería lo mismo que él.

—No creo que sea este el sitio para que me digas esas cosas.

—Pues calla mujer y déjame vigilar por si viene alguien.

Svava decidió callarse, pero se dedicó a mirarlo. Bjorn juró por *Balder* y por *Freyja*, no sabía qué era peor, si que hablara o que lo mirara de esa forma que lo volvía aún más loco.

Astrid observaba a su amiga y se reía al verlos discutir. Hacían una pareja rara, porque se atraían los dos y eso era fácil de ver, pero no paraban de pelear. Estaba en el cielo mientras esos dedos recorrían su espalda, ya no sentía tanto dolor, era como si su toque la relajara.

Thorkell no sentía nada, salvo el cuerpo de esa mujer debajo de sus manos.

—Le voy a dejar el frasco a Svava, nos tenemos que ir. Nos espera trabajo que hacer, la choza está casi acabada.

—Tenéis que arreglar el barco.

—Tu madre me ha impuesto un trato y debo yacer con una de vuestras mujeres. Si se queda encinta nos podremos ir. —Thorkell estaba más que enfadado por ese asunto.

—Yo le diré que os vaya proporcionando materiales. Sobre esa ley, es una de las más arraigadas aquí.

—Y la más fría de todas.

—Yo no tengo la culpa de eso, a mí también me tocará algún día. —Astrid se mordió el labio cuando lo dijo. Thorkell se levantó.

Cuando vio a su amigo levantarse, Bjorn se puso alerta.

—Nos tenemos que ir. —Pasó junto a Svava para salir de la choza y la dejó allí parada.

—Este hombre es un engreído y...

—Amiga, estás... ¿cómo lo decía tu abuela?

—Estoy enamorada de él, no puedo remediarlo, lo quiero en mi vida; quiero verlo todos los días, quiero que me bese, que me ame y quiero verlo sonreír.

—Está bastante claro Svava, se te ve en la cara cuando estás con él. Ayúdame a incorporarme, estoy cansada de estar así.

—Y tú, ¿qué sientes por Thorkell?

—Son tantas cosas que no puedo ni pensar. Mi mente se detiene y solo siento su cercanía.

—Nuestro mundo ha cambiado.

Una persona ajena a todo estaba asomada a la puerta y oyó todo lo que decían. ¿Era posible eso? ¿Las habrían engañado desde un principio?

La sombra se escabulló y salió de la aldea. Era un buen momento para atacar y les mandaría una señal. Estaba harta de estar en esa isla y quería sentir esas emociones que habían dicho Astrid y Svava. Y para ello tenía una ayuda muy fuerte.

Esta vez el ataque sería un éxito, con la joven líder débil y la desorganización que había sería fácil. Lo único que le faltaba era dejar a los hombres encerrados en su propia tumba.

Y sería también fácil para ella engañarlos. El plan era perfecto, solo esperaba que esos hombres se la llevaran consigo para dejarla con algún personaje influyente que le regalara una vida confortable y lujosa.

# Capítulo 11

Los tres amigos charlaban después de haber estado trabajando un rato. Sabían que el éxito de todo estaba en que se marcharan pronto de la isla. Las noticias que tenían que dar a Harald eran muy importantes y podrían ser cruciales para los noruegos.

—Tenemos que irnos pronto y darle la noticia a Harald. Debe estar preparado por si acaso, creo que esos no preparan nada bueno. No quieren la unificación —Bjorn veía la mentira a leguas y esos hombres tramaban algo.

—Estamos en esta isla hasta que arreglemos el barco. La choza está acabada y ahora tenemos un nuevo trato que cumplir, pero le pediré a la jefa que nos deje empezar a arreglar el barco. —Thorkell estaba seguro de ello. Las mujeres de la aldea estaban en peligro.

—¿Cómo estaban?

—Esa salvaje le ha dejado la espalda surcada de heridas. Le he dejado el frasco de Hellora, eso ayudará a que las heridas sanen más rápido.

Esa misma tarde, Astrid se levantó del catre y caminó un rato. Lo que había pasado le había quitado autoridad como líder, pero por una vez, eso le daba igual. Ahora estaba preocupada por los ataques suecos y por intentar sobrevivir. Se dio cuenta de que tenía ganas de ver a Thorkell, su mirada gris la tranquilizaba de un modo alarmante.

Svava estaba junto a ella, no la había dejado. Se la notaba agotada.

—Svava, descansa un rato. Puedes estar tranquila, me encuentro mucho mejor con el remedio que trajo Thorkell.

—Estoy bien, tu madre le ha dado materiales a los vikingos para que arreglen su barco. Cuando lo tengan se irán y... —informó la joven con gesto sombrío.

—¿Qué has pensado, amiga?

—Quiero una vida como la que contaba mi abuela, quiero que me amen y amar. Y sé que, si me voy con ellos, seré feliz con Bjorn, ese cabezota mueve mi vida —confesó con la mirada brillante.

—Me alegro tanto, pero yo..., no puedo irme...

—Aquí hace tiempo que no te une nada, tu madre te castiga por algo sin importancia y las dos sabemos que tú no compartes sus ideas.

Se oyó revuelo fuera y las dos salieron. Araidan se acercaba a la choza, su semblante era serio.

—Astrid, prepárate, esta noche yacerás con un hombre. Se van pronto y tú tienes que quedar encinta cuanto antes. —Araidan miró a su hija, era un orgullo para ella porque era una mujer fuerte, pero sabía que no la secundaba en sus ideas.

—Lo que tú digas, madre. —Astrid sintió un escalofrío que no pudo controlar, sabía que iba a estar con Thorkell, pero no podía ser ella misma y tenía que cumplir las normas.

—¿Estás muy dolorida?

—Si me permite hablar...

Astrid miró a Svava negándole que lo hiciera.

—Madre, estoy bien y cumpliré con mi deber por ser quien soy —expresó Astrid con seguridad. Su madre asintió contenta.

—Bien, ahora vendrá Mirta y te ayudará a vestirte. Te dará las instrucciones necesarias para que no sufras mucho. La choza de la linde os servirá, ya que está algo alejada. Yo avisaré al hombre. Recuerda que no debe saber quién eres.

Svava miró a Astrid con lágrimas en los ojos, no entendía a su amiga. No había luchado ni se había quejado de nada.

—Astrid, podrías haber dicho algo. No estás en condiciones para nada y menos para...

—Svava, no puedo alargar más la cosa y prefiero que sea él, aunque no lo sepa y...

—No será como te lo imaginas, será frío y doloroso, a no ser que le digas quién eres.

—Eso nunca, ¿me entiendes? Confío en ti para que no hables, debo ganarme la confianza de mi madre de nuevo, no puedo dejarla..., soy su hija.

—Pero...

Mirta entró en la choza con una túnica larga y algunos aceites esenciales y Svava salió de allí. Araidan fue a reunirse con los hombres, la choza estaba casi terminada, estaban apuntalando el techo. ¿Serían sus casas así? Era una construcción grande, con grandes pilares y con un techo sólido.

—Escuchadme, hombres —dijo con altanería y ellos se giraron al oírla—. Tengo los materiales preparados para vuestro barco, pero...esta noche tenéis que yacer alguno con una de mis mujeres.

Los tres se miraron y Thorkell dio un paso hacia delante.

—Yo asumiré ese papel como jefe de mi clan.

—Muy bien, la mujer estará esta noche en la choza que está al final de la aldea.

Thorkell se quedó ahí plantado, no sabía cómo lo iba a hacer para cumplir su parte del trato.



Nunca le había faltado compañía femenina, pero nunca había tomado a la fuerza a una mujer. Normalmente no tenía que esforzarse mucho, le buscaban a menudo.

—Thorkell, ¿estás bien?

—No sé cómo voy a salir de esta. Yo no actúo así con las mujeres —dijo preocupado.

Bjorn lo miraba y algo muy oscuro pasó por su cabeza.

—No creo que sea Svava, si esa pequeña cabezota no me ha dicho nada y descubro que es ella..., no lo quiero ni pensar. Voy a ver si la veo.

Svava estaba en la tumba de su abuela, no quería estar en otro sitio. No quería pensar que lo que iba a hacer Astrid podría cambiar. Pero no podía decir nada, no podía traicionar su amistad.

Bjorn se asomó para ver a la joven sentada sobre unas rocas. Se acercó despacio.

—¿Qué haces aquí tan pensativa? —Era preciosa y no se cansaba de mirarla.

Ella se giró para ver al hombre de sus sueños.

—Vengo aquí cada vez que quiero pensar tranquilamente, aquí yace dormida para siempre la única persona que me ha demostrado algo de cariño, además de Astrid. —Bjorn la miró con miedo, no quería que le hablara de nadie y menos de otro. Svava se dio cuenta de lo que estaba pensando y sonrió—. Era mi abuela, ella me contaba cosas de cómo viven las mujeres y los hombres.

—¿Y te gustaban esas historias?

—Esperaba a que se hiciera de noche y que el poblado estuviera dormido para contarme cosas que había visto y yo me quedaba dormida oyéndola hablar sobre el amor.

Bjorn no había conocido a nadie como ella, era una mujer fuerte y dulce que empezaba a dejar huella en su vida.

Astrid salió un momento, necesitaba tomar aire unos minutos antes de prepararse para la noche. Mirta la había mirado pero la había dejado salir.

Paseaba por la linde de la aldea, muy cerca del bosque; Svava había desaparecido pero no iba a ir a buscarla, pues necesitaba estar tranquila y pensar en lo que iba a pasar.

Se había adentrado en el bosque y estaba cerca de donde habían puesto a la vigía. Miró hacia arriba, estaba preocupada por los suecos.

—¿Preocupada? —La voz ronca y masculina le inundó el alma, se giró para mirarlo—. Se te ve mejor cara, ¿te duele? —ella sonrió.

—Tu emplaste es mágico, ¿quién lo hace?

—Lo fabrica Hellora, es la *seidr* de la aldea y ella misma busca las hierbas.

—¿De dónde eres?

—Mi aldea está cerca de Trondheim, mi padre fue *Jarl* de Lade y ahora tengo que seguir sus pasos.

—Y tú, ¿quieres ese cargo?

—Sí, es un orgullo para mí y un honor seguir los pasos de mi padre.

—Yo..., no puedo decir lo mismo, hace tiempo que no estoy de acuerdo con las normas de mi madre.

—La verdad es que algunas normas son frías... Tu madre nos ha dado materiales, pero...

—Ya sé lo que os ha pedido a cambio y...no estoy de acuerdo con esa norma. —Ella lo miró, sabía que no le gustaba lo que iba a hacer y eso a sus ojos lo tornaba aún más interesante; no pudo evitar mirarle los labios y pensar en lo que había dicho Svava. Si la volvía a besar, ¿sentiría lo mismo o más?

Thorkell sintió su mirada sobre sus labios, esa mujer despertaba algo en él y era un problema.

—No tengo otra opción, tenemos que irnos. Harald necesita nuestra ayuda y nuestra aldea puede ser atacada —apuntó Thorkell con añoranza y temor.

Ella sintió pánico por esas personas a las que no conocía.

—¿La habéis dejado protegida? —él asintió. ¿Se preocupaba por su gente?—. Esos suecos, cuando atacaron nos miraban con... Lo que más miedo me da es que nos hagan daño.

—Mientras yo esté aquí no os pasará nada, pero me conformaré con ayudar desde las sombras. No soportaría que te volvieran a lastimar. —Thorkell se acercó a ella y le acarició la mejilla. Ella alzó la mirada hacia esos ojos grises y lo miró.

No se dieron cuenta de cuándo sus labios entraron en contacto, fue como una caricia leve y suave. No se pareció en nada al primer beso que habían compartido, este fue más suave, con más sentimiento. Sus labios se tantearon, Astrid abrió la boca un poco para poder respirar. Se ahogaba ante esta nueva sensación tan íntima. Él aprovechó el descuido para introducirse en esa boca y saborearla por completo. El beso se tornó ávido y pasional, como las sensaciones que los embargaban a ambos. Thorkell la acercó más a él y la abrazó suavemente, pero Astrid al sentirlo se inflamó por completo y se pegó a su cuerpo queriendo beber de él.

No quería separarse de él, qué mala fortuna, porque tenía que yacer con él sin decirle quién era. Y le dolía en el alma no poder sentir lo que sentía.

Pero el beso terminó, él deslizó sus labios por el cuello de ella dejando pequeños besos por

toda su garganta y despertando en ella la pasión. Astrid colocó sus manos sobre los fuertes hombros y lo dejó hacer, pues estaba en el *Valhala*.

—Astrid, ¿dónde te has metido? Te estamos esperando.

Astrid apartó a Thorkell de su lado cuando sintió la voz que la llamaba. Él no podía darse cuenta de dónde iba. Lo miró a los ojos.

—Me tengo que ir, mi madre me estará buscando. —Se escabulló sin girarse hacia atrás, si lo hacía no podría ocultarle lo que iba a pasar. Y además, no quería que se diera cuenta de lo mucho que le había afectado ese beso, tenía razón Svava, ahora estaba bajo su hechizo. Solo tenía una duda, ¿sentiría él lo mismo?

Bjorn miraba a Svava, en ese momento parecía frágil. Algo le pasaba.

—¿Qué te pasa?

Ella lo miró. ¿Tan bien la conocía que intuía lo mal que estaba? ¿Qué le podía decir a ese hombre? No podía revelarle lo que iba a pasar esa noche.

—Tengo miedo de lo que pueda suceder y no soy experta en tenerlo. Somos mujeres fuertes y...

—Y un cuerno miedo, sois como las valquirias. Lucháis como ellas y os comportáis como ellas.

—Si eso es lo que piensas déjame sola y vete con tus amigos —dijo Svava ofendida.

Bjorn se enfadó con ella y con su testarudez.

—Mira que eres terca, sois fuertes pero... Svava, mírame. —Ella alzó sus ojos hasta los suyos—. Cuando te beso me inflamas como ninguna otra mujer lo ha hecho hasta ahora y... Me da miedo lo que siento.

Ella enmudeció por la declaración.

—Pues bésame guerrero, porque yo siento lo mismo.

Bjorn se acercó a ella y la atrapó en un abrazo que la dejó incrustada en el cuerpo del hombre. Sus labios la tomaron con fuerza y con pasión, bebió de ella todo y se embriagó de su sabor. Sus manos acariciaban sus curvas en una suave rendición; sí, se rendía ante el encanto de esa joven guerrera que lo había desarmado por completo.

—No me dejes esta noche, ¿me abrazarías? No quiero estar sola. —Svava sabía que podía hacer una tontería y si él estaba con ella sería su salvación para evitar un gran caos.

—Durante toda la noche. —Bjorn nunca había hecho nada semejante y sabía que eso era muy

parecido a lo que decía Knut que era el amor. ¿Podría serlo?

Thorkell estaba enfadado consigo mismo, pues tenía que traicionar a la mujer que no podía olvidar de esa manera tan ruin. Maldijo en voz baja por lo que iba a hacer. Pero no podía negarse a ello, demasiadas cosas dependían de él. Fue a bañarse al mar, se puso una muda limpia y se acercó a la choza, no quiso pararse a hablar con sus amigos.

La choza estaba algo alejada de la aldea; entró en ella nada más llegar. Estaba vacía, un ambiente tenue y oscuro reinaba en su interior. Tan solo había una antorcha en la puerta iluminando la estancia.

La mujer entró y se quedó asombrado, una túnica con mangas la cubría de la cabeza a los pies, con lo que era imposible adivinar algo bajo esas capas de ropa. Además, la escasa luz le hacía imposible apreciar más detalles.

—Mujer, ¿tú me ves con esa ropa? —Astrid asintió, estaba nerviosa por lo que iba a pasar—. Nunca he hecho algo semejante. —Thorkell se pasó una mano por el pelo, exasperado.

Ella lo miraba, parecía nervioso y tenso; su mirada gris estaba perdida. Su madre y Mirta le habían explicado lo que tenía que hacer, así que pasó por su lado y se tumbó en el camastro.

—Perdona, pero no sé si voy a poder hacerlo de esta forma tan fría. —Ella le indicó que se tendiera a su lado. Él lo hizo y ambos se quedaron mirando al techo de la choza—. Quizás si tú me tocas, ya que yo no puedo hacerlo. ¿Quieres?

Astrid tragó saliva, ¿tocarlo? Lo vio cómo se levantaba y el ruido que hacían las ropas al caer al suelo, ella tampoco podía apreciar el cuerpo de él. Pero pronto volvió a tenderse a su lado y se quedó esperando. Su mano tembló mientras se dirigía hacia su torso, mil emociones cruzaron su mente. Eso estaba prohibido, no se podía tocar y...retiró la mano antes de llegar.

—Si no me tocas no voy a poder hacerlo.

La mano volvió a iniciar el camino y esta vez llegó al duro pecho masculino. Se dio cuenta de que le afectaba y poco a poco fue bajando hasta llegar a la hilera de sedoso bello que se escondía bajo sus pantalones.

¿Cómo podía afectarle de esa forma el toque de una desconocida? Cuando había sentido su mano fue como si su cuerpo recibiera una descarga de energía, por *Odín* que nunca había sentido tal cosa y, cuando la mano se aventuró más allá de su abdomen, se creyó morir.

—¡Qué diablos!, no va a ser así. —Thorkell levantó el traje a la mujer y descansó su mano en su pubis. Esperó por si ella se quejaba y, al no decir nada, comenzó a acariciarle, no quería hacerle

daño cuando la poseyera.

Astrid estaba en el *Ragnarok*, estaba segura, era una tortura deliciosa sentir sus dedos invadiendo su carne. Pero no podía decir nada, no podía decir que le gustaba su toque.

Thorkell la notaba cálida y húmeda, lista para recibirlo. Y no había creído que se iba a sentir tan inflamado por esa desconocida; de pronto, la cara de Astrid apareció en su mente.

Se colocó encima de la mujer y se hundió en ella de un solo golpe, sería mejor así. Rápido para que el dolor fuera lo más corto posible.

Astrid ahogó un gemido de dolor, más por su espalda aún dolorida que por la invasión del hombre. Le había sorprendido pero pronto el dolor desapareció para dejar paso a una sensación placentera, se sentía llena y completa por la esencia de él. Él comenzó a moverse y ella notó cómo una sensación de liberación le recorría el cuerpo. Él se tensó y de pronto se desplomó encima de ella.

Había derramado su simiente como nunca lo había hecho, se sentía sucio y estaba dolido porque, durante todo el acto, la imagen de Astrid no había salido de su cabeza. Se levantó de encima de la mujer y se vistió.

No sentir su peso encima de ella la dejó vacía por momentos.

—Lo siento. —Thorkell salió de la choza.

## Capítulo 12

Thorkell no había dormido en toda la noche y la mañana lo encontró despejado y dispuesto a comenzar con los arreglos del barco para salir de esa isla cuanto antes. Se sorprendió al ver a Bjorn y a Svava en un rincón durmiendo abrazados, y sonrió para sí. Estaba contento por su amigo, esa mujer era perfecta para él.

Knut lo observaba desde lejos, estaba serio. Se acercó a él.

—Amigo, tenemos los materiales, podemos comenzar hoy a arreglar el barco. Pronto nos iremos de aquí.

Knut sonrió, nada le alegraba más que pensar que iba a ver a su Dalla enseguida. Pero algo le pasaba a Thorkell.

— ¿Pasó algo anoche? ¿Fue...duro?

—No quiero hablar de ello, fue lo peor que he hecho nunca. Intenté ser cuidadoso con la mujer para no lastimarla.

—No podías haber hecho nada más, es su tradición y para ellas será un honor.

—Sí, pero si se queda encinta esa mujer..., no me gusta saber que hay un niño por ahí mío.

—Lo cuidarán bien —dijo Bjorn mirándolos.

Knut se giró para ver que la joven muchacha estaba con su amigo y este la mantenía abrazada a su cuerpo.

—No pierdes el tiempo.

El otro le hizo un gesto de que se callara, no quería despertar a la beldad que dormía acurrucada a su lado.

—Demasiado tarde guerrero, lo he oído. —Svava hizo ademán de levantarse, pero el abrazo de él era poderoso—. Me tengo que ir, pedazo de burro.

—Anoche no estabas tan arisca, me pediste que te abrazara y... —dijo Bjorn sin pensar mucho.

Svava sintió cómo se ponía roja al ver que sus amigos los estaban mirando. Ahogaron unas risas.

—Es la primera que... —dijo Knut.

Bjorn sonrió. El rostro de la joven se había tornado escarlata y sus ojos despedían fuego. Estaba celosa por lo que había dicho Knut.

—Decidle cómo es mi vida en la aldea y cuántas féminas hay alrededor de mi —dijo

mirándola a los ojos. Knut se acercó a ella.

—Es el más cascarrabias de la aldea y ninguna le aguanta el humor que tiene. Sus compañeras son... —Le señaló su espada—. Bueno, y nosotros dos.

—Me tengo que ir. Astrid me espera. —Svava sabía que Bjorn estaba plantado en medio de la choza mirándola totalmente embrujado. Cuando estaba en la puerta se giró—. Guerrero, me encanta tu humor y me alegro de que ninguna te soporte. —Salió dejando a los tres hombres perplejos.

—Vaya con la guerrera, me parece Bjorn que lo ha dejado bastante claro —dijo Knut.

—No salgo de mi asombro con esta mujer. Cada vez me sorprende más y...

—Está enamorada de ti y tú también de ella.

La voz de Knut resonó en sus oídos.

¿Podría ser que lo que no había conseguido ninguna mujer de su aldea lo hubiera conseguido esa pequeña joven terca, fuerte y sensible en unos días?

—Bueno, dejadla en paz. Thorkell, ¿qué tal te fue anoche? —Bjorn se dio cuenta de que su amigo estaba callado y serio—. Ya veo que fue una situación difícil, no hace falta que nos cuentes nada.

—Intenté no hacerle daño y...le dije que me tocara, pero no estaba preparado para que su toque me gustara y... —los otros dos lo miraban sorprendidos—. Me derramé en ella con una sensación que nunca había tenido.

—Y... ¿Quién será tu amante secreta? —preguntó Bjorn intrigado, su amigo se encogió de hombros.

—Era imposible apreciar algo en la casi oscuridad que reinaba en la choza.

—Tendremos que averiguarlo, porque ella sí sabe quién eres tú.

Cuando salieron a la luz del día observaron que los materiales estaban amontonados cerca de la cabaña de las afueras. Tendrían que llevar las cosas al barco.

Svava entró en la tienda de Astrid y la buscó con los ojos, no estaba. La esperaría allí; el sentir a Bjorn junto a ella toda la noche la había dejado algo nerviosa, y sobre todo al saber que no tenía a nadie que lo esperara. Algo muy grande empezaba a sentir por ese hombre, le había gustado la sensación de su brazo alrededor de su cintura y la calidez que desprendía su cuerpo. Se había sentido segura y hacía tiempo que no se sentía tan bien.

Astrid estaba bañándose, no es que quisiera borrar de su piel el recuerdo del contacto con Thorkell; al revés, quería expulsar todos los nervios acumulados esa noche.

Jamás había imaginado que su toque despertaría en ella ese fuego. Nadaba en las cristalinas aguas, sus ropas descansaban cerca de la orilla. El barco de los vikingos estaba varado cerca de la arena, y cuando lo arreglaran se irían.

Unas voces la sacaron de sus pensamientos y enmudeció al ver que se acercaban al barco. Thorkell encabezaba la fila, iba cargado de fardos y cosas; se dirigían al barco.

No podía salir, si lo hacía la verían. Estaba pensando en lo que iba a hacer cuando sintió la mirada gris clavada en ella. Oyó como decía algo y los otros dos se alejaron en dirección al bosque. Él se acercó hasta donde estaba ella.

—¿No será malo bañarte para las heridas?

—Es bueno, así curan antes. Si te giras saldré y... ¿Qué haces? —Astrid lo miraba sorprendida, pues se estaba quitando la ropa y la dejaba junto a la suya.

—¿No es obvio? Me voy a bañar contigo. —Thorkell lo dijo tan serio que lo creyó; cuando se quitó la túnica y descubrió su pecho, no pudo evitar quedarse mirándolo.

Ya que durante la noche no lo había podido ver, ahora a la luz del día se daba cuenta de que le gustaba mirar su cuerpo. Los pantalones cayeron, debajo llevaba una especie de calzón largo.

—Por *Odín*, no hace falta que te quites más ropa. Yo llevo una camisola, no suelo bañarme desnuda y... —dijo Astrid nerviosa.

La imagen de ella bañándose desnuda fue un delirio para la mente de Thorkell. Se metió en esas tranquilas aguas, no estaban tan frías como en su aldea.

—El agua es cálida, en mi aldea está muy fría. Es realmente agradable. —Thorkell se sumergió.

Astrid se asustó por unos instantes al ver que no salía, pero cuando lo hizo estaba muy cerca de ella. Con el pelo mojado estaba más guapo todavía.

—Veo que vais a arreglar el barco.

—Queremos tenerlo pronto e irnos cuanto antes. La seguridad de Harald está en peligro y tenemos que decirle lo que hemos averiguado.

Ninguno de los dos nombró lo que había pasado la noche anterior. Ella porque no quería volver a recordar lo que había sentido y él porque había estado pensando en ella mientras estaba con esa mujer.

Para olvidarse un poco de eso, Thorkell empezó a nadar. Sus brazos se metían una y otra vez en el mar con perfección, sentía la mirada de Astrid sobre su cuerpo.

—Tu amiga estuvo anoche con Bjorn.



Suspiró largamente, mejor así, Svava podría haber intentado detenerla y así no hizo nada.

—Me parece que se gustan.

—Y tú, ¿qué sientes? —Thorkell se acercó a ella demasiado.

—¿Yo?, que si nos ven estoy metida en un lío otra vez —dijo de forma sincera Astrid.

La franqueza de ella lo sacó de la ensoñación y nadó hacia la orilla. Al ver que se iba se sintió sola y no le gustó la sensación, él estaba casi en la orilla.

—Espera, Thorkell.

Al oír que lo llamaba por su nombre le hirvió la sangre y se giró. Astrid estaba saliendo del agua; la camisola que llevaba se adhería a cada curva de su piel de una forma sensual.

—¿Qué quieres? Me voy, tengo mucho trabajo.

—No me has dejado acabar, me encantan los líos, sobre todo si tú estás en ellos.

Thorkell la miró y vio como se dibujaba en su rostro una tímida sonrisa, se mordió el labio y ya no pudo pensar más.

Se acercó a ella y la abrazó contra su cuerpo. Astrid sentía los latidos del corazón del hombre. Estaban tan juntos que no podía ni respirar. Alzó la cabeza hasta él para poder besarlo, las olas del mar rompían en sus piernas y ellos estaban ajenos a todo lo que no fuera ese beso y las sensaciones que en ellos despertaba.

Thorkell se sintió embriagado de deseo, necesitaba poseerla allí mismo, en la playa. Quería sentir sus gemidos y hacerla volar de placer. Pero se conformó con saborearla, hundió su lengua en esa preciosa boca y ella se abandonó por completo a esa sensación. Le pasó los brazos por el cuello y se agarró a él para no soltarse.

Astrid comenzó a sentir algo que presionaba contra ella, algo duro y caliente que crecía contra su cuerpo, pero no se asustó porque estaba con él.

Se dio cuenta de que su cuerpo pedía más y se apartó de ella poco a poco, ella lo miró decepcionada.

—¿Pasa algo malo? —dijo Astrid tratando de recobrar la calma.

Por *Odin*, esa inocencia lo atraía cada vez más.

—No, solo es que... —Ella enarcó una ceja y ese gesto lo volvió loco—. Te deseo y no puedo seguir ocultándolo. Yo...

Astrid observó cómo temblaba. Se dio cuenta de que esa parte de él tan masculina había crecido y que la miraba con ojos cargados de deseo. Por *Freyja*, lo que quería era yacer con ella y ella se moría por él. Por sentirse de nuevo llena de su esencia y de su masculinidad.

Pero no podían hacer nada, si los pillaban eran capaces de matarlo y no quería ni pensar en perderlo.

—Pensaré la forma en que podamos estar juntos. Yo también te deseo, nunca he sentido lo que siento cuando estás cerca de mí. Pero ahora debo irme.

Él asintió y los dos anduvieron hasta sus ropas.

Una sombra los observaba escondida entre los árboles. No era posible, su líder y ese vikingo. Ahora sí que iba a dar la señal para que esos hombres volvieran, pero les había dicho la última vez que hicieran el varado en la playa de detrás. Había muchas rocas y era peligroso, pero ellas por ahí no tenían vigilancia y sería un ataque sorpresa esta vez.

Cuando se fueron de la playa, se acercó a la torre del vigía y ágilmente subió. Con un espejo empezó a hacer señales; al rato, un haz de luz le respondió. Esos hombres le habían dado el preciado objeto que la había maravillado. En unas horas atacarían y ella sería libre de irse lejos de ese lugar.

Knut preparaba las tablas para arreglar el barco, la vela también se había partido y necesitarían remendarla. Le extrañó sentir el ruido de algo golpeando y se acercó hasta una fragua un poco hosca, donde una mujer trabajaba el metal.

Sus armas eran muy rudimentarias y él, aunque sabía poco, aún recordaba las lecciones que su padre le intentaba inculcar para que lo sucediera.

—¿Qué haces aquí? No puedes estar en esta parte de la aldea.

—Puedo ayudaros a mejorar las armas, mi padre es herrero y conozco un poco el oficio —dijo Knut seguro de sí mismo.

La mujer lo miró, si mejoraban las armas estarían más seguras si esos endemoniados hombres volvían a atacarlas.

—Antes tenemos que hablar con Araidan, ella debe saber lo que nos puede ayudar tu ofrecimiento.

La jefa no se negó, porque así serían más fuertes, le dijo que podía ayudar.

Thorkell y Bjorn se sorprendieron al verlo en la fragua, sabían que no le gustaba y se acercaron.

—¿Qué haces?

—Voy a enseñarles a temprar el acero para que hagan armas más resistentes y fuertes —informó Knut a sus amigos—. Las maderas del barco las he dejado junto a la choza, pero la vela está rota y hay que intentar remendarla.

—Dudo que estas mujeres sepan coser —dijo Bjorn algo preocupado. Tenían un problema,

pues sin la vela, el barco no navegaría.

—La joven Svava, su abuela sabía hacerlo, preguntadle a ella —informó la mujer de la fragua.

Bjorn sonrió, esa muchacha era un pozo de sorpresas.

—Ve a ver si nos puede ayudar, pide permiso a la jefa. Yo voy a llevar las maderas al barco —dispuso Thorkell. Sus amigos le obedecían sin preguntar y entre los tres formaban un gran equipo.

Araidan vio a Svava al entrar a la choza. Estaba sentada con las piernas cruzadas y estaba pensativa.

—Svava, ¿y mi hija?

—No lo sé, la estoy esperando. Quiero saber cómo está.

—He estado pensando en ti y me parece que tú también tienes que quedar encinta antes de que esos hombres se vayan y...

—No, no permitiré que sea así. Yo quiero...que sea como me contó mi abuela. —sentenció la joven negándose a vender su cuerpo de esa forma.

—Svava, no estarás traicionando a tu pueblo, ¿verdad?

—Serviré a mi pueblo como una guerrera más, pero mi cuerpo no sufrirá esa vejación —aclaró sin ningún miedo.

—Si no acatas la orden, serás castigada.

Svava se levantó y se irguió ante esa fría mujer.

—Pues espero el castigo, porque no voy a cambiar de parecer.

—Por *Odín* que esos hombres os han cambiado. —Araidan salió de la choza para llamar a Mirta y observó a Astrid y al guerrero rubio que se acercaban—. Serás castigada por no respetar las normas.

Mirta entró en la choza y agarró a Svava. Astrid observó a Mirta entrar en la choza de su madre y pensó lo peor. Bjorn se acercó a ella.

—¿Has visto a Svava? Queremos pedirle a tu madre que deje que nos ayude con la vela y...

No pudieron seguir hablando, porque en ese momento salieron de la choza Mirta con Svava cogida del brazo. Astrid se acercó a ella.

—Madre, ¿qué pasa? ¿Qué vas a hacer con Svava? —preguntó preocupada por su mejor amiga.

—Se ha negado a acatar la ley y vamos a castigarla —dijo Araidan furiosa.

Astrid sintió que se derrumbaba. Svava miró a Bjorn con todo el amor que sentía por él.

—Me niego a que la castigéis de esa forma tan salvaje —dijo el hombre mirando a la reina con furia.

—Vosotros no estáis aquí para opinar sobre nuestras leyes. —Araidan pensó rápidamente, podría castigar al hombre para hacer que sus mujeres se tranquilizaran y siguieran respetando las normas. Dio una orden a Mirta, esta soltó a Svava y se acercó al guerrero. Le plantó el cuchillo en la garganta.

—Me parece que te vamos a castigar a ti por poner en contra de la tradición a una guerrera —informó Araidan de forma fría.

Svava abrió los ojos desmesuradamente y se puso delante del cuerpo de él.

—Svava, quítate de en medio, es lo mejor. No soportaría ver cómo... —dijo Bjorn enfadado.

Svava se apartó y vio cómo lo ataban al tronco donde días atrás había estado su amiga. No soportaría que lastimaran a Bjorn.

Thorkell y Knut se acercaron al oír el jaleo y, cuando vieron a su amigo atado al tronco, sus rostros se llenaron de rabia.

—No podéis castigarlo de esa manera —gritaron al unísono.

—Svava puede salvarlo. Solo tiene que acatar la ley —aclaró Araidan mirando a los hombres con rudeza.

—Es una ley fría y dura, las relaciones entre hombres y mujeres no tienen por qué ser así. —Thorkell miró a la jefa retándola.

Svava salió de la choza con la espada de Bjorn, era muy grande y casi no podía con ella.

—La que se atreva a hacerle algo se las verá conmigo. —Alzó la espada vikinga y todas la miraron con algo de miedo.

A lo lejos, un rumor de voces se acercaba a ellas; todos enmudecieron al observar que los suecos estaban en medio de la aldea y su aspecto era mucho más terrorífico que las otras veces.

## Capítulo 13

Astrid reaccionó enseguida y entró en la choza a por las armas. No podía dejar a los hombres indefensos y cogió sus espadas. Cuando salió, los suecos se acercaban a ellas blandiendo las espadas y las hachas.

¿De dónde habían salido? No se habían dado cuenta, la vigía no había avisado porque venían de la otra parte de la isla. Se habían aventurado a parar aun habiendo rocas que podrían destruir sus barcos.

Se cruzó con la mirada de su madre, pero no le hizo caso. Buscó a Thorkell, estaba junto a Svava y trataban de desatar a Bjorn.

—¡Quitaros de ahí! —Astrid cortó las cuerdas que mantenían al hombre atado y miró a Thorkell—. Toma, la vas a necesitar. —Le tendió su espada y este la agarró con veneración—. Ten cuidado, por favor.

—Tú también por favor, tenemos algo pendiente —dijo besándola de forma rápida para ponerse en posición de defensa mientras vigilaba dónde se encontraban sus amigos.

Svava dio a Bjorn su espada y este, al cogerla, la acercó a él y la besó con un beso rápido.

—Ya hablaremos, pequeña. Ten cuidado.

Svava suspiró y observó cómo Astrid tensaba el arco, a una orden de ella varias arqueras dispararon y acertaron.

Los hombres las miraban sorprendidos, ellos carecían de un ejército a caballo y de arqueros; según su creencia, la muerte era más digna si se luchaba con espada. Se lanzaron hacia esos suecos y se dieron cuenta de que enarbolaban la bandera de uno de los reinos de Noruega, serían renegados que no querían el control de Harald ni que Noruega fuera una.

El cuerpo a cuerpo fue brutal, eran guerreros y estaban acostumbrados a las luchas, pero esos hombres eran poderosos.

Araidan observaba a los hombres luchar por... ¿Ayudarlas? Algo había visto en las miradas de esos hombres. ¿Podría ser que respetaran a su hija y a Svava? Sabía que estaban luchando por ellas y ese sentimiento casi olvidado encendió una pequeña chispa en el casi oscuro corazón de la mujer. De pronto recordó algunas cosas que había relegado en su mente y se sintió dividida.

Esos malditos vikingos eran un problema para ellos. Deberían dejar esas islas bajo el dominio de esas mujeres y dedicarse a conquistar otros sitios.

Skulda luchaba contra el gigante rubio y estaba casi vencido, era un fiero guerrero y se asemejaba a un *berseker*. Miraba a la mujer que los había ayudado, les había dado una señal y les

había dicho por dónde atacar, pero al final eran más fuertes que ellos. Se irían, pero la mujer tendría su muerte por engañarlos.

Le hizo una seña a otro hombre para que luchara contra Bjorn y se acercó a la mujer, estaba indefensa y le clavó la espada. Thorkell vio al hombre herir a una mujer y no se lo pensó, cargó contra él con todo el odio que sentía y se enfrascaron en una lucha.

Las espadas chocaban en un estridente ruido y los dos hombres daban golpes certeros; en uno de ellos Thorkell se agachó y, cuando se iba a levantar, una hoja de acero se clavó en su abdomen. El otro no lo remató porque sonó el cuerno para que se retiraran, dejarían esas tierras en manos de esas mujeres porque era imposible conquistarlas. Eran como las *valquirias* y todos sabían que ellas eran invencibles.

Thorkell se tocó la herida y cayó, sintiendo que todo se volvía negro a su alrededor. Astrid vio que caía y algo dentro de ella se hizo pedazos; no podía ser, no podía perderlo ahora que se habían encontrado y sabían lo que empezaban a sentir el uno por el otro.

Se acercó a él e intentó levantarlo, pero su cuerpo laxo era imposible de menearlo. Unos fuertes brazos alzaron su cuerpo y unos ojos azules la miraron preocupados.

Lo llevaron a su choza y, al levantar la camisa, observaron la herida; era pequeña pero profunda. Knut acercó la bolsa que llevaban con ellos de Hellora.

—Por *Thor*, no puede ser, él no... —sollozó Astrid presa del miedo.

Svava se acercó a ella para tranquilizarla.

—Astrid, estoy bien..., ha sido solo un rasguño —dijo Thorkell casi sin voz.

—Pensé lo peor. —Se acercó al oírlo hablar y lo abrazó.

—Tranquila, Knut sabe lo que hace, no es la primera vez que nos cura las heridas. —Bjorn intentó calmarla.

Svava miraba a su amiga con lágrimas en los ojos, si algo le hubiera pasado a Bjorn ella no lo habría superado.

Bjorn se acercó a la joven y le cogió el mentón con dulzura.

—Me parece que me debes una explicación de lo que ha pasado. ¿Por qué querían castigarte?

Ella lo miró a los ojos, no podía ocultarle lo que sentía por él y decidió ser sincera.

—Porque no quería yacer con... —dijo Svava con la mirada baja.

Thorkell la oyó y la sangre se le heló en las venas.

—¿Eras tú, Svava?

Ella negó con la cabeza, mirando a su amiga.

—No, pero la jefa quería obligarme y yo le dije que no lo haría porque... —Miró a Bjorn a los ojos—. Porque te amo, guerrero.

Esa sencilla declaración derribó todas las defensas del hombre, que se acercó a ella y la abrazó contra él. Había tenido miedo por ella y por él, porque también la quería. La alejó un poco de sus amigos y la miró.

—Yo también te amo, pequeñaja. He tenido tanto miedo por ti. No quería que nada malo te pasara. Por *Freyja*, eres mi vida. Sin ti no soy nada.

Svava se lanzó hacia su cuello y sus bocas se juntaron en un beso cargado de promesas. Pional, fuerte y decidido, así era su guerrero y así lo amaba.

Thorkell los miraba alegre, por fin su amigo encontraba la felicidad. Astrid lo miró.

—Voy a ver a mi madre, quiero saber por qué mataron a esa mujer.

—Ten cuidado, por favor. —Ella asintió y salió.

La aldea era un caos, las mujeres estaban nerviosas. Encontró a su madre hablando con Skulda y Hist.

—¿Porqué han matado a Raida?

—Parece ser que estaba aliada con ellos, tenía que avisarles del momento para atacarnos. Hicieron costa en la parte trasera de la isla aun sabiendo que era peligroso. ¿Cómo está el hombre?

—Bien, ha sido una herida leve.

—Quiero que sepas que no me arrepiento de nada, lo único que me importa es la supervivencia del pueblo. Esos hombres se irán enseguida y con ellos se marcharán también los problemas —dijo Araidan convencida.

Astrid lo dudaba, ella ya no era la misma persona. Había cambiado desde que conocía a Thorkell y le parecía que se estaba enamorando de él.

—Antes de que se vayan me gustaría que yacieras con él de nuevo para asegurarnos de que su simiente queda arraigada en tu interior.

—Como desees madre. Pero...

—Cuando se recupere, y luego se marcharán.

Astrid no quería discutir con su madre, pero estaba decidida. Esa nueva oportunidad de estar con él no iba a ser como la primera, esta vez se iban a amar como en las historias que le contaba Svava.

—Ah, no te voy a castigar por haberles dado las armas. Estábamos en peligro y fueron de gran ayuda, pero las armas que las devuelvan.

Pasaron unos días sin verse. Astrid sopesaba las cosas, Svava le contaba que se iba a ir con ellos. Quería vivir con Bjorn en su tierra y quería que ella fuera con ellos. Svava sabía que, para su amiga, era un gran dilema, era su madre.

Llegó la noche en la que debía volver a estar con Thorkell, se preparó como la vez anterior y entró en la choza. Otra vez estaba esperándola. Para él era una nueva odisea cumplir con el trato, pero ya casi tenían el barco. En pocos días podían zarpar, pero no podía dejar de pensar en que quería estar con Astrid.

La mujer entró en la estancia y se sentó en la cama. Mil emociones recorrían el cuerpo y la mente de Astrid, observando cómo él la miraba.

—No debes tener miedo, no te haré daño. No sé quién eres, pero tengo que decirte que no puedo evitar estar contigo y pensar en otra.

La declaración hizo que Astrid sonriera. Se llevó las manos hacia el pañuelo que cubría su rostro, esta vez iba a ser diferente.

Thorkell observó cómo la mujer empezaba a desatarse el nudo del pañuelo. ¿Se iba a descubrir ante él? Por un momento acudió a su mente la imagen de Astrid en la playa. Cuando el pañuelo cayó al suelo y unos conocidos ojos verdes lo miraron con timidez, se sintió el hombre más feliz del mundo. Se arrodilló frente a ella y hundió la cabeza en su regazo.

—Rezaba a los dioses porque fueras tú. Lo único de lo que me arrepiento es de haberte tomado de esa forma y... —susurró emocionado.

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Para mí sentirte dentro fue lo más maravilloso que he sentido nunca. Solo quería que nuestro último encuentro no fuera igual.

El último encuentro, las palabras se clavaron en el corazón de Thorkell como pequeños alfileres. Pero disfrutaría de esa oportunidad y se quedaría anclada en su memoria para siempre. Porque no podría amar a otra mujer jamás.

Se fundieron en un beso que dejó a Astrid asfixiada y mareada, sentirlo cerca de ella era lo mejor del mundo. Le iba a resultar difícil dejarlo marchar.

Sintió sus manos acariciando su cuerpo y la túnica desapareció dejándola desnuda e indefensa ante él. Intentó taparse, pero él no la dejó.

—Déjame disfrutar de tu belleza, permíteme que te contemple. Aquella vez en la playa,



cuando vi cómo se adhería esa camisola a tu cuerpo, creí que me volvía loco de deseo; esta vez te tengo y no voy a dejarte escapar. —Sus labios se posaron en su cuello y fue dándole pequeños besos hasta que llegó a sus pechos, erguidos y llenos por el deseo que sentía—. Voy a enseñarte lo que es sentir placer y...

—¿Se puede sentir más que la otra vez?

—Ah, mi guerrera, eso no fue nada en comparación con lo de hoy. —Se llevó a la boca un pezón y sintió cómo el cuerpo de Astrid se arqueaba en una ola de placer, sus pequeños gemidos pronto inundaron la estancia y los sofocó con un beso. Se hundió en ella y la lengua se paseó por su boca incitándola para que respondiera.

Las sensaciones se multiplicaban, lo sentía por todas partes y se abandonó a ese beso. Sus manos anduvieron hacia su ropa y pronto lo despojó de la camisa para acariciarlo de forma ávida.

—Acaríciame como lo has hecho tantas veces con tus ojos.

Astrid dejó a un lado la timidez y se dedicó a saborear a ese hombre que la volvía loca con sus caricias. Sus manos recorrieron todo el torso del hombre sin dejarse un milímetro de piel por tocar. Cuando bajó hasta la cinturilla del pantalón lo miró y le quitó el cinturón que llevaba. Su miembro parecía dispuesto, estaba hinchado y su mano lo acarició y se sorprendió al sentirlo suave y caliente entre sus manos.

—Ya, Astrid. Para, o no voy a poder estar a la altura y...

—Estás a la altura, solo quería verlo. El día de la playa lo sentí y me encantó la sensación.

—Me encanta la forma en que lo acaricias.

—¿Te da placer? —él asintió, su inocencia lo inflamaba más todavía.

—Pero no sigas, si no me derramaré fuera de ti, y por los dioses que quiero hundirme en tu interior.

—Yo también lo deseo...

—Aún no, tenemos toda la noche para nosotros. —Thorkell se entretuvo de nuevo con sus pechos. Saboreó sus pezones como si se tratara de un manjar delicioso y observó cómo ella se estremecía de placer—. Me encanta cuando gimes.

Astrid estaba sorprendida, jamás se imaginó que fuera a ser así. Le encantaba sentir a Thorkell y le gustaba saber cuánto le afectaba su toque. Lo había sentido delicioso, todo su poder y su fuerza alerta solo para ella. Se sentía amada y deseada y esa sensación le gustaba más de lo que había imaginado.

Thorkell bajó sus labios hasta su vientre liso y suave y depositó en él una multitud de besos.

Llevó su mano hacia su centro y la empezó a acariciar como la primera vez, pero en esta ocasión se aventuró a introducirle un dedo para ver su respuesta. Se arqueó de una forma tan violenta que lo dejó perplejo.

—Me encanta cómo respondes a mí.

—Me encanta cómo me acaricias.

—Ya no puedo esperar más, ¿estás bien?

Ella asintió y él se hundió en la profundidad de su ser con un gruñido de placer, era una sensación tan deliciosa. Sus cuerpos se empezaron a mover como si fueran uno. Astrid le acompañaba de una forma que no se lo había esperado. La pasión de ella era como la de él.

Astrid lo sentía dentro de ella y no quería que terminara nunca. Pronto se fundieron en una danza tan antigua como el sol y estallaron en un clímax poderoso y deseado. Sus cuerpos temblaron por el placer que habían sentido. Thorkell la abrazó sobre su pecho y ella se acurrucó.

—¿Estás bien?

—Umm.....

—Esa respuesta es muy explícita. Deduzco que estás bien.

—Bien no, ha sido maravilloso. Jamás habría pensado que esto fuera así.

—Pues es mucho mejor cada vez que...

—¿Mejor? —la carcajada de él reverberó en toda la estancia.

—Sí, cada vez mejor. ¿En qué piensas? —Ella alzó su cabeza y lo miró con los ojos cuajados de pasión y de amor.

—Es posible que esta noche... podamos volver a...

—Sí, ¿quieres que te vuelva a amar?

Ella asintió y él la abrazó sintiendo que su pasión retornaba. Se volvieron a amar y Astrid comprobó que decía la verdad. Había sido mejor que el anterior. Se quedaron dormidos con sus cuerpos entrelazados.

El alba los encontró en un fiel abrazo. Astrid se despertó y se movió y el hombre se despertó abrazándola.

—Te tienes que ir, si no se imaginarán algo. No tienen que saber nada, si no me castigarán de nuevo.

—Un rato más.

—Venga, enseguida vendrán a por mí.

Thorkell se levantó y Astrid admiró su desnudez; sus hombros eran anchos, sus caderas estrechas y su abdomen liso; sus piernas musculosas.

—¿Te gusta lo que ves? —ella asintió—. Pues deja de mirarme así si no quieres que volvamos a empezar y nos encontren... —Comenzó a vestirse mientras la miraba seriamente—. Sabes que nos tenemos que ir pronto, ¿no? Tu amiga tiene claro que se viene con nosotros. ¿Quieres venirte conmigo?

—No puedo abandonar a mi madre con el peligro de los suecos.

—En cuanto vea a Harald, lo resolveré. No dejaré que los rebeldes hagan maldades e intenten conquistar territorios noruegos. Debe saber que los caudillos que no le son fieles se han exiliado a Islandia y se han unido a los suecos.

—Se avecina entonces una guerra. —Astrid tembló al ver que él asentía—. Razón de más para no dejar a mi madre sola, Svava no tiene a nadie y...

—Astrid, ¿y el hombre?

Ella le hizo una señal, se levantó y se asomó a la puerta.

—Me he dormido, el hombre se fue enseguida.

—Tu madre quiere verte en cuanto te vistas —Astrid se dio cuenta de que llevaba la túnica mal puesta.

—No he dormido bien...

—Ya, es difícil y frío cumplir con la obligación. Que la gran *Freyja* te honre con la vida de una fuerte niña.

Astrid entró, Thorkell la observaba.

—¿Qué ha querido decir con lo de una hija fuerte?

—Pues eso, que me ha deseado que tu simiente crezca en mi interior y...

—Tenemos que hablar de eso —dijo muy serio, no le había gustado el comentario.

—Ahora no puedo, debo ver a mi madre, más tarde nos veremos.

## Capítulo 14

Thorkell salió por detrás para que nadie lo viera, sus amigos estaban dando las últimas pasadas al barco. Svava había cosido la vela y la madera la habían pintado con aceite para que el agua no la calase. Knut sonrió al verlo.

—Me parece que este encuentro ha sido distinto.

—La mujer era Astrid, se descubrió y...

—No nos des detalles, nos imaginamos lo que sucedió. El barco está listo para zarpar, necesitamos algunas provisiones para llegar.

—Hablaré con la jefa y se lo pediré. Svava está decidida a venir con nosotros —dijo Bjorn. Thorkell miró a su amigo.

—Sé lo que sientes por ella, pero me gustaría que se quedara con Astrid. Cuando Harald sepa las noticias que le llevamos y hayamos concluido nuestra misión, volveremos a buscarlas. No nos llevará más de dos semanas ir a hablar con él y volver. —Thorkell sabía el dolor que estaba infligiendo a su amigo, pero debían estar las dos juntas.

Bjorn se quedó cabizbajo, entendía a su amigo. Tenía miedo por Astrid pero...

—Hablaré con ella para que se quede.

La joven, desde que había dicho que lo amaba, estaba con ellos. Las mujeres del clan la miraban como si fuera una traidora y eso le dolía por ella. Entró en la choza, estaba cosiendo un vestido más largo para llevarlo puesto cuando se fueran.

—¿Ya habéis terminado?

—El barco está listo, ha llegado Thorkell. Astrid le ha dicho que era ella la mujer. —La joven alzó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Bien por ella, ama a tu amigo, aunque aún no se ha dado cuenta.

—Nos iremos en un día, cargaremos provisiones y nos iremos. Pero no puedes venir con nosotros.

Svava lo miró con lágrimas en los ojos, eso le rompió el corazón a Bjorn.

—¿No quieres que vaya contigo? —él se acercó a ella.

—Jamás dudes de mi amor, pero hay una persona a la que debes proteger. Astrid. Puede que esté embarazada y Thorkell teme por ella si se queda sola. —Svava asintió.

—Lo entiendo, yo no lo soportaría si le pasara algo. Me quedaré guerrero, pero espero que volváis a buscarnos.

—En cuanto cumplamos con nuestra misión volveremos y...

—Pero no te voy a dejar ir así, me tienes que dar algo a cambio.

Bjorn enarcó una ceja, extrañado.

—¿Y qué quieres, mujer? —ella lo miró con una sonrisa pícaro.

—Que me ames, quiero que tu simiente quede impregnada en mi interior.

—Cada vez me sorprendes más, ¿estás segura?

—Mi abuela me contaba muchas cosas y quiero que me enseñes para ver si eran reales.

Deseo...

—No sigas pequeña, nada más que con tus palabras me inflamas. Esta noche nos iremos al bosque y...

—No, en la choza de la linde.

—¿Allí? ¿Seguro? Nos pueden sorprender.

—No, no va nadie nunca por allí. Estaremos seguros y aislados de todo.

Él se acercó y besó su cuello.

—Eres una granuja, quédate aquí. Voy a avisar a Thorkell, ¿no te harán nada?

—No se atreverán, ve. Te espero.

Cuando él salió, llegó Astrid y las dos jóvenes se pusieron a hablar.

—Amiga, es todo como tú decías o quizás más. Cada vez que te unes es mejor. Es un placer que parece asfixiarte o desmayarte. Me parece que estoy enamorada de él.

—Bien, ha venido Bjorn y me ha dicho que me quede contigo cuando se vayan. Thorkell tiene miedo por ti. Te ama, Astrid, estoy segura.

—Pero...tu quieres irte con Bjorn, no es justo que te quedes por mi culpa.

—Volverán a por nosotras. Además, le he dicho a Bjorn que tenemos que yacer juntos antes de que se vaya, ese es mi deseo antes de que se marche, quiero sentir las cosas que me contaba mi abuela.

—¿Sabes que los suecos pueden atacarnos en su ausencia? —Svava asintió.

—Somos guerreras fuertes y podemos repeler su ataque.

—Eso espero. ¿Dónde vas a ir con Bjorn?

—A la misma choza que tú. No creo que nadie vaya allí. En un día se irán.

—Bien, intentaré que no haya nadie por ahí. Voy a ver a mi madre. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Astrid.

En la choza, su madre hablaba con Skulda y Hist.

—Tenemos que castigar la traición de Svava.

—No os atreveréis a hacerle nada. Cuando los hombres se vayan, los suecos pueden atacarnos y debemos estar unidas para poder hacerles frente. Además, el guerrero volverá a por ella cuando cumpla con su misión. Si le hacéis algo es capaz de venir con un barco y matarnos a todas. — Astrid sabía que su madre pensaba, estaba bien, si tenían algo de miedo la dejarían tranquila.

—Por ahora la dejaremos, porque estamos en peligro y nos puede ser de ayuda. Pero luego tendremos que hablar con ella. El hombre, ¿cumplió? —ella asintió—. Es muy importante que en tu vientre crezca la futura líder del clan, ¿lo entiendes, verdad?

—Sí, madre. —Astrid se abstuvo de decirle algunas cosas más, cuando llegara el momento lo haría—. ¿Sabes que los hombres se irán en un día?

—Su jefe vino a verme temprano para pedirme provisiones para el viaje, le dije que le daríamos lo que necesitaran.

Thorkell estaba dando la última revisión al barco. Había hablado con la jefa para pedirle provisiones y le había dicho que les darían lo que pidieran. Se tenían que ir, el clan dependía de ellos y Harald necesitaba las noticias que llevaban para seguir con la lucha. Pero ahora no quería dejar a Astrid, sentía algo por ella, algo muy fuerte que nunca había sentido.

El barco estaba listo y fue a avisar a los otros para que empezaran a cargar cosas. Unas mujeres pasaron por su lado y la conversación que llevaban le interesó.

—Araidan rezará a los dioses para que su hija alumbré a una niña.

—No quiero ni pensar que hará si es niño.

—De esa mujer me espero cualquier cosa, odia a los hombres más que a nada en el mundo.

El corazón de Thorkell se disparó al oír semejante atrocidad. Se acercó hasta donde se encontraba Svava.

—Quiero que vayas a llamar a Astrid, he oído algo y me gustaría que me explicara algunas cosas.

La joven se sorprendió por la voz que había empleado el hombre. Salió disparada hacia la choza y entró por detrás. Astrid estaba revisando su arco y al verla se sorprendió.

—Thorkell quiere hablar contigo, algo ha oído que lo ha enfadado.

—Vamos, no sé qué es lo que querrá.

Thorkell se paseaba por la choza nervioso, era capaz de estrangular a alguien. Knut y Bjorn entraron y al verlo se quedaron parados.

—¿Qué sucede?

Thorkell les contó lo que había oído y estos abrieron los ojos sorprendidos también.

—Serán salvajes, he enviado a Svava para que traiga a Astrid y nos cuenten lo que pasa.

—¿Lo que pasa con qué? —Preguntó extrañada por esa repentina furia.

Thorkell se giró para verla en la puerta y se acercó a ella furioso.

—¿Qué hacéis con los niños? —Astrid se puso blanca, ¿cómo sabía eso?—. Por casualidad oí hablar a unas mujeres. ¿No pensabas contarme nada?

—Normalmente los niños que nacen en la aldea se los llevan los mismos hombres que vienen a fecundarnos. Solo nos quedamos con las niñas.

—¿Y si llevas en tu vientre a nuestro hijo?

Astrid se sorprendió. ¿Había dicho nuestro hijo?

—Jamás entregaré a mi hijo a nadie. ¿Me oyes? Jamás, antes tendrán que matarme y...— expuso la joven furiosa.

—Tranquila, no dejaré que te hagan daño ni a ti ni a mi hijo. Porque es de los dos, ¿no? —dijo acariciando su mejilla.

Ella alzó la vista con los ojos anegados en lágrimas y asintió.

—Es de los dos. Lo cuidaré con mi vida y...

—Deja tu vida tranquila, no quiero que te pase nada. —Thorkell la abrazó fuerte contra su pecho y ella ahogó un sollozo.

Todos habían presenciado la escena y Bjorn se llevó a Svava aparte.

—¿Tampoco me lo querías contar?

—¿Qué te tenía que contar?, hace tiempo que aborrezco esa ley y... —Lo miró a los ojos— ...si tu simiente engendra una vida en mi cuerpo, nadie me va a separar de ella, aunque sea un niño, ya que lo amaré tanto como amo a su padre.

Bjorn la abrazó.

—Y serás una madre maravillosa y una esposa extraordinaria.

—¿Cuándo me has pedido que me una a ti?

—Te lo estoy pidiendo ahora. ¿Quieres unirme a mí?

—Es lo que más deseo, guerrero.

—Tu vida va a cambiar, pequeña. —Ella sonrió y se estiró para besarlo.

—Bésame, guerrero, que no llevo. —La carcajada de Bjorn reverberó por toda la choza.

Svava se acordó de algo y paró el beso de golpe.

—Además, me has prometido que enseguida vendréis a por nosotras.

—Sí, bruja, antes de que te des cuenta estaremos de vuelta.

Los otros los miraban sonriendo. Thorkell ya no estaba tan enfadado. Astrid continuaba en sus brazos y así quería que fuera para siempre. La arrastró lejos de las miradas y los oídos de sus amigos.

—Escucha, no quiero dejarte sola pero tengo que cumplir con la misión. Mi clan está también en peligro.

—No me gustaría que pasara nada malo.

—Hay muchos guerreros para defenderlos, pero...no quiero ni pensarlo —dijo Thorkell presa del pánico.

—Estarán bien, siempre he oído que los clanes noruegos son fuertes. —Astrid se daba cuenta del dolor que sentía por sus seres queridos.

—¿Dónde lo has oído?

—Una vez, hace mucho tiempo, yo era una cría y unos hombres vinieron a..., ya sabes, y contaron que los noruegos eran fuertes y que sus barcos eran los más rápidos.

—Puede que sea así, pero también tenemos honor. Cuando prometemos algo lo cumplimos aunque nos vaya la vida en ello.

—¿Según qué clase de promesas?

—Sí, según la promesa. Pero déjame hablar mujer, esto no se me da muy bien. Nunca... he expresado estas cosas a nadie y...

—Pues habla claro, vikingo.

Thorkell la acercó a él y la besó con fuerza.

—No sabes lo que me gusta que me llames así. Escucha, este vikingo te promete volver a por ti y a por Svava; te pido que te cuides porque volveré. Y me gustaría que algún día seas mi compañera y nuestro hijo sea el heredero de Lade.

—Te amo vikingo y te estaré esperando, así que cumple tu promesa. Estaré encantada de unirte a ti y empezar juntos una nueva vida.

—No sabes cuánto te amo, me va a resultar duro no tenerte a mi lado.

—Y a mí, pero la espera será más tranquila si sé que llevo en mi vientre a nuestro hijo, y ojalá los dioses nos bendigan con un niño.



—Amor mío, amaré al niño o a la niña que nazca porque lo hemos creado nosotros y nuestro amor.

Svava y Bjorn se escabulleron hacia la choza, estaba oscuro pero pusieron una antorcha. Él quería observar el cuerpo de la mujer a la que amaba.

El barco zarpó temprano; antes de salir, Thorkell había hablado con Araidan. Astrid le dijo que no le dijera nada de ellos dos, ella intentaría decírselo poco a poco.

Habían cargado las provisiones y pusieron rumbo a Tonsberg, la ciudad más próspera del reino de Vestfold. El más fuerte y el más rico de Noruega. Irían a hablar con Harald, luego dejarían a Knut en Trondheim para ellos ir a Sudoroy. El viaje sería más largo pero más directo.

Les costó diez días llegar hasta el sur de Noruega, habían pasado por dos tormentas pero no habían tenido daños en el barco.

Tonsberg era un hervidero de gente, en la ciudad se movía todo el mundo. Fueron directamente a la casa de Harald, que se alegró de verlos.

—El barco encalló en una isla y tuvimos problemas hasta poder arreglar el barco. No pudimos llegar a Islandia. —Harald se puso serio—. Pero en la isla donde estábamos atacaron un grupo de suecos e hicimos prisionero a uno de ellos que nos dio bastante información.

—Cuenta muchacho, estoy deseando saber las nuevas.

—Algunos de los caudillos que no aceptan tu autoridad y son vencidos, se están aliando con los suecos y están emigrando a Islandia para preparar una conquista.

—Por Thor, serán mal nacidos. Esas gentes no tienen respeto ni por su patria, aliarse con los suecos es lo último para un noruego. ¿Tan mala idea es que seamos todos uno?

—Como nación seremos más fuertes y evitaremos futuras invasiones.

—Ahí está, esa es una de las ventajas de la unificación. Es una ventaja política y militar para todos. Intento crear alianzas con otros clanes para consolidar su lealtad. —Harald miró a Thorkell—. Aún me acuerdo de tu padre, él fue quien creó una liga con los poblados de alrededor del Fiordo de Trondheim. Los unió en una liga regida por un solo *thing* (asamblea). Yo mismo me uní a los Jarl de More, de Haloyg, para incrementar el poder para derrotar a los suecos que querían invadirnos.

—Fue una ardua tarea para él.

—Habéis hecho un gran viaje y habéis traído grandes noticias. Movilizaré a los barcos para que estén preparados a un ataque sueco, islandés y con los renegados noruegos.

—Estamos bajo tus órdenes, pero nos gustaría llegar a nuestra aldea para ver si todo está bien.

—Me parece una buena idea, pasad unos días tranquilos. Os mandaré llamar cuando empiecen las afrentas. —Se iban a ir cuando se acordó de algo—. Thorkell, tu padre fue Jarl de Lade y yo te concedo ese título por tu lealtad. Y...todo Jarl necesita una compañera, te puedes unir a una de mis hijas y...

—Perdone, señor. En la isla que estuvimos vivían unas mujeres guerreras, parecían valquirias y su pueblo fue atacado varias veces por los suecos. —Harald lo miraba con curiosidad—. Bueno, ayudamos a esas mujeres y...nos gustaría unirnos a mí y a mi compañero con dos de ellas.

La carcajada de Harald retumbó por toda la estancia.

—Me estás diciendo que estás enamorado, muchacho.

Thorkell asintió.

—Sí, y las hemos dejado con el peligro de que pueden atacarlas otra vez.

La voz de Harald bramó.

—Pues id a por ellas enseguida y, si es necesario, las raptáis. Antes se hacía así, cuando deseabas a alguna la raptabas y te la llevabas adonde fuera. Mis padres se unieron así. Ir en paz, y que Thor y Freyja os guíen en vuestra aventura.

—El único problema es que podemos encontrarnos con los suecos.

Harald se rascó la barba rubia de forma pensativa.

—Armaremos un barco que os lleve hasta ellas y...

—Hay un problema señor, nos gustaría dejar a este guerrero en nuestro poblado por si pasara algo en nuestra ausencia.

El hombre los miró divertido, esos hombres tenían agallas y por Odín que le gustaban.

—Organizaos como queráis. Solo quiero que, cuando os reclame, vengáis a luchar a nuestro lado. —Los tres amigos asintieron agradecidos.

En dos días volvieron a zarpar y esta vez rumbo a Trondheim; pronto divisaron el poblado en los márgenes del fiordo.

La aldea despertaba a la nueva mañana, Dalla estaba sentada en la misma piedra en la que se sentaba todas las mañanas. Le gustaba observar el horizonte en busca de la llegada del barco que trajera de vuelta a su amado. Su vientre había comenzado a abultarse ligeramente.

Cansada de esperar, se fue al poblado a hacer alguna cosa; estaba arreglándose las ropas. Estaba ganando peso y las ropas ya no le estaban bien. Vigdis la ayudaba, la joven le hacía mucha compañía y, durante la ausencia de los guerreros, se habían hecho grandes amigas.

Erik, el hermano de Thorkell, las rondaba de vez en cuando vigilando que nada sucediera.

También buscaba la compañía de la hermana de Knut; se gustaban aunque ninguno de los dos dijera nada. Dalla se divertía pinchando a la joven.

Desde que su hermana y Kari se habían marchado para comprar provisiones, sentía más miedo y esa joven le ayudaba a seguir adelante.

—Tienes que pensar en ir haciendo cosas para el bebé, cuando te des cuenta estará aquí.

—Tu hermano me prometió que estaría aquí cuando naciera, no me puede dejar sola.

—Y no lo estarás nunca amor, porque ya me tienes aquí. —La joven se giró al oír la profunda voz que tanto amaba.

Unos brazos la esperaban abiertos y la estrecharon en un fiel y fuerte enlace. Dalla ahogó un gemido y escondió la cabeza en su hombro. No se lo creía, Knut estaba allí.

—¿Cuándo habéis llegado? He estado oteando el horizonte pero no he visto ningún barco.

—Acabamos de llegar, he venido corriendo para sorprenderte; Thorkell y Bjorn están llegando. ¿Cómo estás, hermanita? —Vigdis sonrió y los abrazó a los dos. En ese momento, Knut pareció acordarse de algo y se separó de las mujeres. Miró a su mujer a los ojos y le posó la mano en el vientre notando su abultamiento—. Es algo maravilloso, dentro de ti crece nuestro hijo o hija. ¿Cómo estás?

—Ahora perfecta, me has faltado durante mucho tiempo. Me tienes que explicar qué os ha pasado.

Los gritos de bienvenida se oyeron por todas partes, la pareja salió abrazada. Thorkell y Bjorn se acercaron a la joven pareja.

—Espero que no hayamos tardado mucho en volver, no ha sido culpa nuestra.

Dalla los abrazó y los regañó.

—Pues ya me diréis quién ha tenido la culpa. Es broma, lo importante es que ya estáis aquí y que ya no os vais a ir.

—Bueno, Knut no se va a ir más. Pero Bjorn y yo...tenemos que volver a un sitio, hemos dejado a alguien esperándonos.

—Eso lo tienes que contar con más detalle, hijo —Thorkell se abrazó a su madre, Isgendur lo miraba.

—Vamos a descansar y mientras tomamos algo os contaremos lo que nos ha pasado.

Bjorn los miraba, ahora echaba de menos a Svava más que nunca. Thorkell se dio cuenta y se deshizo del abrazo de su madre para agarrarlo.

—¿Vas a contarles todo?

—Cómo si no vas a explicarles que tenemos que volver.

Ya dentro de la casa, se sentaron alrededor de la mesa en los bancos de madera que la rodeaban y les sirvieron cerveza en copas de madera acompañado de un plato también de madera con un guiso de carne.

La gente los miraba con interés, Thorkell estaba algo incómodo pero empezó a hablar.

—Cuando salimos de aquí, a mitad de camino, nos sorprendió una fuerte tormenta, y el barco encalló en una de las islas Feroe. —La gente enmudeció—. Nos sorprendió una comitiva de mujeres armadas y más o menos nos tuvieron retenidos mientras las ayudábamos en algunas cosas. Les atacaron un grupo de suecos y pudimos averiguar que los caudillos que Harald vence se alían con los suecos y se exilian a Islandia, y estas mujeres están siendo atacadas. Son mujeres que han organizado un clan basado en algunas normas. La madre de la mujer que lo organizó escapó de un matrimonio forzado y, aunque después se casó, su hija creció con un odio a los hombres que la llevó a intentar vivir aisladas del mundo.

—Pobre mujeres; hijo, parecen buenas pero, ¿están en peligro? —dijo Isgendur.

Thorkell asintió.

—Sí, madre. Tengo que deciros que tenemos que volver. —Miró a Bjorn, que tenía la mirada perdida, parecía otro. Había desaparecido la sonrisa de su cara.

—Si tienes que volver, hazlo. Estaremos bien.

—Knut se quedará, no puede estar ausente si nace su hijo. Estaremos más tranquilos por vuestra seguridad.

Fenja observaba a su hija, estaba feliz; pero Thorkell y Bjorn ocultaban algo.

—Contadlo todo guerreros, ocultáis algo.

—Es algo difícil de contar, esas mujeres tenían unas leyes. Yacían con los hombres para quedarse encinta en una especie de ceremonia fría y sin pasión. La jefa nos obligó a...yacer con ellas y... —Dalla miró a Knut con los ojos abiertos del miedo, Thorkell se dio cuenta—. Dalla, el único que lo hice fui yo, si no lo hubiera hecho no estaríamos aquí ahora.

—Te entiendo hijo, no pasa nada. Esas mujeres tenían sus normas y...

—Aún no he acabado madre; conocimos a dos mujeres y el azar quiso que fuera la mujer con la que yací y...tengo que volver a por ella. Está en peligro y no la voy a dejar a ella ni a mi hijo..., porque nos queremos.

Isgendur se sorprendió, jamás había visto a su hijo atraído por una mujer y aprobaba su elección.

—Hijo, ve a por ella enseguida, no la dejes durante más tiempo. Apruebo tu elección. Seguro que es una estupenda compañera.

—Gracias madre, Bjorn también se viene conmigo. —Todos miraron al gigante sorprendidos—. Se lo cuentas tú o yo. —La respuesta de su amigo fue salir de la choza como una bala.

—¿Qué le pasa?

—Bjorn ama a Svava, es la primera vez que lo he visto así con una mujer. Y está sufriendo por haberlas dejado allí.

—Me sorprende de Bjorn, pensaba que le gustaba Halldora.

—Sabía que ella estaba por su hermano —dijo Thorkell defendiendo a su amigo.

—Lo ha pasado mal, desde que perdió a su padre y su madre se volvió a casar, no ha sido el mismo. —Isgendur conocía a Bjorn y por todo lo que había pasado, se alegraba de que por fin fuera feliz.

—Pues con Svava es distinto, no lo he visto sonreír tanto como cuando está con ella.

—¿Cuándo os vais a ir?

—Harald nos enviará algunos hombres, por si atacaran de nuevo. Cuando vengán nos iremos. Madre, voy a buscar a Bjorn —Thorkell estaba preocupado por su amigo.

Al salir, muchas personas lo saludaron y él los atendía de forma cariñosa. Vio a su amigo a lo lejos, en el acantilado adónde iban cuando eran niños.

—¿Cómo estás?

—¿Tanto se me nota? —bromeó Bjorn.

—Amigo, estás perdido. ¿Tanto la echas de menos?

—Me ahogo sin ella, espero que el rubio mande pronto los hombres —dijo Bjorn nervioso ante la idea de una espera muy larga.

—Nos dio unos días para organizarnos, hagámoslo y enseguida estaremos en la isla de nuevo.

Dalla y Knut hablaban en cuchicheos, estaban abrazados en la cama y él le acariciaba el vientre. Ella se había reído de él por los miedos que había tenido a hacerle daño.

—¿Seguro que no hacemos daño al bebe por amarnos?

—No, no le haremos daño. Confía en mí, ¿vale? Ahora cuéntame todo lo que pasó más despacio y con más detalles.

Estuvieron casi toda la noche hablando y, aunque no las conocía, empezó a apreciar a esas mujeres.

—Son fuertes, se han acostumbrado a hacerlo todo ellas. Les enseñé a forjar las espadas. Sus armas son muy hoscas.

—Te confieso que, cuando Thorkell dijo que teníais que yacer con ellas..., yo pensé que...

—Estoy contigo y te amo y fue lo primero que le dije a esa mujer. La madre de Astrid es una mujer dura que ha sufrido mucho.

—Sí, pero lo que le hizo no estuvo bien. ¿No les harán nada, verdad?

—No se atreverán, si lo hacen saben que las fulminaremos.

Thorkell no paraba de dar vueltas, era incapaz de dormir. Los ojos de Astrid no se le iban de la mente.

La mañana encontró la aldea desierta, todos menos Bjorn dormían.

En la isla, las mujeres intentaban seguir con su vida. La estancia de esos hombres las había alterado y Araidan quería que todo volviera a la tranquilidad.

Astrid y Svava estaban todo el día juntas, ya no practicaban casi y miraban ensoñadas el mar.

—¿Cómo estarán?

—Bien, Bjorn conoce los secretos de la navegación y los barcos noruegos son los más rápidos —replicó Svava segura de la capacidad de ese vikingo.

—Espero que les sirva de ayuda saber que los islandeses y los renegados noruegos se han aliado. —Astrid temía ante todo la guerra que se avecinaba.

—Yo lo que espero es que no nos vuelvan a atacar. Tengo ya ganas de que vengan a por nosotras, llevamos seis días solas y...no me encuentro bien. Sé que parece una tontería pero es así —se lamentó Svava.

—Amiga, es normal, ahora que conocemos el amor no queremos tenerlo muy lejos —susurró Astrid con la esperanza de que regresaran pronto.

## Capítulo 15

Ese mismo día, las dos jóvenes divisaron a un grupo de barcos que se acercaban a la costa. Llegaron a la orilla de la isla enarbolando una bandera blanca que auguraba paz y las mujeres se relajaron. Aunque su bandera Islandesa les sorprendió.

Los hombres se dirigieron a la vigía y hablaron con ella, solo deseaban parlamentar con la líder. Mist, que estaba de guardia, los condujo al corazón de la aldea; iban desarmados. Araidan salió de la tienda.

—Venimos en paz, oh reina de las Valquirias.

—Bienvenidos seáis entonces a esta isla. ¿Qué os trae por aquí? —preguntó Araidan con seguridad.

—Somos islandeses y queremos dialogar sobre el conflicto con Noruega —informó el hombre.

Astrid, al oírlo, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Hablad pues, pero te aviso que a nosotras no nos interesan vuestras luchas. Solo nos defendemos ante un ataque —aclaró Araidan.

—No vamos a decir nada, ya sabemos que unos de los nuestros os atacaron y sufristeis algunas pérdidas. Pero, los hombres que os ayudaron, ¿de dónde eran?

—No lo dijeron, se fueron en cuanto arreglaron su barco. Me parece que eran comerciantes —dijo Araidan sin temblor alguno en la voz.

Astrid estaba sorprendida, su madre había mentido, sabía perfectamente de dónde eran y no se lo había dicho.

—Algunos caudillos de los clanes noruegos han renegado del que quiere unirlos y se han unido a nosotros. No quieren que nadie les de órdenes, solo quieren ser libres y seguir como están.

—La libertad es necesaria y casi todo el mundo lucha por ella —agregó Araidan.

—Hemos venido para ofreceros aliaros con nosotros para la lucha contra los noruegos.

—Ya te he dicho que nosotras no luchamos si no estamos en peligro, no queremos saber nada de esa guerra y de vuestras razones para hacerla. Solo queremos vivir en paz —solicitó Araidan sin perder su templanza.

—Intentaré que seáis respetadas, pero en la guerra nada se puede prometer.

—Inténtalo, ya que nosotras no hacemos daño a nadie —replicó la reina.

Los barcos volvieron a salir a alta mar alejándose poco a poco de la playa y de la isla

dominada por esas fuertes mujeres.

Astrid miró a su madre, muy sorprendida por lo que había pasado.

—Madre, has mentido. Sabes perfectamente de dónde venían.

—No he querido poner a nadie en peligro, si esos hombres no están en su aldea, la gente está indefensa, y ese no es el estilo de este matriarcado. Nosotras queremos paz y queremos vivir solas.

—Espero que hayan llegado bien, me parece que les espera una guerra inminente. —Svava la miró con la mirada llena de terror—. Tenemos que avisarlos del peligro que corren.

—Vosotras no podéis hacer nada, os debéis a la aldea.

—Vamos a irnos quieras o no. No vamos a dejar que a esas inocentes gentes les pase algo por estar indefensas. Hay un barco escondido en la otra parte de la isla —dijo Astrid luchando por lo que ella creía.

—No sabéis navegar, no tenéis ni idea de cómo llegar a las costas noruegas.

—Preguntaremos en alguna isla sobre el camino.

Araidan la observaba, sabía que lo que decía era verdad. Era injusto que les pasara nada malo a esas inocentes gentes, por eso, decidió ayudarlas. En Astrid vislumbraba el espíritu de su abuela Alvilda, y ella al final se casó con su prometido. Sí, dejaría que su hija decidiera sobre su vida y su futuro.

—Está bien, os ayudarán a armar el barco de provisiones. Sois libres; he tardado en verlo, pero vosotras no sois como yo. Habéis nacido para hacer otras cosas —señaló Araidan implorando el perdón de su hija.

Astrid abrazó a su madre.

—Gracias madre, vamos a empezar con el barco.

En unos días tuvieron el barco preparado y salieron mar adentro, todas las mujeres de la aldea fueron a despedirse de ellas y a desearles suerte en el viaje.

—Ojalá el gran Odín os guíe en este difícil camino. —Se despidieron de todas y fueron en busca de su vida.

En una isla cercana se pararon para preguntar la ruta que debían seguir; era realmente fácil, debían seguir el sol y por la noche la gran estrella.

Para ellas fue toda una odisea realizar ese viaje, las provisiones iban bien y las comidas eran diarias. En unos días divisaron unas costas, pero no sabían si eran las costas noruegas. Mucha suerte sería que fuera la aldea de Trodheim. Al acercarse a sus playas vieron varios pequeños poblados. Astrid desembarcó y preguntó a unos hombres que pescaban cerca de la orilla.



—El poblado de Thorkell Sulkesson está en esa dirección, tenéis que bordear el fiordo y volver a entrar por la otra parte.

La gente la miraba de forma extraña, sus ropas no era lo normal en mujeres.

Bordear el fiordo fue todavía más difícil que llegar hasta allí, el timón no se dejaba llevar y las corrientes se empeñaban en llevar el barco en dirección contraria.

Al fin tuvieron que dejar el barco encallado en una orilla de la costa.

—Debemos caminar, pero no podemos dejar las cosas aquí. —Astrid miró a Svava y le sonrió—. Ve tú, te quedaste por mí y ahora yo me quedo por ti.

Svava asintió, era temprano y el sol aún no había salido por completo.

—Sigue la costa y llegarás a la aldea, ten cuidado.

—Tú también —las dos amigas se abrazaron y Svava empezó a caminar.

Llevaba un buen rato andando y el sol empezaba a despuntar. El paisaje era abrupto, profundos y estrechos acantilados se cernían a su alrededor y las laderas de las montañas se arrojaban en picado hacia el mar. El clima era muy parecido al de la isla, pero la isla no tenía esa belleza tan salvaje.

Para ella, que no había salido nunca de la isla, todo le parecía de otro mundo, le parecía imposible estar tan cerca de Bjorn. Ansiaba verlo de nuevo; su sonrisa, su picardía y su carácter.

A lo lejos se observaba el humo, quizás de una aldea. Bueno, preguntaría si iba por buen camino. Y si no, volvería junto a Astrid para ver lo que hacían. Estaba cada vez más cerca de la aldea, podía ver las casas. Eran como la que habían hecho en la isla, construcciones grandes sostenidas con grandes troncos alrededor de la casa.

Un hombre estaba sentado en una gran piedra que había antes de llegar a la aldea, él no podía verla porque el camino hacía una curva para entrar. Se quedó un momento parada, por las maneras parecía Bjorn. Su corazón empezó a latir de una forma desacompasada. Lo llamaría para ver si era él de la única forma que a él le gustaba.

—Guerrero. —La figura masculina se bajó de la roca y la miró.

Bjorn estaba sentado mirando cómo el sol empezaba a despuntar, desde ahí veía el mar. ¿Cuándo vendrían esos hombres? Tenían que ir a buscarlas cuanto antes.

Alguien le gritó y se bajó de la piedra al oír lo que la voz había gritado. Se asomó al camino, una mujer estaba a medio camino de la entrada y creyó que era un sueño, pues veía a Svava. La figura se acercaba y ya no había dudas, era ella. Salió en su busca para recibirla y alzarla en brazos dándole vueltas.

—Por Odín, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has...? ¿Has venido sola?

—Déjame coger aire, he andado mucho, guerrero. El barco se quedó varado no muy lejos de aquí. Astrid se ha quedado esperándome.

—Sois increíbles. —La abrazó con fuerza—. Vamos a llamar a Thorkell, cuando sepa que habéis venido solas le va a dar algo.

La aldea comenzaba a tomar vida, la gente empezaba a salir de las casas. Bjorn entró dando voces.

—Thorkell, sal enseguida. —El otro salió poniéndose la camisa—. Tenemos una grata sorpresa que ha venido del mar.

—Por Thor, ¿por qué gritas de esas maneras?, ¿han llegado los hombres? —Iba a salir cuando vio a Svava y se quedó de piedra—. Svava, por Odín, ¿qué haces...? ¿Y Astrid?

—Antes de explicaros nada, ¿puedes ir a buscarla? Nos ha costado mucho llegar hasta aquí.

La gente de la aldea había salido de las casas y los observaba con curiosidad.

—Hijo, ¿qué pasa?

—Madre, no tengo tiempo, voy a buscar a Astrid. Quedaros aquí. ¿Dónde está?

—Sigue la costa en esa dirección, he andado mucho.

Thorkell cogió un caballo, tenía ganas de ver a la mujer que amaba y saber por qué se habían aventurado ellas solas a venir hasta aquí. Siguió la costa hasta distinguir una silueta a lo lejos.

El sol recortó la figura de una mujer que estaba sentada en una roca, en la orilla estaba varado un barco. La figura se giró como presintiendo la presencia de él.

Por unos segundos, sus miradas se encontraron, la mujer sonrió y dejó escapar una lágrima al verlo.

Thorkell espoleó al caballo y, antes de que parase, ya se había bajado ágilmente.

—Amor mío. —Thorkell la estrechó contra él con fuerza, no se creía que estuviera allí—. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí vosotras solas?

—Ha sido toda una odisea, ya que ninguna sabía navegar. —Ella se reía a carcajadas.

—Mientras vamos a la aldea me lo cuentas. —Thorkell la cogió y la subió al caballo, se sentó detrás de ella y la abrazó contra él. Espoleó de nuevo al caballo hacia la aldea—. Es un sueño que estés aquí. Estábamos esperando un barco con más hombres para ir a buscaros.

—Hemos venido porque hace unos días los islandeses vinieron a hablar con mi madre y... Luego hablamos, seguro que tu gente quiere saber. Te he echado de menos.

—No más que yo a ti, valquiria. —Astrid enterró la cabeza en el hombro de él con regocijo.

La aldea era pura actividad, habían salido todos de sus casas y observaban a Svava con interés. Las ropas de esas mujeres eran completamente distintas a las suyas; de pronto sintió vergüenza al sentirse tan observada. Bjorn se dio cuenta y la abrazó contra él. Menos mal que el caballo de Thorkell se acercaba. Al llegar al centro de la aldea, descendió y bajó a una sonriente Astrid.

Bjorn abrazó a la mujer y Knut se acercó a ellos.

—Sois temerarias y no tenéis miedo de nada.

—Knut, que alegría que hayáis llegado bien. Y que vuestra gente esté bien. —Astrid vio que una mujer se acercaba a ellas, su vientre estaba ligeramente abultado; sus cabellos rubios como el sol se veían entrelazados en una trenza y sus ojos azules las miraban con curiosidad. Astrid se acercó a ella, pues estaba segura de que era Dalla—. Me llamo Astrid y me alegro de que Knut esté de nuevo contigo, es un gran hombre y te ha honrado en todo momento.

Dalla sonrió tímidamente.

—Es un honor conocerte, vuestro pueblo es muy valiente y fuerte. Soy Dalla.

—Yo soy Svava y me gustaría vestir como vosotras y dejar estas ropas de guerra y odio.

Olaf el sabio se acercó, tenía curiosidad por esas mujeres guerreras.

—Sois como las valquirias, soy Olaf el sabio.

—Pues no las has visto luchar, saben hacerlo como nosotros. —Thorkell estaba orgulloso de que fueran fuertes.

—Nos alegramos mucho de estar con vosotros, pero hay una razón para estar aquí.

—Pues entrar y hablad mientras coméis algo. Soy Isgendur, la madre de Thorkell.

Astrid miró a la mujer. Thorkell se parecía a ella pero con las facciones más duras.

—Es un honor conocerla, soy Astrid y... —miró a Thorkell para que todo el mundo supiera lo que sentía por él—. Amo a su hijo más que a mi vida.

—No sabes lo que me alegro de que os hayáis encontrado, ya que sois tal para cual. —Isgendur miraba a esa joven y le gustó mucho para su hijo.

Todos entraron a la sala de la gran choza y se sentaron alrededor de la mesa.

—Hace unos días, los islandeses se acercaron a nuestra isla, querían que nos aliáramos con ellos y con los renegados para luchar contra vosotros. —Astrid miraba a todos—. Van a venir a atacaros muy pronto, se están organizando.

Thorkell se quedó serio, eso no se lo esperaban. Harald les iba a mandar hombres en breve, así que mandaría a uno de ellos con las nuevas para que se prepararan. Iban a necesitar un elevado número de barcos para hacerles frente y también muchos hombres.

—Tenemos que organizarnos, avisaremos a las aldeas regidas en el thing para avisar del posible ataque.

—Mi madre mintió a esos hombres, les dijo que no sabía de dónde erais y que posiblemente fueseis comerciantes, y en cuanto el barco estuvo arreglado os marchasteis.

—Agradezco mucho la ayuda de tu madre, si les hubiera dicho de dónde éramos estaríamos en grave peligro.

—Mi madre nos dejó marchar, se dio cuenta de que no pensábamos como ella. Su odio ha durado demasiado tiempo.

—Es una mujer sabia y fuerte —expuso Isgendur conmovida por el acto de esa mujer—. No todas las madres saben renunciar a sus hijos, es muy duro desprenderse de uno.

La gente se fue yendo de la sala y al fin se quedaron solos.

—Comed algo, cuando salgamos de nuevo, la gente os preguntará muchas cosas.

—Llamamos la atención...

—Con esas ropas no me extraña, cuando queráis os podemos dejar algo. —Dalla las miraba, esas mujeres tenían carácter.

—Gracias Dalla, te lo agradeceremos.

—Os dejamos, iré a hablar con Vigdis y os buscaremos algo de ropa. —Knut se escabulló tras ella.

—Vamos a ir al barco a recoger las cosas.

—Eh, ¿dónde vamos a dormir?

Ambos hombres se giraron ante la inocente pregunta de Astrid.

—¿Tú dónde quieres dormir? —Thorkell se acercó a ella.

—Contigo, pero no quiero que nadie piense mal de nosotras y... —Ella se sonrojó levemente.

—Escucha, seguro que llevas en tu vientre a nuestro hijo. Eres mi compañera y cuando quieras nos uniremos. Mi madre lo sabe y lo respeta, y los demás también. Esperan que durmáis aquí.

Svava miraba a Bjorn, estaba serio y casi no hablaba. Se paró delante de él para averiguar lo que le pasaba.

—Guerrero, ¿no estás contento de que esté aquí?

Él la agarró del brazo y la llevó al rincón más oscuro de la casa.

—Me ahogaba sin ti, está claro, y estoy pensando en lo que habéis tenido que pasar para venir aquí y me da miedo pensar que os podía haber pasado algo.

—Pues no pienses tanto, ahora estoy contigo y no te voy a dejar tan fácilmente.

La boca de su guerrero se posó sobre la suya. El beso fue fuerte, posesivo y lleno de emociones.

## Capítulo 16

Astrid le dijo a Thorkell que la acompañara a buscar a Dalla. Al salir, un joven muy parecido a él entraba en la choza.

—Erik, ¿dónde está Finn? Quería presentaros a Astrid, mi compañera. Es mi hermano, Erik.

—Encantada Erik, voy a buscar a Dalla.

—Está con Vigdis, os están buscando algunos vestidos. —Erik la miraba con admiración, llevaba un arco y un carcaj con flechas.

—¿Sabes tirar con arco?

—Sí, si te gusta te puedo enseñar. —Ella le sonrió.

—Nosotros no solemos utilizar el arco, dicen que para llegar al Valhala es mejor luchar con otras armas más honorables.

—Pues no hay ningún arma tan rápida como la flecha lanzada con mano diestra. ¿Dónde están? —Erik miró a su hermano.

—Yo la acompaño si quieres, ve a buscar a Finn. —Thorkell asintió no sin antes ver la aprobación en la mirada de Astrid. El hombre fue a buscar a su hermano pequeño.

—¿Quién es Finn?

—Nuestro hermano pequeño; antes de que Thorkell se fuera, quería ser ayudante del herrero, y gracias a su consejo ahora se dedica a ser escaldo. —La mujer lo miró extrañada—. Perdona, un escaldo es el encargado de escribir las grandes eddas. Poemas dedicados a los dioses y a los héroes.

—Ah, qué oficio tan bonito.

Llegaron a una casa un poco más pequeña que la de ellos y se asomó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

Dalla salió con una sonrisa y la hizo pasar.

—Qué bien que estés aquí, ¿quieres que te ayudemos a vestirte? —Astrid las miró con timidez—. No te preocupes.

—¿Le gustará a Thorkell?

—Si le gustas como eres, le gustará siempre. Mírame a mí, estoy redondeándome y a Knut le encanta. Confía en nosotras, ve ahí detrás y ponte esto.

Astrid se quitó la ropa y dejó caer sobre su cuerpo un vestido largo de lino. Salió para que la

vieran y se acercaron a ella.

—Tienes un pelo precioso, de un color raro pero muy bonito. Te voy a hacer una trenza, que es lo que él querrá, que todos sepan que le perteneces. —Le pusieron un delantal encima del vestido que antes ciñeron a su cuerpo con un cinturón de cuero que entallaba su figura.

Al mirarse se vio rara, no se encontraba. Ellas la miraban sonriendo.

—Estás preciosa, seguro que te lo dice. Espera, falta una cosa. —Dalla le puso unas flores en el pelo—. Ya está, perfecta.

Las mujeres salieron de la casa y las gentes la miraban, sabía que su pelo llamaba la atención por su color pero la miraban fijamente.

Thorkell estaba con Finn cuando vio el revuelo y se acercó para ver lo que pasaba; se quedó de piedra al ver a Astrid. Estaba preciosa, su pelo largo estaba recogido en una trenza y miró a Dalla. Le habían puesto flores en el pelo y el vestido ceñía la fina cintura dejando vislumbrar unas curvas preciosas. Se acercó a ella y la rodeó con un brazo. Todas las personas los miraban con respeto.

—Oh, gran Freyja has renacido en una mortal que te gana en hermosura, la gracia de sus rasgos hace envilecer el alma más noble y su pelo parece de fuego. Es una valquiria, parece la gran Brunilda que va en busca del anillo. —Astrid se sonrojó levemente y miró al muchacho.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca, tú debes ser Finn. En verdad tienes arte para narrar e inventar.

—Por la gran Freyja que no miento, pareces una valquiria. —Thorkell miró a su hermano y sonrió al verlo tan contento.

—Observad y respetad a mi compañera Astrid, en cuanto sea posible nos uniremos.

—Hijo de Sulke, durante tu ausencia las runas hablaron y te eligieron como caudillo de esta aldea y como nuestro hersir. —Fenja lo miraba con respeto y se arrodilló frente a él.

—Para mí es un gran honor decirlos que el gran Harald me ha concedido el título de mi padre y ahora yo seré el nuevo Jarl de Lade en su honor. Por Odín y por Freyja que intentaré ser digno de ese título.

—Thorkell, tu mujer es bien recibida, y más porque ha venido sorteando peligros para avisarnos de una gran guerra. —Fenja se giró hacia Astrid y se arrodilló frente a ella—. Mi legado está a tu servicio y las runas querrán saber de ti, cuando quieras estaré esperándote.

—Gracias a todos, pero levántese. Soy una más de vosotros, porque además de que amo a vuestro hersir —Thorkell la miró con amor al oírla decirlo—, llevo en mi vientre a su hijo.

Un murmullo de alegría se elevó y la pareja continuó su camino. Astrid quería presentar sus respetos a Isgendur y decirle que ahora era como una madre para ella.

Tan solo una sombra empañaba la felicidad de la aldea, una sombra que se deslizó fuera de las lindes de la para que nadie la viera. Envuelta en una capa, un caballo esperaba para llevar al jinete lejos de allí.

Svava estaba en los brazos de Bjorn, ambos estaban relajados y felices por estar de nuevo juntos.

—Este sitio es precioso, no me lo había imaginado así.

—Vivimos en una buena zona, hay mucho comercio y se vive bien. Ahora lo que nos importa es la unificación y el peligro de los islandeses.

—¿Son más peligrosos por haberse aliado?

—Lo único que tienen es que los renegados conocen la zona. Pero los barcos noruegos son más rápidos que los islandeses.

—¿Harald tiene muchos hombres?

—Exactamente no sé el número, sé que se ha aliado con varios Jarl. Entre ellos está Thorkell. Su ejército es fuerte, pero somos más fuertes por mar.

—O sea, que lo que queréis es enfrentaros con ellos en el mar.

—Esa sería nuestra garantía para ganar.

Un revuelo se oyó fuera de la aldea unido a unos gritos de alegría. Salieron para ver lo que pasaba y Svava se quedó de piedra al ver a Astrid con un vestido largo y el pelo trenzado. Se acercó corriendo a ella y se abrazaron.

—No me has llamado, yo también quiero un vestido como ese.

Dalla la cogió del brazo y se la llevó con ellas.

—Ve con ellas, que te van a cambiar.

Bjorn se plantó delante de ellas.

—Eso no, ella no puede cambiar, si no, no sería Svava. —Ella se abrazó a él sonriendo.

—No seas bruto, quiero adaptarme y ser como ellas.

Las mujeres desaparecieron en un murmullo de voces y Bjorn tuvo que aceptar. Thorkell se acercó a él.

—Me parece que se han aliado para ponerse de acuerdo en cautivarnos.

—Sí, ¿qué te parece lo que han contado?



—Que tenemos un problema con esos renegados y que Harald debe saberlo.

—Es mejor que el encuentro sea en el mar, ahí tendremos una oportunidad de vencerlos.

Nuestros barcos son más veloces.

—Lo que tenemos que hacer es avisar a Harald, pero si manda hombres mandaremos a unos pocos de vuelta con las noticias.

Organizaron una gran fiesta como recibimiento a las mujeres, hicieron guiso de carne y varios platos más. La fiesta duró hasta el amanecer.

Al día siguiente temprano, el barco de Harald llegó al fiordo; iba muy bien equipado. Más de cien hombres componían su tripulación.

El hombre al mando estuvo hablando con Thorkell.

—Los islandeses preparan un ataque y tenemos que estar preparados para lo que pueda pasar. Hay que mandar aviso a Harald para que lo sepa.

—El barco no lo necesitáis, ¿verdad?

—No, no tenemos que ir a ningún sitio. Lo que teníamos que ir a buscar está aquí.

—Esas mujeres se han arriesgado mucho en venir hasta aquí solas. El mar no es muy fiable y más si no sabes nada de navegación.

—Sí, pero están acostumbradas a luchar por la supervivencia.

—Te felicito por tu próxima unión. Tu padre estaría orgulloso de ti, ya eres Jarl de Lade y te lo mereces.

—Gracias, por Odín que no pensaba que iba a encontrar a mi compañera en este viaje. —El hombre estalló en carcajadas.

—Hablas igual que tu padre, me parece estar oyéndolo. Era un hombre con mucho carácter. —Thorkell lo miró, el general ya estaba mayor pero se negaba a dejar el servicio al rubio. Su sueño era crear una patria unida—. Ojalá podamos vencer a esos descarriados y podamos cumplir el sueño de tantos hombres.

—Tenemos que avisar a todos los reinos, tendrán que luchar con nosotros o en nuestra contra.

—Tienes razón muchacho, deben elegir en qué bando van a estar. Vamos a volver a Vestfold y desde allí idearemos un plan.

—Me alegra que podamos demostrar nuestra fuerza contra esos islandeses.

—Con tu permiso, me gustaría darle las gracias a tu mujer por el peligro que han pasado por venir a avisarnos. —Thorkell asintió.

—Ella estará encantada de conocerte. Erik, ve a buscar a Astrid y dile que venga. —El muchacho salió corriendo para volver enseguida con Astrid y con Svava detrás. Thorkell se adelantó a la joven y le cogió de la mano—. Ven, quiero presentarte al general Stein, uno de los hombres más importantes en esta lucha y gran colaborador y amigo de Harald. —Se giró al hombre—. Ella es Astrid, mi compañera.

Por unos segundos, sus miradas se quedaron fijas, y Stein pudo darse cuenta del amor que se profesaban. La mujer se giró hacia él y lo miró fijamente.

—Quiero agradecerle que nos haya traído este aviso tan peligroso, han sido muy valientes.

—Somos guerreras y estamos preparadas para la batalla siempre. Ha sido un placer ayudar.

\*\*\*

Lejos de allí, en una aldea de Islandia, la actividad era frenética. Los barcos terminaban de avituallarse y los guerreros se preparaban para la próxima conquista del territorio de Noruega. Había muchas naves, se repartirían por toda la geografía y atacarían por las costas.

Un grupo de hombres se afanaba en ultimar detalles. Eran Noruegos, pero habían renegado de su país y habían decidido vivir con sus propias leyes. Si para ello tenían que matar y traicionar, lo harían.

—Las aldeas del fiordo de Trondheim hace tiempo que están unidas, el Jarl de Lade es el jefe. Es una de las aldeas que se atacarán; gracias a nuestro compañero, tenemos muchos detalles y sabemos que los principales guerreros estarán luchando junto a Harald.

Todos miraron al hombre, nadie se atrevía a calificarlo de traidor. Un oscuro resentimiento apesaba su corazón. Había llegado hasta ellos hacía unos meses, tras la muerte de Sulke, y les contó todo lo que quisieron saber.

—La aldea estará desprotegida y será el momento para apoderarse de ella, solo quiero quedarme con su control, es mi única petición.

Los demás lo vieron justo, era mucho lo que sabían gracias a él y, que se quedara con esa aldea, era un mal menor. Noruega era muy grande para repartírsela.

Después de la charla, acudió a la choza que ocupaba con Halldora; después de marcharse, se alegraba de haberse llevado a la mujer con él. La mirada llena de miedo de ella le dio la bienvenida. Nadie más que ella se daba cuenta de lo mucho que le gustaba ese temor.

—Se acerca la venganza, ven aquí.

Halldora nunca se imaginó que su futuro sería ese. Para ella, huir con Kari había sido una vía de escape, un modo de conocer mundo, pues como era comerciante lo había visto fácil. Nada más

lejos de la realidad, ahora era su prisionera; no solo tenía que sufrir sus malos tratos, sino que se encontraba impotente y no podía ayudar a su pueblo. Eso era lo que más le dolía, pues su familia estaba allí. No hizo esperar al hombre, pues sabía cuál era el castigo a la desobediencia y estaba cansada de tanto golpe.

El hombre la cogió y, sin miramientos, la echó sobre el lugar que ocupaban. Sin cuidado ninguno, la desnudó rebelando un cuerpo voluptuoso y curvilíneo que lo ponía al límite. Nunca habría imaginado que esa mujer guardaba un cuerpo de pecado bajo esos vestidos anchos. Sin ningún preliminar, se hundió en ella fascinado ante el temor que le provocaba.

—Eres deliciosa —dijo apremiando sus embestidas para llegar al clímax.

Halldora apartó todos sus sentimientos y dejó que ese hombre falso y embaucador usara su cuerpo. Para ella era un suplicio, pero aún no podía olvidar la primera vez que la usó. Le robó la inocencia de una forma bárbara y salvaje y la dejó tan destruida que nunca lograría volver a ser ella misma. Se giró en el lecho cuando el hombre se levantó y se puso los pantalones. Al verse sola, dejó que las lágrimas la dejaran agotada.

Kari regresó a los barcos para seguir con los preparativos, en unos días saldrían para Trondheim. Él no estaría en el ataque, solo iría cuando se rindieran, pero pensaba restregar a Olaf el sabio todo lo que le había hecho a su querida hija. Su odio había germinado en él tras la boda de su madre.

Ella había conocido a un guerrero en uno de sus viajes y se casó con él. Con eso, la vida de Kari sufrió un gran cambio, pues de vivir con las personas de siempre, llegó a esa aldea donde nadie lo aceptaba. Y el primero que pagaría su odio sería Bjorn. Su hermanastro nunca había sentido ningún apego por él, siempre andaba con Thorkell y Knut y eso le dolía. Cuando se dio cuenta de esa enemistad, empezó a forjar una venganza. Todo le vino al dedo, tras la muerte de Sulke y la marcha de ellos. Pudo irse de allí sin decir nada a nadie y emprender sus planes.

Su alianza con los renegados y los suecos era un punto más de su venganza. Ellos querían unificar Noruega, pero Harald quería imponer sus leyes y no veía por qué tenía que ser a su forma y no a la de ellos.

Dio un par de órdenes acerca de los barcos. No sabía construir uno, pero había visto a Einarr en el poblado y sabía muy bien qué no tenían que hacer. Esas deficiencias en contra de los navíos suecos iban a ser superadas. Cómo quedarán los demás le daba igual, lo único que quería era tener a la aldea bajo su yugo y tiranía.

Estaba dispuesto que en unos días salieran de Islandia. No veía el día de llegar de nuevo a las costas Noruegas, con la armada sueco-islandesa.

Kodrein Leifsson comandaba las tropas de Harald tras la muerte del comandante Stein. Había regresado de Trondheim para contar las alabanzas hacia la compañera de Thorkell Sulkesson y las noticias que habían traído, y había muerto de forma imprevista.

Se sabía que se estaban preparando, pero Kodrein sentía la batalla muy cerca. Los guerreros empezaban a concentrarse en Vestfold y había mandado hacía días un emisario a Trondheim para que Thorkell y los suyos llegaran cuanto antes, armados con un barco. Necesitaba guerreros diestros con la espada y él y sus hombres eran de los mejores.

El cargo de comandante había llegado a él no hacía mucho y no dejaba de sorprenderse de que el gran Harald le hubiera dado el control de todo el ejército a un hombre tan joven como él. Aunque llevaba a sus espaldas algunas de las batallas más cruentas y feroces, esta sin duda sería la más grande y la que pondría al fin a todos los noruegos en un único país.

La corte de Vestfold le había parecido suntuosa, comparado con el lugar de donde provenía, pero se había acostumbrado a ese ir y venir de gente. Harald le había ofrecido a una de sus hijas para que la desposara, pero él se había negado de forma educada. Nadie le impondría la mujer con la que se casara, la elegiría él cuando se diera el caso, pues ahora estaba muy ocupado con la Guerra como para pensar en una mujer.

—Comandante, Harald quiere verlo.

Kodrein dejó sus pensamientos para acudir con Harald. Tanto su padre, Leif, como el gran Sulke, habían luchado en varias guerras apoyando a Harald. Nunca habían dudado del sueño de unificar al país. Entró en la casa principal, donde Harald preparaba sus reuniones. Se llevaba muy bien con ese hombre.

—Muchacho, espero que todo marche bien. Ven a tomar un cuerno de cerveza conmigo.

—Gran Harald, es un honor. Los preparativos marchan muy bien. Los barcos están casi armados y solo faltan algunos hombres por llegar.

—Bien, ya se acerca la batalla. ¿Ha llegado ya el *drakkar* de Trondheim?

—Espero que llegue en unos días.

—Bien, ese Thorkell es como su padre. Sois de los mejores guerreros del reino.

—Gracias, señor.

Estuvieron ultimando algunas cosas, como que los barcos estarían vigilando toda la costa de Noruega, pues no sabían por qué punto iban a atacarlos. Había algunos lugares y aldeas descartadas de los ataques porque era casi imposible acceder a ellas, pues estaban en unos sitios muy escarpados

que las hacían inaccesibles. Trondheim era una de ellas.

## Capítulo 17

En la aldea se respiraba paz y alegría. Desde la llegada de Astrid y Svava, todo el mundo estaba contento, a pesar de lo que se avecinaba. El emisario llegó sorprendiendo a todos. Thorkell sabía que la tregua de paz había terminado y empezaba una auténtica batalla. Se reunió en la *skali* junto a Bjorn, Knut y los demás hombres de la aldea; Astrid y Svava también estaban presentes. Ellas se quedaban al cuidado de la aldea, pues la carta de Kodrein era muy clara en las órdenes: los precisaba en Vestfold armados con un barco de guerra y con sus mejores guerreros.

—Esta aldea es poco probable que sea atacada, está en un lugar muy inaccesible, pero tenéis que tomar algunas medidas.

—No te preocupes, estaremos todos bien.

Thorkell miró con orgullo a su mujer. Desde su llegada, su unión se había fortalecido y confiaba en ella más que nunca. Sabía que todas las familias estarían bien a su cargo. Pero no dejaba de sentir temor; el vientre de Astrid se veía algo abultado, su simiente crecía en el cuerpo de su compañera de forma saludable, así se lo había comunicado Hellora. Ese día había sido muy feliz para ellos, pero ambos eran líderes y sabían que mucho dependía de ellos.

—Tenemos que armar un barco en poco tiempo. Bjorn, quiero que vayas a caballo a las aldeas unidas para reclutar hombres. Armaremos el *drakkar* de mi padre, al menos necesitamos a cien hombres.

—De acuerdo, me marcho ahora mismo. Al anochecer estaré de vuelta —dijo mirando hacia Svava, que asintió.

—Habrá que preparar los víveres para el viaje. No sabemos qué nos vamos a encontrar en Vestfold.

—Y no sabemos por dónde atacarán —dijo Thorkell preocupado. Tenía un presentimiento y acudiría a Fenja antes de partir. Las runas le revelarían de nuevo el destino.

—Kodrein está seguro de que vendrán a Vestfold y que irán a por Harald —dijo el joven emisario.

—Gracias por todo, te puedes quedar y reponerte. Puedes regresar con nosotros si quieres.

—Te lo agradezco, gran Thorkell, pero Kodrein estará ansioso por saber las noticias. Esperaremos vuestro barco y vuestros brazos para la batalla.

—Antes de irte, brindaremos por el gran Thor, para que nos dé aliento y fuerzas para ganar esta guerra.

Esa misma noche, después de darle un repaso al *drakkar* con resina entre las juntas de las

maderas, todos descansaban en la *skali*. Bjorn había reclutado a más de cincuenta hombres, solo había aceptado a los más veteranos y a algún joven. Tampoco quiso dejar las aldeas desamparadas y sin ningún guerrero. Finn narraba una edda para distraer a todos de las noticias de la guerra, pero Thorkell no podía dejar de pensar en Kjove y en el traidor. No había averiguado nada. Lo único raro era que Kari no había regresado de su último viaje, en el que se fue con él Halldora. No podía culparlo sin tener pruebas, pero su corazón le decía que era el traidor. No lo había comentado con nadie, ni siquiera con Bjorn, pues lo conocía y sabía que se habría puesto furioso.

Astrid reposaba su cabeza en su regazo, mientras miraba sus ojos grises cargados de temores. No podía pedirle que no lo tuviera, porque ella misma estaba muerta de miedo por lo que iba a suceder en esos días. La joven cogió la mano de Thorkell y la puso en su abultado vientre. Era su manera de calmarlo.

—Estoy deseando sentirlo —dijo muy bajito Astrid, emocionada.

—Es lo más grande que voy a tener. Gracias mi vida, por estar a mi lado.

Thorkell la besó despacio, sabiendo que muchos pares de ojos los miraban. Era algo a lo que no se acostumbraba y a lo que pensaba poner remedio muy pronto. Quería mucho a su madre y a sus hermanos, pero necesitaba un hogar propio donde poder amar a su mujer tranquilo.

Bjorn y Svava se habían marchado hacía un rato, vivían en la choza del padre de él, era pequeña pero ambos estaban felices de poder retirarse de la compañía de todos. Thorkell envidiaba esa intimidad y la quería también para él. No lo había hablado con Astrid, pero sabía que ella estaría de acuerdo. A su vuelta lo harían, pues ella estaría bien acompañada de su madre y sus hermanos. Rezaba con poder volver, no podía soportar pensar en dejar sola a Astrid.

La mañana fue caótica, todos iban de aquí para allá preparando cosas; las mujeres almacenaban comida por lo que pudiera pasar y los hombres fueron llegando a lo largo del día armados con sus equipos y dispuestos a todo. Se habilitó la sala *skali* para que pasaran la noche, pues al día siguiente, al amanecer, saldrían hacia Vestfold para cumplir su destino.

Thorkell dejó todo preparado y a Bjorn pendiente de todo, tenía que cumplir su papel como jefe y las runas tenían que hablar para él. Ahora no estaba solo, Astrid lo acompañaba en esa consulta. Fenja así lo había querido, ahora sus vidas estaban ligadas y las *nornas* ya tenían su destino escrito. Esta vez, las runas fueron elegidas por los dos y Fenja las cogió con veneración para leer en ellas.

—El destino habla, será complicado y peligroso para ambos, pero el amor puede con todo. Thorkell, ten cuidado con aquel que quiere venganza, pues su corazón es negro y despiadado. Astrid, tendrás que superar una gran prueba para ser aceptada de forma definitiva como nuestra líder.

—Estamos preparados para luchar.

Fenja los dejó solos después de haber honrado a los Dioses. Astrid miró a Thorkell.

—¿Qué ha querido decir con aquel que quiere venganza?

El hombre suspiró, sabía que tenía que contárselo y no sabía su reacción. Fueron hacia la playa, para que nadie pudiera interrumpirlos.

—Verás, antes de conocerte, mi padre murió en una gran batalla. —Thorkell fue contándole todo lo que sintió y lo que sucedió para enterarse de que había un traidor.

El rostro de Astrid fue cambiando de expresión al saber lo sucedido. No podía censurar a Thorkell por algo que había pasado antes de conocerla, pero no pudo evitar sentir un arañazo de celos.

—Siento mucho lo de tu padre, debió ser un gran hombre.

—Dime lo que piensas de verdad, no te guardes nada, por favor —dijo Thorkell preocupado por esa seriedad de su rostro.

—Está bien, por primera vez en mi vida siento celos y no puedo evitarlo —se sinceró Astrid.

Thorkell no dijo nada, la miró y la agarró de la mano tirando de ella. Se perdieron entre los acantilados y le enseñó una pequeña cueva que permanecía oculta a la vista de todos.

—¿Qué hacemos aquí?

—Al amanecer nos vamos y ahora voy a hacerte el amor con calma para demostrarte todo lo que te amo y para que te quede claro que antes de ti no me importaba nada.

Astrid se sonrojó. La verdad es que desde que habían llegado no habían podido estar muy tranquilos, pues siempre había alguien a su alrededor.

Thorkell se quitó la camisa y la tendió en el suelo, para que ella tuviera un lecho algo más mullido que la roca. Ella bebió de esa formidable imagen y ambos yacieron mientras se abandonaban a los besos más ardientes y pasionales. Astrid estaba muy sensible por el embarazo y sentía las manos de él por todo su cuerpo como si fueran dejando fuego sobre su piel.

En el exterior solo se escuchaba el crepitar de las olas sobre la roca, y dentro de la cueva solo se escuchaban gemidos y murmullos. Ninguno descansó hasta que sus pieles entraron en contacto para terminar de consumirse.

—Te amo —dijo Thorkell embargado por el deseo y hundiéndose en la calidez del cuerpo que reclamaba como suyo para toda la vida.

Astrid se arqueó al sentirlo dentro. Nada se podía comparar a estar unida a él, se sentía llena, completa y realizada como mujer. Sus embestidas la llevaron a la cima y se derrumbó; al rato sintió



cómo él llegaba también y se dejaba caer sobre sus brazos para no hacerle daño.

—Te amo —dijo Astrid abrazándose a él.

—En cuanto termine esta guerra, tenemos que buscar un hogar para tener intimidad.

—Me parece maravilloso. Me encanta tenerte para mí sola en algunos momentos.

—Todos los que quieras, solo tienes que decírmelo.

Thorkell la apretó contra su cuerpo sintiendo su calidez y su aroma. Era así como quería estar la mayor parte del día, pero no podía permitirse ese lujo.

—Deberíamos volver —dijo Astrid. Odiaba tener que romper un momento tan bonito, pero estaba segura de que habría muchos más y más bellos.

—Sí, si no, nos buscarán.

El ritmo en la aldea era el mismo, tan solo Bjorn se había dado cuenta de su ausencia, porque les sonrió con picardía. Agradecía a los dioses tener la casa de su padre para poder perderse con Svava por las noches y comprendía su escapada; por Thor, tenían que estar solos en algún momento y más con la que les venía.

Esa noche no fue tan feliz como otras, pues sabían que al alba se marcharían y nadie sabía lo que iba a suceder. Isgendur les dejó la choza para ellos, arguyendo que tenía cosas que hablar con Hellora. Todos se retiraron para pasar las últimas horas en plena felicidad y olvidar la batalla.

\*\*

Al otro lado del océano, casi un centenar de naves surcaban el mar hacia Noruega. Los guerreros descansaban y tejían cada uno sus sueños. Kari iba en una de las primeras naves, ellos llegarían en unos días a las costas de Noruega y atacarían Trodheim. Cada nave tenía un destino distinto, pero la mayoría llegaría hasta Vestfold para no dar tregua a los hombres de Harald.

Kari saboreaba el éxtasis de la venganza; hacía un rato que había disfrutado del cuerpo de Halldora y la había dejado magullada sobre el suelo. Estaba eufórico y pensaba rematar su plan matando a Bjorn, saborearía cada segundo y disfrutaría viendo cómo la vida escapaba del cuerpo de su hermanastro. El odio corría por su cuerpo y volvió a encenderse. Observó el cuerpo de la mujer en el suelo y decidió que disfrutaría de ella de nuevo. Al tocarla vio su miedo, y más cuando la volteó para ponerla de espaldas. Sus súplicas se ahogaron con sus gritos de dolor cuando fue sodomizada. El hombre se hundió en ella como un loco disfrutando de su dolor; al terminar, la joven cayó inerte. Él se limpió su verga de semen y sangre y se marchó a dormir, sin preocuparse por nada.

Halldora creía que iba a morir, no quería seguir viviendo, estaba desesperada y no quería aguantar más dolor. Se arrastró como pudo hacia la cubierta, trepó hacia arriba y se tiró por la borda

para caer a las frías y negras aguas del mar, que traspasaron su cuerpo como si fueran cuchillos. Ya no sentiría nada más, todo había terminado para ella.

Su último recuerdo fue para su hermana Dalla, cuando paseaban en busca de flores y frutos silvestres, eran los momentos en los que fue más feliz.

\*\*

Dalla se despertó hiperventilando. Había tenido una pesadilla muy confusa; Knut la ayudó a incorporarse. Estaba muy alterada y no podía seguir durmiendo. Sentía sus piernas encharcadas de un líquido viscoso.

—¿Te encuentras bien?

—Ha sido una pesadilla. Por favor, necesito a Hellora, ya.

Dalla nunca le había hablado en ese tono y con esa urgencia, por lo que supo que algo muy grave le pasaba, todavía quedaban semanas para el nacimiento. Se puso un pantalón y una camisa y corrió hacia la choza de la *seidr*.

Cuando la mujer entró con una lámpara, rezó a los dioses, pues Dalla estaba de parto. Se había adelantado mucho, solo esperaba que todo saliera bien.

—Knut, necesito a todas las mujeres de la aldea, así que despierta a todo el mundo.

El hombre salió antes de que terminara de hablar, estaba muerto de miedo.

—Dalla, ¿estás bien?

—Duele mucho.

—¿Qué te ha alterado?

—He tenido una pesadilla con Halldora.

—Ahora tienes que estar tranquila y respirar de forma pausada. Voy a explorarte para ver cómo está el niño.

Al rato, llegaron todas muy preocupadas. Cada una llevaba algo: paños limpios, agua hervida y también mucho miedo por lo que pudiera suceder. A Knut no le permitieron entrar y se tuvo que quedar fuera, con los demás hombres.

Fenja miraba a Dalla, algo la había perturbado de tal manera que le había acelerado el parto. Tendría que hablar con ella, cuando estuviera más calmada y el niño estuviera a salvo.

Al fin, el llanto de un niño asoló con su fuerza a toda la aldea. Hellora salió de la choza con una gran sonrisa.

—Knut, eres el padre de una niña preciosa. Felicidades.

Thorkell y Bjorn lo abrazaron y dejaron que se fuera a cuidar de su mujer y de su hija. Por un momento, ambos pensaron algo.

—Mañana no puede venir con nosotros. No puede dejarlas solas —dijo Thorkell.

—Sabes cómo se va a poner.

Ambos sabían que Knut era muy tranquilo y bondadoso, pero a cabezota no lo ganaba nadie, y más cuando se empeñaba en algo.

—Va a ser muy difícil hacer que entre en razón.

El amanecer encontró a la aldea más calmada. Dalla dormía tranquila con su niña a su lado y Knut las miraba casi con lágrimas en los ojos. Odiaba tener que dejarlas de esa forma, pero lo necesitaban. Como si lo hubiera sentido, ella se despertó y le sonrió.

—Ve tranquilo, solo prométeme que volverás con nosotras.

—Siempre mi vida, cuida de Fiona —Knut besó a su mujer y a su hija y salió de la choza.

Los hombres ya estaban preparados, y cuando Thorkell y Bjorn lo vieron, supieron que nada le haría cambiar de opinión.

—Necesito hablar con Astrid y con Fenja.

Las dos mujeres estaban juntas, pues rezaban a Njordr, el dios del mar para que favoreciera el viaje.

—Perdonadme, necesito hablar con vosotras sobre Dalla. Fenja, me gustaría que indagaras con las runas en el sueño que tuvo, estaba muy alterada. —Knut se sintió bien al ver que la mujer asentía—. Astrid, necesito que Dalla viva contigo, sé que te ha tomado cariño y que la cuidarás bien.

—Tenlo por seguro, Knut. Estará en nuestra choza y entre todos la mimaremos.

—Gracias.

Svava apareció con Vigdis, querían despedirse de los hombres. Bjorn se adelantó y tomó a su mujer de la mano.

—Es la hora, debes cuidarte y que Hellora te reconozca.

—No te preocupes, solo vuelve.

Bjorn besó a Svava con toda la pasión que atesoraba su cuerpo. Quería grabar en su corazón y en todos sus sentidos su sabor y su aroma, para no olvidarlo en las largas luchas.

El *drakkar* de Sulke estaba preparado. Los escudos estaban colocados en la borda y los hombres estaban ya en el barco, que descansaba sobre las aguas. El fiero dragón que coronaba su proa destilaba una fuerza y un terror inaudito. Knut subió también, seguido de Bjorn.

—Astrid, te amo. Estaré siempre contigo —Thorkell besó a su mujer y se hundió en su calidez.

—Te amo.

Thorkell embarcó mirándola.

—Cuida de todos.

—Recuerda que lo llevo en la sangre.

Era su líder, su guerrera y su amada. Sus corazones eran guerreros y estarían juntos siempre.

## Capítulo 18

El viaje a Vestfold fue más rápido de lo que pensaban; el *drakkar* era mucho más rápido que el barco que habían utilizado para ir a Islandia. Harald y Kodrein los recibieron esperanzados.

—Se acerca una gran armada, tenemos que estar preparados, solo faltabais vosotros.

—Perdona gran Harald, un alumbramiento de última hora.

—¿Están bien la madre y el niño?

Knut se adelantó orgulloso.

—Mi mujer y mi hija están perfectas y yo listo para luchar por nuestro sueño.

—En verdad que en Trondheim hay grandes guerreros y mejores hombres. Kodrein os pondrá al día de la estrategia que seguiremos.

Los cuatro hombres entraron a una de las casas, para hablar con calma.

—Me alegra veros de nuevo, compañeros. Debo felicitarte por tu enlace, Thorkell.

—Gracias Kodrein, no tenía pensado encontrar a Astrid en mitad de una misión.

—He oído maravillas de ella y de Svava, felicidades para ti también, Bjorn. Espero que volváis muy pronto con ellas.

—Eso esperamos también. ¿Cómo se presenta la lucha? —Bjorn quería saber qué estrategia iban a utilizar. Eran más fuertes en el mar y tenían que demostrarlo.

—Bien, se acercan casi cien naves. Nosotros tenemos un centenar y bien armadas.

Pasaron dos horas hablando de la lucha y de los preparativos, pues saldrían a su paso enseguida, ya que las naves estaban listas.

Thorkell dirigiría su *drakkar*, y cada caudillo el suyo. Kodrein mandaba sobre un gran *lasnkip* que perteneció a su padre y Harald capitaneaba el de la liga de Vestfold. Las naves salieron del puerto como una gran mancha rojiblanca que se perdía en el horizonte. El viento empujaba las naves y las velas se hinchaban y rugían desesperadas por llegar.

En el sur se encontraron y un sinfín de navíos chocaron entre sí. Los guerreros deseosos de entrar en combate retumbaron sus escudos, como símbolo de fuerza y ferocidad. No tardó mucho en escucharse el fragor de las armas y pronto, el estrépito de la batalla, llenó el aire de voces, lamentos, injurias y votos. Ningún vikingo dejó de luchar, los puños golpeaban con rabia, las espadas se hundían en la carne y las naves se tiñeron de rojo.

El fragor de la batalla creció, pero algo se oyó a lo lejos. Fue un grito de júbilo de los Noruegos; entre el huracán de golpes y quejidos, se dieron cuenta de que los renegados estaban retrocediendo. Pero no contentos, rodearon el barco para obligarlo a ganar la playa para desembarcar.

El barco de Thorkell y el de Kodrein seguían a los cobardes. Los renegados clamaron con fervor:

—¡Sacad las naves de la batalla, izad las velas, coged el timón!

Las velas subieron a lo alto del mástil, las olas impulsaban a los barcos hacia el horizonte, pero dos naves les cortaron la huida. En el abordaje, Thorkell luchó como un águila, bajo su espada había sometido a los más feroces guerreros, pero en el barco se escondía el asesino de su padre. Cegado por la venganza, se lanzó a por Kjove.

\*\*

En la aldea de Trondheim todos estaban apesadumbrados por lo que iba a suceder. El día pronto acabaría y nadie sabía qué sucedía lejos de allí. Astrid miraba el horizonte; se extrañó al ver un barco en la lejanía, su intuición le dijo que no era amigo y fue a comunicarlo.

—¡Svava! —entró en la skali para mirar a su familia, pues así los consideraba—. Se acerca un barco.

La joven, sin esperar respuesta, se agachó frente a un baúl y sacó sus ropas de guerra, pues estaba segura de que las necesitaría.

— ¿Astrid qué...?

Svava no dijo nada más y corrió a la choza a cambiarse para poder luchar mejor. Confiaba en el criterio de su amiga, siempre lo había hecho.

Astrid reunió a todos en la skali. Sentía los nervios y la adrenalina recorrer su cuerpo, tenían que estar listos para cualquier cosa.

—Se acerca un barco, pero no es el nuestro. Debemos estar preparados. Erik, coge un arco y estarás conmigo. Los demás, a preparar los caballos. Utilizaremos el elemento sorpresa, pues no se esperan que la aldea esté protegida.

Contó los que eran: Ottar el temible, los gemelos Frodi y Grimm, Einarr, Signum y ellas dos. Eran pocos para los cuarenta guerreros que podía albergar como poco un *drakkar*.

—Espero que no os importe ser conducidos por una mujer —dijo con cierto temor Astrid, lo que menos le apetecía era tener algún problema de desobediencia.

—Astrid, eres nuestra líder y lucharemos para proteger a la aldea —gritaron los hombres al

unísono.

—Bien, entonces vamos a preparar la bienvenida para que vean que somos grandes anfitriones.

Ottar estaba algo mayor para la lucha y habían decidido que se quedara; no le había importado, pues también tenía la intuición de que los atacarían por sorpresa.

Los atacantes tomaron la playa gritando a su paso. Una lluvia de flechas se cernió sobre ellos, que quedaron sorprendidos ante el repentino ataque. Kari, que iba a la retaguardia, se quedó blanco. Había sido una jornada difícil, Halldora se había escapado y estaba furioso. Pero estaba seguro de que esa perra había perecido en el mar, sobre todo con las hemorragias que tenía en su cuerpo. Los hombres se giraron para mirarlo con odio, pues sus compañeros estaban cayendo ante el aluvión de flechas.

Los que llegaron a las lindes de la aldea, se encontraron con un grupo de guerreros comandados por dos mujeres que parecían valquirias. Se rieron, la conquista de la aldea sería muy fácil, pero les sorprendió de nuevo el grito de guerra que surgió de las gargantas de las dos mujeres. Los aldeanos las seguían como si estuvieran en el *Valhala* y les hubieran jurado fidelidad. Ellas iban vestidas para la batalla y esgrimían sus armas como cualquier vikingo.

El choque entre ellos fue brusco, las guerreras se movían con agilidad y sus armas se hendían en la piel de los atacantes sin ningún miedo. Astrid demostraba su calidad de líder y su fortaleza, su espada parecía esgrimida por la misma Brunilda, que había bajado a ayudarla. Svava se movía como el viento y sus dos espadas eran letales para quien se encontraba con ellas. Ottar y los demás las secundaban, pero no podían dejar de admirar cómo luchaban.

Poco a poco eran menos los hombres que quedaban en pie y, a una señal, recogieron a los heridos y salieron huyendo. Kari se había escabullido entre la lucha, necesitaba un rehén para continuar con su plan. Entró a una de las casas y sonrió al ver a Dalla.

—Vaya, mira a quién me encuentro.

—¿Kari? ¿Y Halldora?

\*\*

La fatiga hacía mella en los guerreros. Thorkell estaba exhausto, las heridas le hervían y no dejaba de buscar a Kjove. Bjorn y Knut no paraban de luchar, parecían también exhaustos, pero sus almas rebosaban paz, pues habían luchado con fervor y habían ganado. El sueño estaba más cerca que nunca.

Thorkell se encaró a Kjove, que miró al joven jarl con temor. Se lanzó hacia él para acabar con esa estúpida lucha cuanto antes. Había acabado con la vida del padre y acabaría con la vida del

hijo.

Sus espadas chocaron y los golpes se sucedieron con fuerza y rabia. Thorkell sentía demasiado odio y sabía que, para combatir, no era bueno, debía centrarse en la lucha y dejar el odio de lado si quería salir victorioso. Un golpe lo hirió en el brazo y estuvo a punto de caer al suelo. Apoyó todo su peso en la espada de su padre para cargar un nuevo golpe hacia su enemigo.

—No te han enseñado que la venganza es mala compañera —dijo Kjove. Acabaría con él y lo desarmaría de la mejor manera que sabía.

—Vengaré a mi padre —dijo Thorkell cegado.

—Qué mala suerte tienes, siempre pierdes personas queridas en las batallas.

El cerebro de Thorkell se colapsó de golpe. Paró un nuevo golpe por inercia.

—¿Qué quieres decir?

—Mira que dejar tu aldea y a tu mujercita desprotegidos. Eso no lo hace un buen jefe.

El joven dejó de respirar. El rostro de Astrid se coló en su mente y su cuerpo tembló de rabia. Esperaba que su amada estuviera sana y salva, y con ella toda la aldea.

—Sabes protegerse, no la conoces, es una valquiria, la mejor de las guerreras. Se parece a la poderosa Brunilda.

Kjove abrió mucho los ojos. El joven no tenía miedo, estaba seguro de esa mujer. Se distrajo un segundo y sintió cómo el acero se clavaba en sus entrañas. Se miró la herida, podía sentir cómo la vida se le escapaba.

—Mi padre está vengado. Yo he sido más honrado y te he vencido en combate.

Kjove maldijo a Kari y sus ideas. Ahora se daba cuenta de que había envenenado sus pensamientos con esa gente. Dudaba de poder vivir en el *Valhala*, pues sus actos habían sido de cobardes. Cayó desmadejado sobre la arena, la sangre salía a borbotones de la herida, le quedaba poca vida.

—Kari...

—¿Qué confabulas ahora?

—Kari... Nos mintió —dijo el hombre con el último aliento de vida.

Thorkell buscó a sus compañeros para darse cuenta de que un grupo de guerreros los habían rodeado. ¡Por Odín! Había estado tan pendiente de Kjove que no se había dado cuenta de la trampa. Iba a decir algo cuando la punta de una espada se clavó en su cuello.

—Dame la espada, jarl.



Los ataron y los llevaron hasta una aldea perdida que nunca habían visto. Solo eran ellos cuatro: Thorkell, Bjorn, Knut y Kodrein. Los habían capturado y todos sabían que el fin era la muerte. Debían resignarse a su destino.

—Para regocijo nuestro y a pesar de que hemos perdido, estos vikingos serán decapitados.

Los metieron en una choza mugrienta. Thorkell empezaba a sentir las heridas.

—¿Cómo estáis amigos?

—Yo tengo una herida en la pierna —dijo Knut enfadado por haberse dejado atrapar de una forma tan tonta.

—Yo estoy ileso —dijo Bjorn furioso.

—¿Kodrein?

—Tengo un tajo en la espalda que no para de sangrar.

Thorkell se acercó a él para mirar impotente el gran corte que surcaba la espalda del comandante. Si no lo curaban, se infectaría y acabaría muriendo.

—¿Alguien se esperaba esto? —dijo Thorkell también enfadado—. Kjove, antes de morir, me dijo que el traidor es Kari.

Bjorn se levantó del suelo y empezó a golpear las maderas de las paredes con los puños. Maldito fuera una y mil veces. Le había destrozado la vida y ahora volvía a rematar su maldad.

—Eso no es todo amigo. Iba a atacar la aldea.

Knut se echó las manos a la cabeza y Bjorn se tiró al suelo preso de la rabia.

—Yo confío en nuestras guerreras.

Todos miraron a Thorkell. Su mirada no estaba turbia, había esperanza. Un ruido en el exterior los puso en alerta; para su sorpresa, una mujer entró llevando con ella dos bandejas. Se quedaron de piedra al reconocerla. Bjorn se adelantó para mirarla.

—¿Halldora? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado?

La mujer agachó la cabeza, no era capaz de mirarlos a la cara. No quería que vieran sus moratones y cicatrices. Había permitido que los traicionara y no había hecho nada por su familia ni por la aldea.

—Os traigo agua y comida.

—Halldora, nuestro amigo está herido. ¿Podrías ayudarlo?

Halldora miró a Thorkell y después al hombre que parecía inerte. Se acercó hasta él y descubrió un gran corte que no paraba de sangrar en la espalda.

—Ahora vuelvo.

—Esto sí que no me lo esperaba. ¿Qué demonios hace ella aquí, en medio de una guerra?

—Esa mujer ha sufrido mucho. ¿Os habéis fijado en los hematomas de sus brazos y cuello?

Thorkell sintió que la rabia crecía dentro de él. Que un hombre abusara y pegara a una mujer era la mayor vileza que podría hacer y él lo odiaba.

—Espero que nos cuente qué le ha pasado.

La joven regresó enseguida con un balde de agua y unas cuantas cosas más. Se puso frente a Kodrein y lo miró a los ojos. El hombre quedó cegado ante la claridad de esos ojos tan azules, pero se daba cuenta de que estaban encharcados en temor y tristeza. Algo muy grave le había sucedido.

—Necesito que le quitéis la ropa.

Bjorn se aprestó a ayudarla. Quería indagar en la historia de Halldora, pero nada quedaba de esa límpida e inocente mirada. La joven lavó la herida y se sentó frente a ellos. Traía una bolsa y de ella sacó un mortero y unas plantas. Se puso a majarlas ante la sorpresa de todos.

—¿Te ha enseñado Hellora? —dijo Thorkell.

—Algo.

—Halldora, no sé ellos, pero yo estoy cansado y necesito saber qué te ha sucedido.

Los ojos de la joven se velaron de lágrimas. Bjorn iba a abrazarla para calmarla, pero la joven se levantó de golpe.

—No te acerques. No soy la misma. Que os ayude no tiene nada que ver.

Bjorn alzó los brazos en señal de rendición y le dio su espacio. Kodrein la miraba incapaz de poder decir nada. Se imaginaba lo que le habían hecho y entendía su dolor. Al poco, se oyó el golpeteo del mazo. Halldora vertió un líquido sobre el majado e hizo una pasta. Suspiró largamente. Sabía que tenía que poner el emplaste en la herida, pero era incapaz de tocar a ese hombre.

—Bjorn, ponme eso en la herida, que me duele horrores.

Halldora captó el movimiento del hombre y le entregó el mortero. Por un momento, sus ojos se toparon con una mirada dorada que parecía que leía su alma. Un escalofrío invadió su cuerpo y salió de allí como alma que lleva al diablo.

—A esa mujer la han violado y pegado, y más de una vez —dijo Kodrein recordando el azul de los ojos de la joven—. ¿Quién es?

Thorkell le habló de ella, de su familia, de su vida en la aldea y que se marchó con Kari en busca de la felicidad.

—Pues lo único que encontró fue pena.

—No se lo merecía, ahora entiendo a Dalla, soñó con ella antes de alumbrar a Fiona. Algo le pasó.

—Esperemos que vuelva, intentaremos hacer que nos cuente algo.

Kodrein los miraba, sabía que esa mujer estaba demasiado herida para contarles lo que le había sucedido. Esa herida estaba muy arraigada en su corazón y sería muy difícil hacer renacer a la mujer que era antes. No entendía qué le sucedía, pues no podía dejar de pensar en ella.

—¿Cómo te encuentras, Kodrein?

—Algo mejor, este emplaste es mágico.

Thorkell le habló de su aldea, de Hellora y sus curas. El tiempo voló mientras recordaban tiempos felices. Nadie se dio cuenta de que un hombre entraba en la choza.

—Eirik quiere hablar con vosotros.

Los llevaron para su sorpresa ante Eirik de Horgaland, uno de los principales enemigos de Harald. El hombre estaba rodeado de otros que habían conseguido huir de la batalla. Todos miraban mal al grupo. Thorkell se adelantó para hablar.

—Nos conocemos aquí, cerca de la muerte. ¿Qué piensas de ello, jarl? —dijo Eirik; estaba sentado en un sillón, parecía un gran rey que se relamía después de la batalla.

—Esto mismo le sucedió a mi padre, y antes a nuestros antepasados; así que es preciso que me pase a mí también. Además, muero de forma honrada y me reuniré con mi padre en el *Valhala*.

—Me admira tu genio y audacia, tendría que haberte tenido como aliado en vez de como enemigo. ¿Quién eres?

—Thorkell Sulkesson, Hersir de Trondheim y Jarl de Lade.

—¡Qué pena que tu valentía acabe en tu muerte!

Eirik era un hombre que luchaba con honor y valentía y le gustaban los rivales fuertes e inteligentes. A una señal, una mujer entró en la sala para servir cerveza. El grupo enmudeció al ver de nuevo a Halldora. Sus miradas no pasaron inadvertidas al hombre.

—¿La conocéis?

—Vivía en mi aldea. Es la hermana de la mujer de Knut.

La mirada de Halldora resplandeció como antaño al escuchar sobre su hermana.

—Mujer, sabes que te salvé de las aguas, pero te exijo que nos cuentes lo que sabes.

Halldora suspiró con pesar. Había llegado la hora de expulsar sus demonios. La llegada de

Thorkell y los demás así lo había acelerado. Miró a Eirik con agradecimiento en la mirada. Se giró para encararse con todos y poder pedir su perdón.

\*\*

—Tu hermana está en el otro mundo.

Dalla, de la impresión, se desmayó y cayó inerte al suelo. Astrid entró en la choza y se encaró con ese hombre. Había oído hablar de él y sabía que no podía fiarse. Thorkell le había contado cómo había hecho el vacío a Bjorn y siempre había vivido ajeno a los problemas de la aldea.

Kari se sorprendió al no ver temor en los ojos de esa guerrera, que parecía más una valquiria que una mujer. Perjuró por todos los dioses por haberle abocado a ese momento, cuando él tan solo deseaba la gloria.

—Vete mujer, si no quieres que mate a Dalla.

El hombre había tomado el cuerpo de la joven de malas formas y le apretaba un cuchillo en la garganta. Astrid respiró, necesitaba calma para enfrentarlo.

—Tranquilo, ¿qué quieres?

El hombre estalló en una profunda carcajada.

—No lo entiendes, lo quiero todo. Confabulé a espadas de Thorkell para acelerar la guerra y que Noruega no se uniera. Quiero riqueza, poder...

—Sabes que todo eso corrompe.

—Eres demasiado idealista mujer. El poder hace al hombre mejor. Salgamos.

En el exterior, los demás guerreros rodeaban la choza y se sorprendieron al ver a Kari amenazando a Dalla. Astrid no llevaba la espada y dialogaba con él.

—Ya estás corrompido por el odio.

—Siempre he sido así, no me costó nada envenenar los pensamientos para que mataran a Sulke, uno de los pilares del gran sueño de ese cabrón de Harald —dijo escupiendo odio Kari. La joven que tenía entre los brazos empezó a despertarse.

—¿Qué sucede? —dijo Dalla recordando todo.

—Vaya, debo decir que tu hermana es mucho más mujer que tú.

—¿Qué le has hecho?

—Le enseñé lo que es un hombre de verdad, pero la muy tonta se tiró al mar.

Dalla dejó de respirar, pensar que su hermana estaba muerta era para ella muy doloroso, pues la amaba y había compartido con ella infinidad de momentos.

—Eres un salvaje y no mereces el calificativo de hombre, porque solo eres un cobarde.

Astrid jugó sus cartas. Kari no se había fijado en la sombra que tenía detrás. Mord era pequeño y silencioso y no había empuñado un arma en su vida. No estaba segura de que pudiera hacerlo.

—Ahora os enseño si queréis.

# Capítulo 19

Mord asumía el dolor que le provocaban sus palabras, ese hombre había matado a su hermana Halldora y ahora tenía presa a Dalla; tenía que ayudarla. Debía ser fuerte. La mirada de Astrid lo guiaba y confiaba en ella. Sin temor a hacer daño a su hermana, hundió la hoja de metal en la espalda del hombre, que cayó al suelo. Mord ayudó a su hermana y lo dejaron tirado en la tierra, exhalando lo que creía que sería su último aliento de vida.

Los pocos guerreros que quedaban, al ver eso, salieron hacia la playa. Se unirían a la guerra y dejarían esa aldea, no querían nada de ella y la batalla podría darles gloria.

Astrid se acercó a Mord, que tenía la cabeza agachada por la impresión de haber quitado una vida.

—Mord, has sido muy valiente. Thorkell y los demás estarán orgullosos de tu valor.

—He matado...

—Ha sido en defensa, tu hermana estaba en peligro.

—Mord, ese hombre mató a nuestra hermana —dijo Dalla abrazándolo fuerte.

De las demás chozas salieron el resto de los habitantes de la aldea; Olaf y Fenja se abrazaron al escuchar que su hija había muerto.

—Dalla, Mord, ¿estáis bien?

—Sí, padre. Mord ha sido muy valiente.

—Agradecemos a los dioses el valor de todos y la templanza de Astrid y Svava.

—Estamos a salvo, ahora solo nos queda rezar por los hombres

Ottar y sus hijos echaron los cadáveres al mar, mientras Hellora preparaba una tisana para que todos calmaran los nervios. Habían vivido un episodio difícil, pero habían sobrevivido. Astrid y Svava se habían ganado su puesto en la aldea, pues todos les debían la vida. Se reunieron todos en la *skali*.

—Astrid, Svava, en verdad sois magníficas. Cual valquirias esgrimiendo sus hojas cortantes y sus indómitas cabelleras al aire. Mortíferas y bellas... —cantó Finn sonrojándose.

—Finn, te he dicho que te mantuvieras escondido.

—Y lo he estado madre, solo he mirado un rato. Voy a escribir una *edda* sobre ellas para luego contársela a Thorkell. Las flechas parecía que salían de la nada, cual gotas de lluvia hirientes y lacerantes...

—Hijo, serás un gran escaldo —dijo Isgendur impresionada ante la facilidad de su hijo para

crear *eddas*.

Astrid ahogó un grito al ver que el cuerpo de Kari había desaparecido. Tendría que haber estado alerta y no haberlo perdido de vista.

\*\*

—Yo solo quería salir de la aldea y ver mundo, como los hombres cuando salen en los barcos. Escuché a Kari y creí en sus promesas. Al principio todo fue bien, pero al llegar a Islandia todo cambió. Descubrí lo que tramaba y que tenía nuestra aldea en el punto de mira. Esa fue la primera vez que abusó de mí, pero ya era muy tarde, era esclava de mi propio sueño. Fui testigo de cómo envenenaba el juicio de los suecos —dijo mirando a Eirik—, y contaba vilezas sobre Harald, Sulke y Thorkell. Solo espero que no llegue a Trodheim.

Todos se daban cuenta de que omitía muchas cosas. Eirik no quiso recordarle el sufrimiento vivido.

—Puedes retirarte.

Halldora los miró antes de irse, solo quería su perdón y poder volver con su familia.

—Sabéis que al alba moriréis. Esa mujer fue atacada por uno de vuestra aldea. Cayó al mar, o más bien se tiró desesperada. No sé cómo logró sobrevivir, tenía hemorragias en sus partes íntimas, en la nariz y el labio partido. El hombre que la atacó era un animal.

—No sabíamos nada de ella, si no, hubiéramos ido en su ayuda. Ese hombre era un traidor, difamó nuestro nombre y el de Harald envenenando vuestros oídos con mentiras.

—Eres un maldito embustero —dijo uno de los hombres que permanecían al lado de Eirik. Se arrojó sobre Thorkell con la espada alzada.

El joven fue rápido como el rayo y evitó el choque. Golpeó al hombre y este lanzó su espada, pero Thorkell era más rápido y volvió a esquivarla, haciendo que el hombre cayera al suelo perdiendo el arma. Thorkell se apoderó de ella y la dirigió al cuello de su atacante.

—Nunca miento, pero vosotros sí que estáis dispuestos a escuchar a embaucadores y mentirosos.

El hombre se levantó preso de la furia.

—¡Matadlos ya!

Eirik se levantó y se encaró con el hombre. Todo ese asunto se había vuelto del revés y quería saber la verdad.

—Antes pasaréis por mi cadáver que matar a estos hombres. Marchaos todos de aquí. Hablemos.

\*\*

Lejos de allí, en Vestfold, se celebraba la victoria. Harald así lo había querido, pero algo empañaba su felicidad. Los guerreros de Trodheim y su comandante habían sido capturados, y lo que más le cabreaba era que nadie los había visto ni sabía dónde estaban. Su dilema ahora era avisar o no en la aldea.

Sabía que la mujer de Thorkell estaba embarazada y para nada quería apesadumbrar a esa mujer ni al resto de habitantes de la aldea. Esperaba que lograsen escapar, eran hábiles guerreros y se merecían vivir felices con sus familias.

—Señor, los barcos han desaparecido. Casi todos han aceptado el vasallaje a su señoría y hay otros que han huido a Islandia. ¿Los perseguimos?

—No, ya está bien de guerra. Hemos unido a la mayoría de aldeas y ahora podemos llamarnos Noruegos, estoy satisfecho. ¿Se sabe algo de los desaparecidos?

—Nada señor, su barco está anclado en una pequeña bahía a dos leguas de aquí. Hemos batido los alrededores para buscarlos, pero no hemos encontrado nada.

—Seguid buscando. No pierdo la esperanza de verlos con vida.

\*\*

Kodrein había pedido permiso para volver a la choza, su herida no le permitía estar de pie. Además, después de escuchar a la mujer, estaba demasiado nervioso para mantener una charla. Al entrar e intentar echarse sobre el jergón de paja, le cruzó un latigazo de dolor. Maldijo porque no era capaz de sentarse solo y menos de tumbarse.

Halldora observaba desde las sombras al hombre herido. Sabía que no podía moverse mucho, pues su herida era considerable. Necesitaría ayuda, lo que no entendía era por qué estaba allí. No podía confiar de nuevo en los hombres, pero esa mirada dorada la había desarmado. Pensaba que Eirik los perdonaría a todos y les facilitaría todo lo necesario para poder regresar a sus tierras, pero el hombre necesitaba conocer la verdad. Escuchó unas maldiciones y decidió ayudar.

—Espera.

Kodrein miró a la joven en la penumbra. ¿Qué hacía allí? Lo ayudó a sentarse.

—Voy a curarte.

Él se dejó hacer. Sintió cómo lavaba la herida y después sus dedos mientras extendían el emplaste. Sintió otro latigazo, pero esta vez de deseo. Era incapaz de pensar con esa mujer tocándolo, nunca había sentido nada parecido.

Halldora estaba maravillada ante la suavidad de la piel y lo musculosa que la sentía bajo su



tacto. Nunca había tocado de esa forma a un hombre y se sorprendió al sentir un hormigueo en su vientre. Terminó para marcharse.

—¿Quieres algo más?

—Sí —dijo Kodrein con decisión. Iba a ser directo, todo podía ser—. A ti.

—No puede ser... Yo estoy sucia... Tú eres el comandante... —Halldora sintió unos dedos sobre sus labios.

—Eres un ángel y me gustaría dormir contigo. No puedo hacerte nada malo, ni lo haría aunque pudiese.

Halldora sabía que él era una persona honrada desde que se había cruzado con esa mirada. Se sonrojó y asintió. Necesitaba sentirse querida y protegida, y con él lo estaría.

—De acuerdo.

Kodrein le hizo sitio en el jergón y ella se tumbó a su lado. Estaba muy nervioso y no quería que saliera huyendo, pero necesitaba tocarla. Le enseñó el brazo.

—¿Puedo abrazarte?

—Sí.

—Gracias, mi ángel.

Halldora se durmió entre la calidez de unos poderosos brazos y el latido de un corazón que parecía que latía al mismo son que el de ella.

\*\*

En la sala, todos se habían serenado después del altercado. Kodrein se había retirado, le molestaba la herida. Eirik lo dejó marchar.

—Habládme de ese hombre.

Thorkell le contó todo lo que sabía de él y lo que pensaba de sus planes. Poco a poco el rostro de Eirik se iba poniendo pálido.

—¿Os encontráis bien?

—No, nos hemos dejado engañar por un hombre que solo quería poder y riquezas. Nosotros no queríamos luchar, tan solo queremos vivir tranquilos.

—Todos queremos vivir tranquilos y felices. Mi mujer está embarazada y me espera, lo mismo que a mis compañeros.

—Pues sois libres de regresar y de seguir con vuestro sueño de uniros. Es una gran meta.

—Gracias señor.

—Mañana explicaremos al resto lo sucedido para que os podáis ir en paz.

Un revuelo de voces alertó a todos y enseguida un grupo de hombres entró a la sala con Halldora agarrada.

—Solicitamos venganza. Esta mujer ha matado a uno de los nuestros.

—Nos atacó. Estábamos descansando y quiso matar a Kodrein.

Thorkell se hizo paso para poder llegar hasta ella. No permitiría que le hicieran daño.

—Halldora. ¿Qué ha pasado?

—Thorkell, querían matar a Kodrein, tenían una espada, pero no esperaban que yo estuviera con él y le clavé el *sax*.

—¿Desde cuándo vas armada?

—No podía permitir que nadie me hiciera daño de nuevo.

—¡Malditos suecos del demonio! ¡Halldora!

La voz de Kodrein se hizo eco hasta llegar a la sala. Su camisa estaba llena de sangre y la joven, al verlo, ahogó un grito.

—Amigo, cálmate. Nos han dejado libres.

—Thorkell, el malnacido que te atacó, quería matarme.

—Eirik, espero una solución —dijo el hombre.

—Estos noruegos son libres de marcharse cuando quieran y regresar con sus familias. Ese hombre nos engañó, nada es como decía ni estas gentes son tan salvajes. Luchan como nosotros, por sus tierras y sus personas queridas. Merecen ser libres. El que ose atacarlos verá el filo de mi espada —rugió Eirik.

Resuelto el problema, todos se retiraron a descansar y Thorkell y los demás se quedaron mudos al ver como Halldora se echaba con Kodrein. Tendrían que hablar con su amigo, para enterarse de cuándo se habían enamorado, porque estaba claro que no podían ocultarlo.

## Capítulo 20

El regreso a la aldea se tuvo que retrasar por la herida de Kodrein. Los suecos habían regresado a sus aldeas y nadie había osado atacarlos de nuevo. Les amparaba la protección de Eirik, que había creído en su valor, lealtad y honor. Les había asignado una choza y esperaban la recuperación del comandante. Kodrein les dijo que se marcharan, que los seguiría enseguida, pero el vínculo que habían formado con ese guerrero era tan estrecho que querían que regresara con ellos.

Días antes de su marcha, Kodrein pidió hablar con Thorkell a solas, cosa que extrañó a los demás, pues también estaba presente Halldora. Knut creía saber el porqué de esa charla y se llevó a Bjorn, que mascullaba entre dientes. Ya solos, Kodrein dejó atrás los nervios que sentía, pues se estaba forjando su futuro.

—Quiero pedirte un favor, amigo. No he hablado con ella, pero me gustaría cortejar a Halldora con tu permiso.

La mujer enmudeció al escucharle y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Me parece bien, pero al final ella es la que decide —dijo Thorkell saliendo de la choza para dejarles intimidad.

—¿Por qué me eliges? Estoy sucia.

—Para mí eres un ángel que ha tenido mala suerte, pero si me dejas... —intentó levantarse, se encontraba mucho mejor, pero la herida le tiró.

Halldora llegó junto a él para ayudarlo.

—Te vas a hacer daño. —Halldora no se dio cuenta de que sus bocas estaban muy cerca.

El hombre capturó sus labios en un dulce y efímero beso.

—Te demostraré cómo trata un hombre a una mujer —Kodrein sonrió al ver cómo ella se ruborizaba.

Al octavo día, el guerrero ya podía emprender el viaje de vuelta. Para entonces, Halldora lo seguía a todas partes. La mujer se veía enamorada y lo que más valía era que su amor era correspondido, porque Kodrein la miraba como si venerara a una diosa.

\*\*

Kari había pasado unas semanas oculto en una de las grutas del acantilado. Sonreía, pues no pensarían que estuviera tan cerca. La herida había sido profunda, pero tenía ungüentos para que curase de forma rápida. Esa maldita guerrera le había distraído tanto que no se había dado cuenta de

la presencia del muchacho. Estuvo unos días que no podía casi moverse, pero en cuanto pudo, se internó para espiar.

Debía reconocer que esa mujer era lista y parecía una líder. ¿De dónde demonios la había sacado Thorkell? Quería sorprenderla sola para llevársela a la gruta. Allí no los encontrarían y podría hacer que ella sintiera el miedo.

\*\*

Nada hizo suponer a los guerreros de Trondheim que su aldea había sido atacada. Viajaban felices por el próximo reencuentro, pero debían hablar con Harald y avisarle de su liberación y de la amistad con Eirik de Horgaland. Vetfold estaba muy cerca y el mismo Eirik les facilitó los caballos para llegar hasta allí.

Fueron recibidos como héroes por toda la corte. Harald les preparó un banquete en su honor, no sin antes informarles sobre el ataque y la protección de la aldea por parte de dos bellas y fuertes guerreras. Lo hizo a solas en la misma sala en la que los recibió la última vez.

—Guerreros de Trodheim, me siento orgulloso de vosotros y de vuestras gentes.

Thorkell miró a Harald extrañado por sus palabras, podía ver el temor en el rostro de sus compañeros. No podía ser, rezaba a Odín para que todos estuvieran a salvo.

—¿Ha sucedido algo, señor?

—Nada malo, vuestras mujeres han liderado y han protegido la aldea de un ataque. Pero tranquilos, todos están bien.

—¿Les comunicó que...

—No lo creí oportuno, sabía que saldrías de esta. Pero contadme lo sucedido.

Thorkell contó a Harald lo sucedido desde que fueron apresados y cómo Eirik de Horgaland fue cambiando de opinión gracias a lo sucedido con Halldora. Al escuchar la historia de esa joven, Kodrein se adelantó.

—Mi señor, quiero pedir un favor.

—Kodrein, mi fiel comandante, dirigiste la batalla con valentía y lealtad. Debo concederte lo que desees.

—Mi señor, solo quiero poder vivir en Trodheim con mis compañeros y poder unirme a la mujer que amo.

Todos se asombraron, pues no pensaban que quisiera vivir en la aldea, pero se dieron cuenta de que lo hacía por Halldora, sabía que separarla de su familia sería volver a hundirla.

—Si eso es todo, creo que salgo ganando —se carcajeó Harald—. Eres honrado y un fiel

guerrero. Te lo concedo. Ahora va a ser que los mejores guerreros de Noruega van a vivir en Trondheim.

—Gracias, señor —dijo Kodrein muy contento girándose para mirar a sus amigos y a la mujer que había cambiado su vida.

A la mañana siguiente, Harald armó un barco para que los llevara de regreso a su aldea. Thorkell y Bjorn estaban deseando ver a sus guerreras y saber cómo se habían organizado para vencer a un barco de suecos. Knut, por su parte, estaba deseando ver a Dalla y a su pequeña Fiona. Kodrein y Halldora vivían el momento, mientras hacían planes.

En la aldea estaban alerta, la desaparición de Kari les mantenía con algo de miedo. Astrid no pegaba ojo por las noches pensando en el error que cometió al no vigilarlo. Mantenían protegida la aldea por turnos de vigilancia. Las jóvenes guerreras habían vuelto a usar sus antiguas ropas, que les conferían más libertad de movimientos. Ese nuevo día les trajo la incertidumbre de otro posible ataque. Los gemelos recorrían la playa y la linde del bosque, debían estar alerta.

—¡Un barco se acerca!

Astrid salió corriendo de la choza, Svava la seguía de cerca. Los demás estaban en la *skali*, por si había peligro.

—¿Quiénes son, Grimm? —preguntó Astrid. Esa mañana estaba algo indispuesta y no quería que la vieran mal. Debía ser fuerte.

—No lo veo claro —dijo el joven mirando bien los detalles del barco que empezaba a acercarse a la playa.

— ¡Maldición! ¡Preparaos todos!

—Astrid, no es un barco sueco —afirmó Svava.

Astrid no pudo evitar sentir unas náuseas y, al saber que no estaban en peligro, se permitió unos segundos de debilidad, pues su cuerpo estaba descompuesto. Se adentró en el bosque y vació el contenido de su estómago. Sin saber cómo, sintió que se le nublabla la vista y caía al suelo sin poder hacer nada por evitarlo.

En el rostro de la joven Svava apareció una gran sonrisa al ver quién tripulaba el barco. Los guerreros salieron de la nave con un gran grito de júbilo. Bjorn alzó a su guerrera en volandas riendo como loco de contento. Thorkell miraba a todos lados, pues no veía a Astrid. Un mal presentimiento cruzó su corazón.

—Svava, ¿y Astrid?

La joven se giró para observar el lugar donde había estado su amiga. Respiró con fuerza al no

verla.

—Estaba aquí hace unos segundos. ¿Grinn, Frodi?

Todos la miraban expectantes de que lo contara.

—Nos atacaron. Kari atacó a Dalla, pero Astrid lo distrajo y Mord lo hirió. Pensamos que estaría muerto, pero después no vimos el cuerpo y decidimos poner vigilancia en la playa y el bosque por si acaso.

Knut se internó en la aldea directo a buscar a Dalla. La joven estaba en su choza y sollozó al verlo entrar.

—No quiero ni pensar por lo que has pasado, amor mío —dijo Knut besándola.

—Ese desgraciado la mató, Knut —sollozó la joven.

—Hermana.

Dalla miró a Halldora, que la miraba sonriendo. Tras ella, se encontraba un hombre alto y corpulento.

—Ese maldito no pudo conmigo y él me ha salvado —dijo Halldora mirando a Kodrein.

Dalla los miró y se dio cuenta enseguida del sentimiento que les unía; los abrazó muy fuerte.

—Ese día soñé contigo, sentí tu dolor y me provocó el parto.

—Oh, cuánto lo siento.

Sintieron un revuelo de voces y salieron. Grinn corría hacia el bosque gritando el nombre de su hermano. Thorkell y los demás lo siguieron, para ver al joven en el suelo.

—No tiene nada, tan solo un golpe en la cabeza —dijo Bjorn preocupado.

—Se la ha llevado. Ese maldito hijo de Loki se la ha llevado —dijo Thorkell desesperado.

—Amigo, no ha ido muy lejos. No hay huellas de caballo, es más, sus huellas van hacia el acantilado —dijo Kodrein que se había unido a la inspección del lugar.

Thorkell masculló entre dientes.

—Sé adónde ha ido.

Halldora había tenido un ataque de pánico al conocer lo sucedido. Saber que esa mujer estaba en su poder la llenaba de miedo, pues presentía lo que iba a hacerle. Tenían que salvarla a tiempo.

\*\*

Astrid se removió dolorida; no sentía las manos, pues las tenía atadas a la espalda y muy

fuerte. Empezó a abrir los ojos para encontrarse en una cueva o algo parecido, pues sentía la humedad en sus huesos.

—Vaya, la valquiria ha despertado.

Kari la miraba embelesado. Esa mujer parecía una diosa. Ese pelo de fuego y esas curvas, era perfecta. Sus ojos la miraron con furia contenida. Qué pronto iba a aparecer el miedo en esa mirada.

Astrid sentía esa mirada llena de odio y lujuria. Era la misma que había sentido en el primer ataque de los suecos y sabía que ese hombre solo deseaba hacerle daño. Lo único que podía hacer era distraerlo sin que se diera cuenta.

—¿Por qué? —preguntó con calma.

—Buena pregunta. Esta aldea me arrebató a mi madre, que se enamoró de uno de los suyos. Yo pensaba que Bjorn, mi hermano, sería mi hermano, pero me equivoqué y eligió a Thorkell.

—¿Venganza? —apuntó Astrid con convicción.

—Sí y ahora voy a cumplirla contigo.

—¿Por eso te aliaste con los suecos? —dijo Astrid obviando el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Una pequeña parte del plan para que no se unieran, en esa he fracasado, pero en esta no.

Mientras el grupo seguía a su líder, este no paraba de pensar. Se dirigían a la gruta donde había amado a Astrid por última vez antes de marcharse. Estaba furioso y a la vez el miedo embargaba su cuerpo. Si ese salvaje la dañaba de alguna forma, acabaría con él sin pensarlo. Ahora se daba cuenta del profundo amor que sentía. Un sudor frío le cubrió el rostro al pensar en la vida sin ella. No podía permitirlo, no ahora que la había encontrado.

Thorkell estaba cerca, podía sentir las voces. Avisó al resto para que fueran despacio, pues debían sorprenderlo. Ya había hablado con Bjorn, Kari era suyo, pues era el único pilar que quedaba para vengar la muerte de su padre. Astrid hablaba con Kari, su voz parecía tranquila pero se notaba su miedo. Qué lista era, solo quería distraerlo para darle tiempo. Al llegar a la profundidad de la gruta, pudo ver cómo Kari se acercaba a ella.

—Por Thor bendito, si le haces daño, será lo último que hagas en esta vida.

Astrid se removió al sentir la voz llena de furia y rencor de Thorkell. Intentó ganar la oscuridad de la gruta para que Kari no la viera y facilitar la pelea.

—El hijo pródigo ha vuelto. Qué pena que no tenga a su papá cerca.

Thorkell hirvió de rabia. Ese hombre había sido el instigador para que mataran a su padre y tenía que matarlo como fuera. Su mente clamaba venganza y sabía que Astrid se mantendría protegida. Se lanzó hacia ese traidor sin pensar en nada más que golpearlo hasta la extenuación. De lo que no se dio cuenta fue del arma que esgrimía hasta que la sintió en su hombro y cayó al suelo.

—No eres nadie y ahora voy a divertirme con tu mujer.

—Eso lo harás por encima de mi cadáver —dijo Thorkell levantándose y mirando la sangre que comenzaba a manchar su camisa—. Llevaos a Astrid.

Bjorn no esperó y agarró a la joven para sacarla de la gruta. Ella forcejeó, pero al fin acabó cediendo.

—No te voy a dar opción ninguna. Has hecho mucho daño a las personas que quiero —dijo Thorkell enfurecido.

—Te odio tanto. Lo hice desde siempre; mi madre se enamoró como una tonta y me ancló en esta aldea. Solo me encargué de destruirlo.

El rugido de furia que salió de la garganta de Thorkell podría aterrorizar a cualquiera. No era capaz de razonar, tan solo sabía que ese gusano debía pagar por todo. El choque de las espadas fue mortífero. Ambos luchaban con fervor y odio. Las estocadas se daban y se repelían, pero la fuerza y la destreza de Thorkell fueron ganando terreno. En uno de esos mandobles, la espada del líder se hundió en el estómago de Kari, sin ningún remordimiento. Los ojos del hombre lo miraron sorprendidos, la sangre brotaba de la herida sin control. En poco tiempo dejaría esta vida.

—Espero que tu estancia en el infierno sea como la habías esperado.

Del cuerpo de Kari no salía más que la vida, la voz se transformó en un quejido y grave lamento que fue desestimado. Thorkell caminó hacia la salida de la gruta. Por fin se sentía libre. Su camisa estaba llena de sangre y necesitaba una cura, pero se sentía fuerte y satisfecho. Al salir, se dejó caer en la tierra y alzó sus brazos al cielo.

—¡Padre! —dijo esperando que este lo viera desde el *Valhala*—. Estás vengado como te prometí y hemos ganado.

Astrid lo observaba. Cerró los ojos y pensó que ya había redimido su culpa y su corazón estaba ahora libre. Se iba a acercar cuando el cuerpo de Thorkell se desplomó sobre la tierra. Bjorn y ella llegaron junto a él y se dieron cuenta de la cantidad de sangre que manaba de la herida. Aún tuvo fuerzas para abrir los ojos y mirarla.

—Te amo, mi valquiria —dijo cayendo sin sentido en un intenso mareo cuando todo se tornó negro a su alrededor.



Bjorn cogió a su amigo y corrió hacia la aldea, necesitaba a Hellora y con urgencia. Maldecía por haberle prometido que no iba a meterse en la pelea. Entendía que tenía que vengar a su padre, era algo que necesitaba para poder seguir adelante y ocupar el cargo que él ostentaba. Pero debía haber sabido que Kari no jugaría limpio, pues nunca lo había hecho. Astrid caminaba a su lado, podía sentir la desazón de la mujer.

Todos en la aldea esperaban y, cuando vieron quién era el herido, se oyó un murmullo de voces. Isgendur abrió el paso hasta la choza de Hellora, que tras los gritos, ya esperaba cualquier cosa.

El cuerpo de Thorkell fue tendido sobre una gran mesa y la curandera inspeccionó la herida. Al principio se preocupó por la sangre, pero al limpiarla pudo ver que no era nada grave. Un simple y limpio corte, eso sí, bastante profundo, por el cual había salido mucha sangre. Alzó la mirada para tranquilizar a los que la miraban.

—No es grave, ha perdido mucha sangre, pero sanará pronto. Él es fuerte y solo tengo que darle unos puntos.

Astrid creyó que se desmayaría, sentía el corazón en un puño. Svava se acercó y la abrazó. Las últimas horas habían sido terribles y ese hombre tenía muy malas intenciones, menos mal que Thorkell había llegado a tiempo.

—Me quedaré contigo —dijo mirando a Hellora.

—Te necesitare.

Los demás se marcharon a la *skali*. Mucho tenían que hablar, sobre todo Halldora con sus padres y hermanos. Su historia conmovió a todos y Olaf y Fenja se dieron cuenta de que Kodrein no le soltó la mano mientras la contaba. Ese hombre era importante para su hija y la había salvado de todas las maneras posibles.

Bjorn y Svava se fueron a su tienda. Sabían que nada podían hacer y que su amigo estaba en las mejores manos. Más tarde irían a ver cómo seguía. Ambos se echaron sobre el jergón y permanecieron abrazados.

Una vez curada la herida, Hellora le dio un par de indicaciones y Astrid se quedó sola. Había pedido a Isgendur que se marchara a descansar, habían pasado por muchas emociones.

Se acercó al jergón donde yacía Thorkell con el hombro vendado. Nunca se cansaría de admirar la belleza de sus rasgos. No sabía qué habría hecho si hubiera muerto. No era capaz de pensarlo. Cerró los ojos y hundió la cabeza entre las manos. No supo el tiempo que permaneció así. Un roce en su cabello fue lo que la sacó de sus pensamientos.

—Mi valquiria, dame agua —dijo Thorkell con voz pastosa y entornando los ojos para mirar

a Astrid.

—Oh, estás bien —la joven se levantó a servirle un cuenco de agua. Se la dio despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Pensé...

—Shh, todo está bien. Cuando llegué y nos dimos cuenta de que te había llevado con él, sentí más miedo que en toda mi vida —dijo tomándola de la mano.

—Me aparté porque me mareé un poco y me tapó la boca con algo que me durmió.

—Olvidemos lo sucedido. Estamos bien y juntos —susurró Thorkell tomando su nuca para poder besarla.

Los días que siguieron fueron tranquilos, tan solo enturbiaba la paz el humor de Thorkell, pues no le dejaban hacer nada y empezaba a molestarle tanta inactividad. Al tercer día salió de la choza decidido a pasear un poco y pelearía con cualquiera que le negara ver la luz del día. Estaba enfadado también, pues Astrid le negaba relaciones y se limitaba a abrazarse a él sin pensar que eso era más tortura que su hombro herido. Al salir, el sol acarició su piel. Nadie puso objeción ninguna a su paseo, así que fue visitando a toda la aldea, como solía hacer su padre. Todos lo recibieron con alegría y orgullo, pues estaban muy contentos por cómo se habían conducido los sucesos. Después de saludar a todos, se impacientó al no ver a su mujer por ningún lado. Se encaminó a la choza de Bjorn. Tocó en la puerta para avisar de su presencia.

—Ya te han dejado salir tus guardianas —sonrió Bjorn mirando a Thorkell.

—Más bien me he escapado, estoy harto de estar encerrado. Estoy buscando a Astrid.

—Tu esposa no para en la aldea, quiere aprender todo —dijo Bjorn recordando la curiosidad de la mujer hacia todo.

—Buenos días Thorkell, me parece que está con tu madre —dijo Svava sonriendo, pues sabía lo que sucedía entre ambos.

—Gracias, voy a ver si tengo suerte.

Encaminó sus pasos hacia la *skali* y sorprendió a Astrid en el telar con Isgendur a su lado.

—Debes tener cuidado de no juntar los hilos en este tramo y de tensar bien todo para que el punto quede cerrado y unido.

Su mujer estaba preciosa. El vientre empezaba a abultarse y su rostro había adquirido algunas redondeces. Las dos mujeres se dieron cuenta de que las miraba y se giraron. Antes de que le dijeran nada, se defendió.

—Ni se os ocurra decirme nada, estoy harto de estar metido en la choza —dijo afligido.

Isgendur se levantó sonriendo. Había estado toda la mañana con Astrid y sabía qué sucedía.

La joven tenía miedo, ella la tranquilizó y le dijo que hiciera lo que su corazón le dijera.

—Eres fuerte y yo no digo nada. Os dejo.

Astrid tembló al ver salir a la mujer de la choza. Su mente, su cuerpo y toda ella pedía a gritos que Thorkell acallara la pasión que la consumía, pero tenía miedo de hacerle daño.

—Te he estado buscando por toda la aldea.

—Quería aprender cosas y qué mejor maestra que tu madre.

—Me alegra que te guste mi madre, pero espero que me expliques qué te sucede. Llevo tres días buscándote —dijo Thorkell acercándose a donde ella estaba. La notaba algo turbada.

—Yo... Tengo miedo de que te hagas daño —confesó Astrid mirándole el hombro vendado.

—¿Y por eso has estado huyendo de mí? Ven aquí.

Antes de que se hubiera acercado, él la atrapó en un fuerte abrazo y besó sus labios con codicia y hambre. Astrid ahogó un gemido al sentir toda su fuerza. Lo había añorado tanto que solo se permitía abrazarlo por las noches, con temor a que la herida volviera a sangrar. Astrid lo besó con la misma pasión y sus lenguas batallaron lo que sus corazones y sus cuerpos anhelaban.

—Por Odín, no puedo esperar, te necesito ya.

Thorkell subió las faldas del vestido hasta la cintura y desabrochó su pantalón. Ansiaba fundirse con ella y no podía esperar más. Se hundió en ella aguantando un grito de placer. Se amaron con vehemencia y pasión en un rincón de la sala, sin ningún pudor por ser vistos.

—Nunca vuelvas a abandonarme de ese modo. He sentido miedo dos veces.

Estaban abrazados en un rincón. Astrid hacía círculos sobre el vello de su pecho, mientras los brazos de él la envolvían. Estaba satisfecha y colmada en todos los sentidos como mujer. Nunca habría pensado que el amor fuera así. De pronto, recordó algo y alzó la cabeza.

—Deseo una choza para nosotros —dijo Astrid con cierta timidez.

—Eso, mujer, es la mejor idea que has tenido. Voy a amarte hasta que desfallezca.

# Epílogo

Había pasado más de un año desde los sucesos de la guerra y la liberación de Noruega. La guerra había dado paso a una ansiada paz.

Thorkell y Astrid eran muy felices en Trondheim. Ahora un nuevo viaje aparecía en sus vidas, pues estaban armando un barco para viajar a Sudoroy. Ambos deseaban y ansiaban presentar a su hijo Sulke a su abuela Araidan.

Desde que había nacido estaban todos muy contentos y el viaje se había precipitado por el buen tiempo y la buena salud del niño y de la madre, que quería ver a su madre para asegurarse de que se encontraba bien.

Svava y Bjorn los acompañaban, pues nada ni nadie había sido capaz de convencer a la joven de no hacer el viaje por su inminente estado de alumbramiento. La joven deseaba ver la tumba de su abuela y contarle todo lo que le había sucedido desde que había conocido a Bjorn. El hombre sabía que necesitaba hacerlo para cerrar esa parte de su vida y llevarse con ella el recuerdo de su abuela hasta su nuevo hogar.

Astrid miraba la costa que tenían frente a ellas mientras acariciaba el rostro de su hijo. Sintió unos brazos que se cerraban alrededor de su cuerpo y una conocida calidez se propagó por todo su cuerpo. El amor que sentía por Thorkell no había menguado en ningún momento; es más, era más fuerte que nunca. Sintió los labios de su marido en su cuello y se estremeció ante la caricia.

—¿Estás nerviosa?

—Sí, pero sé que todo irá bien.

Mientras desembarcaban, Astrid reconoció la figura de su madre y miró a Thorkell. Con la mirada se entendieron y ella fue al encuentro de la reina con su hijo en brazos.

—Astrid, mi niña —balbuceó Araidan con la emoción reflejada en su rostro.

—Madre, he venido para ver si estáis bien y para presentarte a Sulke —murmuró la joven alzando un poco la tela que cubría al niño.

Unos grandes y vivos ojos grises sorprendieron a la mujer, que miró a su hija y al hombre que se acercaba hasta ellas. Eran los mismos ojos de ese guerrero que veneraba a su hija más allá de la razón.

—Es como Thorkell, pero tiene tu pelo —celebró Araidan, conmovida por la inesperada visita.

—Amo todo de su hija, Araidan —anunció Thorkell emocionado.

—Me alegro mucho por los dos. Astrid, eres como tu abuela Alvilda, ella fue feliz con su

hombre, como lo serás tú.

—Gracias, madre, gracias —dijo la joven abrazando a su madre, feliz por el reencuentro.

La reina tomó al niño en brazos y lo paseó orgullosa por toda la aldea.

—Vamos, hijos, mientras comemos hablaremos.

Svava había aprovechado para visitar la tumba de su abuela y contarle que era muy feliz y que esperaba un hijo. Bjorn no podía ser más feliz con su guerrera.

Pasaron en la isla unos días relajados, tranquilos y felices de ver cómo Araidan jugaba y se encariñaba con el niño. Prometieron verse con frecuencia, ahora que las guerras ya no eran un peligro.

Por fin Astrid y Svava eran completamente felices, tanto como lo habían escuchado en las historias que les contaban.

FIN